

Desiree Álvarez

*La fiera y el
infausto*



DESIREE ÁLVAREZ

LA FIERA Y EL INFAUSTO

Título: La fiera y el infausto.
© 2017, Desiree Álvarez.
Ilustración y diseño de portada: Ismael Ruiz Tabero.
1ª edición.
ISBN: 9781718082366
Sello: Independently published.

Para Isma, porque tú me diste la idea.

Para Javi (Thendor) y para José (Darenar), por vuestras respectivas (¡y extensas!) críticas constructivas.

Para Cristian (Fyrem) y para Tamara (Beretta), mis conejillos de Indias.

Gracias de todo corazón por leerme siempre.

Y para Foam... por todas las noches que pasaste acurrucada en mi regazo; por acompañarme mientras yo trabajaba. No te dejaba pulsar el teclado porque nuestras ideas... diferían.

PRÓLOGO

Día 9 del Quinto mes de 1765.

La capa de humo se había vuelto tan espesa que Belhaldy^[1] no podía ver a través. Era imposible atisbar la bóveda de peridotita que cubría su ciudad, Zendalure. Si entornaba los ojos podía distinguir unos pequeños puntos más oscuros entre los plomizos remolinos tóxicos: las anticuadas y desgastadas estalactitas moldeadas por el agua mineral que tanto escaseaba ahora.

De haber sabido qué aspecto tenía el exterior, la joven ésril^[2] habría encontrado un curioso paralelismo entre el diáfano cosmos estrellado y aquel firmamento inverso de puntos oscuros.

Estiró las manos. Desde su posición, tumbada sobre un mullido hongo gigante en Vergel Fúngico, parecía que pudiese acariciar aquel decadente terciopelo gris... pero no había acudido allí para ponerse a jugar. Comenzó a lanzar un conjuro; la sombra de sus manos cayó sobre su rostro formando la silueta de una ajetreada araña que agitaba todas sus patas en un orden muy preciso que nada tenía que ver con la locomoción. El resultado del hechizo no se hizo esperar: sintió que las palmas de sus manos se volvían peludas y pegajosas (aunque en realidad no experimentaron ningún cambio físico). Podía dar el siguiente paso. Se elevó en el aire levitando (don innato del linaje noble de los elfos oscuros) y aceleró tanto como le resultaba posible en pos de alcanzar el techo. Estaba mucho más lejos de lo que había concebido inicialmente. Su hechizo de levitación se agotó antes de que hubiese alcanzado la mitad del recorrido, y el plan de emergencia de trepar cual arácnido quedó desgajado porque no tenía nada a lo que poder agarrarse. Cayó irremediamente. Las entrañas de la tierra tiraron de su cuerpo ejerciendo la brutalidad idiosincrásica de Terraverno. Su larga cabellera nívea se le enredó en torno a las extremidades con violencia; lo mismo sucedió con la fastuosa seda de su túnica.

Belhaldy se limitó a respirar hondo para poder susurrar una palabra con claridad.

—Escarlata.

La abrupta caída en picado frenó hasta alcanzar el ritmo de una pluma. La maga apretó la insignia de casa ésril que colgaba de su cuello (una magnífica talla en platino del blasón de la familia Vrammoryn). Cuando su espalda se encontró de nuevo con el acolchado púleo del hongo, rompió a reír. Después se incorporó y recapacitó: si conociese la distancia que debía salvar para analizar la contaminación de Zendalure, podría enfocar todos sus esfuerzos en confeccionar un hechizo capaz revertir la catástrofe natural. ¡Qué fácil habría sido si el sacerdocio de la diosa Latro no hubiese requisado todas las monturas trepadoras!, pero no era el caso. Por lo tanto, debía encontrar el modo de despejar aquella incógnita si quería progresar en su investigación.

Reflexionó una vez más: sabía que los ésril de la ciudad de Ó'ttiper habían usado el ángulo de las sombras que se proyectaban desde su techo cubierto por resplandecientes líquenes de color azul-plateado para calcular la distancia con el suelo... pero Zendalure carecía de iluminación natural más allá de sus exiguos jardines de cristales rutilantes.

Resopló.

Se había hecho tarde, tanto que ni siquiera disponía de tiempo para anotar la experiencia en su cuaderno de estudio: debía volver a casa para atender sus obligaciones.

La investigación quedaba inexorablemente pospuesta.

CAPÍTULO 1

Como madre matrona de la casa más poderosa de Zendalure y líder del sacerdocio de Latro en la ciudad, Kalidra Vrammoryn monopolizaba la exportación local de magia divina y arcana. La fortuna que había acumulado con el paso de los años era inenarrable, y para jactarse sutilmente del éxito de sus negocios adoptaba temporalmente la moda que primase en la región con la que hubiese cerrado su último trato. Sus hijas estaban obligadas a emular dichos estilos para divulgar la prosperidad familiar allá donde fueran; también tenían el deber de informar a Kalidra de lo que acontecía en las áreas ajenas a su competencia religiosa (tales como el interior de la academia de magia Zin'Zendal o los barracones del ejército). Y el férreo dominio que la sacerdotisa ejercía sobre la sociedad zendalurí no terminaba ahí, pues también vigilaba al resto de casas nobles infiltrando informadores en sus hogares (normalmente esclavos cuya lealtad había comprado) y revisaba periódicamente los progresos de los plebeyos.

La supremacía de Kalidra en Zendalure era incuestionable; precisamente por eso todas las miradas se habían vuelto hacia ella cuatro días atrás, cuando la erupción del monte Shultasijo en la superficie marcó el inicio de una grave crisis medioambiental. La lava había anegado los estrechos conductos que comunicaban la caverna de Zendalure con la corteza terrestre, cortando la circulación del aire y el curso del agua potable. Una parte fue a parar al embalse de la ciudad, donde evaporó una fracción del agua y dejó el resto contaminada.

Complacida por la aduladora certeza de que el futuro de la ciudad dependía de ella, Kalidra asumió la responsabilidad de solventar el desastre. Primero purificó el reducido suministro de agua con un breve ensalmo y un movimiento desapasionado de su mano. Luego reclamó la ayuda de los mejores magos de Zendalure para proceder a desbloquear los respiraderos. Desgraciadamente, la expedición concluyó en tragedia: los escasos supervivientes le explicaron a sus conciudadanos que, por lo visto, una descomunal masa de gases tóxicos había quedado encerrada bajo presión en las rocas plutónicas recién solidificadas. La

presión del interior era tan fuerte que la roca no la soportó y estalló en cuanto la magia la hubo debilitado, ocasionando una avalancha que derribó a los magos de sus monturas y los arrojó al vacío. La mayoría no pudo formular hechizos de protección a tiempo. Kalidra se salvó activando el poder de su insignia de casa ésril para levitar.

Los zendaluríes increparon a Kalidra en busca de explicaciones y ella les reprendió con dureza por cuestionar los designios de la Reina Terídida. Sin embargo era consciente de que debía aplacar aquellas dudas si no quería enfrentarse a un motín... no tanto por temor a salir mal parada como por lo poco práctico que resultaría lidiar con semejante conflicto dada la inminente catástrofe (además de los muchos estragos que había desatado aquel siniestro episodio, la sacerdotisa se percató de que los niveles de oxígeno de la caverna estaban descendiendo en picado). Confiscó las monturas trepadoras de la ciudad y limitó su uso al clero para que investigasen el desastre de cerca, negoció con las criaturas aliadas de su caverna y, decidida a desviar la atención de su gente, conminó a la mayor de sus hijas (Belhaldy) a que celebrase una ostentosa fiesta de cumpleaños en la mansión a la que se había mudado al emanciparse. La joven no era precisamente dada a las frivolidades, pero comprendía perfectamente la necesidad y aceptó sin pestañear. Era por el bien común.

Cuando se inauguró la fiesta, Belhaldy jugueteaba pensativa frente a su espejo con un tocado de oro y cristales rojos finamente manufacturado en forma de telaraña. Repasaba mentalmente su pequeño fracaso en Vergel Fúngico. Había asumido que el emplazamiento le facilitaría las cosas por tratarse del más elevado de la caverna, pero había sobrestimado su propia habilidad para levitar; era una maga muy hábil pero aún le faltaba experiencia.

Se alegró de haber sacrificado parte del tiempo que debía dedicar a arreglarse para dejar anotada la experiencia en su cuaderno. Nada la ayudaba tanto a progresar como la reflexión.

—Tu frente. —La voz de su madre la sacó de sus cavilaciones. Belhaldy palideció al darse cuenta de que, con las prisas, había olvidado que debía adoptar los círculos azules de la nobleza de Kísmabund para rendir culto a las hazañas lucrativas de Kalidra.

—Lo siento, madre —murmuró.

—Dos. Tú no eres sacerdotisa. —Afianzó el tocado de oro sobre la cabeza de su hija y pasó a esparcirle los tirabuzones que se le marcaban al final de la larga melena ondulada para que resaltasen sobre su espalda negra. Belhaldy seleccionó atropelladamente uno de los bucles y lo apartó para que le cayese

sobre el pecho. Después trazó los círculos kismabundinos intentando imitar los que veía en la frente de Kalidra. Tuvo que emplear unos trazos bastante gruesos para que se notasen, pues había heredado de su padre el tono de piel más oscuro que podía presentar un ésril—. Ahora máscara de pestañas.

—Sí, madre. —La joven se aplicó el cosmético con la boca involuntariamente entreabierta. Estaba compuesto por un pigmento blanco extraído de los líquenes fosforescentes autóctonos y resaltaba con eficacia el brillo opalescente de los ojos ésril.

Con cada pincelada, la débil tonalidad rosa de los iris de Belhaldy pareció más intensa.

—¿Dónde está tu gargantilla de calcedonia? Creía que era tu favorita.

—Aquí. —Alzó una pieza de terciopelo entrelazado cuya gema era del mismo color pálido que sus ojos. Había estado aguardando a terminar de arreglarse el pelo para que le resultase más cómodo abrocharla.

—Ahora los labios. Púrpura.

—¿No sería mejor rojo?

—Te obsesiona ese color —observó la sacerdotisa, aunque asintió aprobatoria. Una sutil sonrisa animó su boca. Su hija se aplicó pintalabios granate para cubrir el color natural de sus labios: un negro intenso y reluciente que resaltaba de por sí sobre la textura mate de la piel—. Mejor.

—Gracias, madre.

—Ve a recibir a tus invitados.

Belhaldy asumió su papel como anfitriona y se sumergió en el virulento mundo de las intrigas alternando con el resto de la nobleza ésril en el patio interior de su mansión... aclimatado para la velada por cortesía de Kalidra. Su madre había conseguido acentuar la dureza de la roca y los adoquines ordenando que se segasen los escasos hongos que florecían en las juntas e instalando media docena de jaulas surtidas con esclavos a los que sus sacerdotisas atormentaban. La joven maga reparó en estas novedades mientras saludaba a sus invitados: familias cuyas casas se equiparaban en poder a la de los Vrammoryn, buena parte de sus compañeros e instructores de Zin'Zendal (los pocos que habían sobrevivido porque se encontraba impartiendo clases durante el accidente de la expedición), las guerreras que constituían la milicia de Zendalure y, por supuesto, el sacerdocio de Latro. Cuando hubo intercambiado palabras de cortesía con la mayoría, se concedió a sí misma una pausa para que uno de sus esclavos le sirviese una copa. Se fijó en la araña de obsidiana que decoraba la mesa de los refrigerios (una viuda negra): sin duda, la diosa Latro... y mientras

asimilaba que los vibrantes orbes feéricos que se deslizaban pausadamente varios metros por encima de los comensales estaban ahí para evitar que se viese el estado del techo, su vista dio con una cara conocida cuya presencia la desconcertó.

—Rothandra, ¿cómo estás? —saludó a la que había sido su mayor rival durante la pubertad. La muchacha, una ésril de ojos plateados, estaba masticando un aperitivo de huevo de lagarto—. Me alegra que hayas venido. Una lástima lo de Corandrym.

—En absoluto, Bely —le dijo con sinceridad en cuanto tragó. Si bien Rothandra detestaba a Belhaldy, el motivo no tenía nada que ver con el hecho de que ésta hubiese asesinado a su hermano Corandrym: ambas eran rivales irreconciliables desde su nacimiento porque sus familias también lo eran... aunque la balanza siempre había estado desequilibrada a favor de la primogénita Vrammoryn. Por mucho que se esforzase, Rothandra era incapaz de superarla. Cuando su hermano fue declarado apóstata por la iglesia de Latro, Belhaldy se hizo con su cabeza arrebatándole a Rothandra un derecho que ésta se arrogaba legítimo—. A partir de ahora delegaré en ti las pequeñas y molestas tareas que no tengo tiempo de atender —rio. Le había lanzado un afilado cuchillo a su anfitriona al situarla a la altura de un criado que atiende los quehaceres ordinarios.

—Entonces a partir de ahora voy a estar muy atareada, pues el tiempo nunca te ha cundido lo más mínimo, ¿o han cambiado las cosas desde que terminamos nuestra instrucción en Zin'Zendal? —replicó Belhaldy con una risita, cazando (en su opinión) el cuchillo por su afilada punta para devolverlo con una elegante floritura de muñeca y clavarlo en la frente de la otra ésril—. Tengo que atender a mis invitados. Diviértete.

Se besaron en la mejilla e intercambiaron una cruda mirada antes de separarse. Belhaldy continuó codeándose con los asistentes, descubriendo con regocijo que habían comenzado a correr todo tipo de rumores. La atención de los zendaluríes no estaba puesta en la crisis medioambiental, sino en las jugosas discusiones ajenas, la identidad de alguien que había llevado estupefacientes para consumir durante la velada, especulaciones sobre quién se la tenía jurada a quién (y, por lo tanto, quién era más probable que fuese el próximo en ser asesinado) y algunos incluso debatían sobre los regalos que recibiría la cumpleañera.

—... y así convencí a madre para que me permitiese mudarme llevándome tanto los cuadros como a su esclava más cotizada. —Acomodada sobre una

hamaca que emulaba la estructura de las telarañas, Belhaldy charlaba animadamente con un reducido grupo de instructores de magia de la academia Zin'Zendal, cuyo regente (su padre, Ilthuriel Glannarden) también se hallaba presente—. No iba a traerme a un trasgo para que restaurase las pinturas, ¿no os parece, chicos?

Los magos rieron lisonjeramente, encantados de que la primogénita de la madre matrona más poderosa de la ciudad les dedicase su atención. El padre de Belhaldy, por su parte, negó una única vez, disgustado. Solía decir que era muy evidente cuándo una ésril era hija de un miembro del clero por la ausencia de palabras como «caballeros» o «señores» en su vocabulario. Los términos que empleaban para referirse a los hombres a menudo tenían implícitas cualidades pueriles... e incluso peyorativas.

Un varón se sumó a la pequeña comitiva. Lucía un par de finísimas trenzas cosidas en ambos laterales de la cabeza que alargaban su rostro y le otorgaban protagonismo a su elevada frente. Su mirada carmesí refulgió con una insolencia impropia de su género cuando se posó sobre la anfitriona.

—Belhaldy Vrammoryn, dichosos los ojos. —Se trataba de un instructor de la academia llamado Khastan al que Belhaldy había seducido para que accediese a mostrarle cómo crear sus propios hechizos. Creyendo que su relación sería perenne, Khastan le permitió entrever a la joven que se negaba a asumir la subordinación que le correspondía como varón. A ella semejante singularidad le resultó muy divertida, pero en cuanto obtuvo lo que quería le puso fin a su devaneo sin el menor remordimiento. Desde entonces el mago temía que ella denunciase ante la iglesia de Latro sus cismáticas tendencias igualitarias—. No has cambiado nada.

—Khastan, hace una eternidad que no nos vemos. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Demasiado.

La abrazó. Formaban un extraño contraste a ojos de la raza ésril: ella no era tan fornida como cabía esperar en una hembra de su raza (seguramente debido a su predilección por el aprendizaje); él tenía la musculatura notablemente desarrollada por su afán de demostrar que podía ser tan fuerte como cualquier fémina.

—¿Aún permites que tus alumnas abusen de ti? —le preguntó Belhaldy en su oído. Él no exteriorizó la electrizante tensión que se apoderó de su espalda. La joven se escurrió de entre sus brazos antes de que él pudiese responder a su provocación con algún tipo de caricia agresiva e indecorosa (la represalia habitual que Khastan solía tomar en aquellas situaciones... lo cual resultaba tan atrevido como aberrante en un varón).

—Estoy completamente convencido de que nos has reunido para homenajear algo más que la terminación de tu primer año como adulta. Nunca has sido frívola. ¿Quizá tu estimada madre planea anunciar que ha encontrado una solución definitiva al problema que nos asola? —preguntó con malicia. Veladamente, Khastan le decía a su ex alumna que se había dado cuenta del auténtico objetivo de la fiesta: distraerles de la crisis. A pesar de haberse dejado embaucar por Belhaldy en el pasado, su inteligencia y su perspicacia eran considerables—. ¿O tal vez quiere explicarnos su plan de *evacuación*?

Hubo algo especial en el modo en que planteó aquella pregunta. La joven maga supuso que se trataba de una acusación de cobardía.

—Desde luego, todos podríamos anunciar muchas cosas —replicó refiriéndose al affaire que habían mantenido. Consciente de que tenía uno de los ventanales de la casa detrás, articuló un mensaje en el lenguaje de signos ésril con las manos en la espalda para que Khastan lo leyese en el reflejo: «¿Cómo crees que reaccionaría mi padre al enterarse de lo nuestro? Te recuerdo que es tu superior»—. No obstante, estoy segura de que no quieres que confiese ahora todas las travesuras que me pasaste por alto en Zin'Zendal, ¿verdad? Odiaría hacer que peligrase tu puesto de trabajo.

El grupito volvió a reír. Era evidente que había segundas intenciones en sus palabras, pero la mayoría creyó que Belhaldy aludía a alguna negligencia bochornosa por parte del instructor... Lo cual resultaba ciertamente inocuo en la oscura sociedad ésril.

—¿Mi trabajo? Si revelase la mitad de las faltas que te pasé por alto dada la estrecha relación que me une con tu padre, un hermano para mí —puntualizó alzando su copa de libahiel para después besar a Ilthuriel en la mejilla—, entonces serías tú quien estaría en un buen lío.

—Sería taaan divertido... —Dio un sorbo a su copa y plasmó el sello carmesí de sus labios sobre el cristal. Aprovechó que los presentes se habían unido al brindis para dedicarle un guiño cargado de insinuaciones a su antiguo instructor; en esta ocasión, Khastan no pudo disimular el escalofrío que sufrió. Envió su réplica a través del vacuo reflejo de la ventana: «Casi había olvidado por qué te llaman “la malcriada de Latro”».

Belhaldy se limitó a mostrarle una sonrisa de suficiencia. No agregó nada más. Se estaba preguntando en qué momento Ilthuriel y Khastan habían forjado la amistad de la que ahora alardeaba el instructor. Ella había tenido mucho más contacto con su padre que la mayoría de los elfos oscuros de ascendencia noble porque había estudiado en su academia, así que sabía quiénes eran sus amistades... y Khastan nunca había formado parte de ellas.

«¿Ha querido decirme que mi padre ya lo sabe... insinuando que él mismo

ha hecho público su papel como mi títere? ¿Tengo que crearme que se ha humillado voluntariamente? Lo dudo. Tiene que haber algo más...», se dijo la maga. El insistente tintineo de una cucharilla contra una copa interrumpió sus pensamientos y acalló a toda la concurrencia. Kalidra les llamaba.

—Queridas zendaluríes —proclamó su melodiosa y potente voz desde lo alto de las escaleras que comunicaban el patio interior con la casa. Se decía que la armonía de su tono había cautivado a la Reina Terídida y que gozaba de su favor desde niña gracias a ese don. Su primogénita sabía que no era más que una poética mentira que la propia sacerdotisa había extendido con gran habilidad—, en estos aciagos días en los que nuestro futuro resulta tan incierto... privados de aire, de agua, reducidos a...

—¿Quién diría que experimentamos semejante crisis viendo la abundancia y el lujo que exhibes en tu casa, mi adorada nínfula? —susurró Khastan al lado de Belhaldy. Ella resopló con tedio: le molestaba no poder escuchar el discurso de su madre.

—Es bien sabido que mis mejores guerreras realizan peligrosas incursiones para recuperar alimentos por toda Terraverno —continuó la sacerdotisa—, que nuestros comerciantes se esfuerzan para extraer la calidad más suntuosa de los mercados de La Maraña al menor precio posible...

—... a la cual, por cierto, aún no has tenido a bien invitarme para que pueda disfrutar a solas de tu compañía —prosiguió el instructor. Por un instante arrugó la nariz. Susurró—: ¿Hasta cuándo piensa seguir ocultando la verdad?

Belhaldy no llegó a escucharle, su atención estaba puesta en Kalidra.

—No tienes nada remotamente interesante que ofrecerme desde que me explicaste cómo manipular la Urdimbre.

—Oh, pero los hechizos no son mi único poder.

—Hay determinadas magias que resisten muy mal el paso de los años —replicó ella mientras se alejaba para escuchar mejor el discurso—, la seducción es una de ellas.

—Mañana por la noche honraremos a la Reina Terídida con ofrendas y sacrificios de la superficie en Altar Oréade. —La matriarca Vrammoryn guardó silencio mientras la multitud manifestaba su aprobación con ese entusiasmo por la sangre que sólo se ve en las muchedumbres—. Pero esta no es una reunión para tratar los asuntos del templo. Mi hija Jhae... Belhaldy nos ha abierto su hogar para que celebremos junto a ella su ciento once cumpleaños y, en agradecimiento, le traigo este modesto obsequio. ¿Dónde estás, niña?

La maga acudió inmediatamente junto a su madre, asegurándose de llevar la cabeza bien erguida y de ofrecerle una amplia sonrisa a la concurrencia bajo los destellos dorados de los orbes feéricos flotantes.

—No puedo esperar —afirmó mientras lucía sus dientes blancos y rectos. La escena no era más que un dolo.

—Te daré una pista; proviene de Oslhyr... —Hubieron algunas risitas entre los invitados. Probablemente, Belhaldy era la única que todavía no sabía qué iban a regalarle... aunque tampoco le interesaba. Sus motivos para estar en aquella fiesta no tenían nada que ver con el ocio.

—¿De Oslhyr? ¡Estoy en ascuas!

Kalidra chasqueó los dedos y dos fornidas sacerdotisas guerreras entraron arrastrando consigo a un humano notablemente más alto que ellas. Lo arrojaron boca abajo a los pies de las dos Vrammoryn. El desdichado intentó enderezarse con unos movimientos lentos y torpes, pero sufría tal desorientación que ni siquiera atinaba a identificar desde qué posición le atraía la gravedad ni hacia dónde debía oponer resistencia para alzar la cabeza.

Probablemente le habían obligado a beber em'bo, el licor de esclavitud.

—Un nuevo esclavo. Aunque ya no estés en la hacienda familiar debes seguir disfrutando de las mismas comodidades que el resto de las Vrammoryn.

Belhaldy ni siquiera se molestó en mirarlo. Efectuó una respetuosa reverencia, deseosa por terminar la escena y volver a sus investigaciones lo antes posible.

—Es perfecto. Gracias, madre.

—Además..., todas conocemos tu obsesión por el color rojo. —Hubo más risitas.

—¿Hm? —La joven se giró con curiosidad para contemplar al humano: una densa cabellera pelirroja coronaba su cabeza. Gratamente sorprendida, Belhaldy se acercó a él para hundir sus estilizados dedos en aquella encendida melena cobriza y dejó que los mechones se escurriesen entre ellos a medida que el aturdido esclavo intentaba descubrir quién tiraba de él.

La composición fascinó de tal manera a la ésril que perdió por completo cualquier noción de lo que sucedía a su alrededor... hasta que vio de reojo el luminoso ardor de un hierro candente. Lo tomó sin separar la vista de aquella erupción de color y escuchó la voz de su madre:

—Te pertenece.

—Sí... —asintió. Adelantó una pierna para hincar la rodilla en el suelo, confinando la nuca del aturdido esclavo en el escaso hueco entre su empeine y las baldosas. No halló ninguna resistencia al asirle por la muñeca izquierda. Inmediatamente le resultó accesible la cara interna de su lánguido antebrazo—. Qué pálido, qué rosa... —murmuró para sí. Después alzó la voz para que toda la concurrencia la escuchase—. La piel de los humanos parece decir a gritos: «¡Mirad, aquí hay sangre! ¡¡Haced que brote!!».

Más risas. Después el siseo de la carne al quemarse. Los gritos del esclavo.
—Llévao slo.

Belhaldy había hallado tal gozo en la entrega de regalos que el posterior transcurso de la velada le resultó inopinadamente tedioso. Contempló por compromiso los feroces espectáculos que Kalidra organizaba con las víctimas enjauladas, incapaz de unirse a la multitud para reír o clamar sangre. En ningún momento había previsto que pudiese llegar a disfrutar de la fiesta, pero tampoco había contado con alcanzar semejante grado de hastío. Decidió retirarse. La reunión ya había traspasado su ecuador y ella no tenía más obligaciones hacia Kalidra.

Atravesó sigilosamente el interior de su hogar, recogió su cuaderno del dormitorio y se encaminó al jardín trasero, donde el fantasmagórico resplandor de las vetas cristalinas del terreno sin pavimentar le dio la bienvenida. La crisis a la que se enfrentaba su ciudad volvía a ser visible ahora que no había orbes feéricos eclipsándola.

Escuchó pasos. Como no quería verse envuelta en la cháchara de quienquiera que se estuviese acercando, se escabulló entre las sombras. Estaba a punto de abandonar el terreno de su mansión cuando reconoció la voz de Khastan.

—Bonitos cristales —comentó con ese punto sarcástico que le caracterizaba. La ésril creyó que había sido sorprendida, pero entonces escuchó otra voz familiar: se trataba de su padre.

—No creo que este sea el mejor lugar para hablar de...

—Silencio —le cortó Khastan—. Aprovechemos la luz de los cristales.

—Dudo que logremos disuadir a nadie con unos simples...

—Confía en mí. ¿Acaso no hablamos siempre de la importancia de poder confiar en nuestros semejantes? Forma parte de tu nuevo dogma.

La boca de Belhaldy se abrió de par en par sin poder reprimir un jadeo de sorpresa. ¿Nuevo dogma? En los dominios de Latro no tenía cabida ningún dogma que la propia diosa no hubiese decretado, ¡y eso convertía a su padre y a Khastan en herejes!

Su antiguo maestro convocó una luz intensa tras uno de los cristales y la usó para esconderse junto a Ilthuriel. La iluminación hizo que Belhaldy no pudiese mirarlos directamente. Su oído no volvió a captar ningún sonido: estaban aprovechando la debilidad frente a la luz que sufría su raza para mantener una charla en lenguaje de signos.

«Ilthuriel carece de los redaños necesarios para confabular a espaldas de

Kalidra, así que esto tiene que ser cosa de Khastan. Pero ¿qué beneficio puede extraer él de mi padre? Su cercanía a la casa Vrammoryn no es mayor que la de cualquier otro consorte de madre. Oh, Latro nos aplastaría si llegase a sospechar que un varón apóstata adultera la casa más poderosa de Zendalure... Debo averiguar qué se propone Khastan, atajar para siempre la vía de ataque hacia las Vrammoryn que ha descubierto y sacrificarlo para reparar la afrenta», resolvió la ésril.

Todavía especulando, abandonó su mansión para disfrutar de la privacidad que le ofrecía Vergel Fúngico.

CAPÍTULO 2

Día 10 del Quinto mes de 1765.

No importaba la hora, Terraverno siempre estaba sumida en la misma lóbreguez. La zona adinerada de Zendalure era una notable excepción, pues en homenaje a su propia fortuna las calles se hallaban alumbradas con orbes feéricos. Así los majestuosos colores de las viviendas prevalecían sobre la escala de grises inherente a la visión en la oscuridad, y de paso quedaba proclamada la presencia de esclavos de la superficie (adquisiciones exóticas incapaces de servir a ciegas con eficacia). Podía parecer que los ésril manifestaban su opulencia sin contemplar la funcionalidad de sus decisiones, pero, de hecho, las razas del exterior poseían habilidades inconcebibles para las embrutecidas razas servidoras indígenas. Por ejemplo, la esclava más preciada de los Vrammoryn era una napea adulta llamada Élikat capaz de restaurar cuadros y pintarlos. Gracias a ella, la colección de arte de la familia más importante de la metrópoli siempre se hallaba en perfecto estado para deleite de sus hedonistas propietarias. No obstante, las ninfas eran esclavas poco frecuentes en Terraverno, pues su carácter a menudo chocaba con el retorcido sentido del humor de los elfos oscuros con funestas consecuencias. Élikat había aprendido a reprimir las cualidades más esenciales de su carácter en la década que llevaba sirviendo a los elfos oscuros para poder sobrevivir. En ese tiempo se había convertido en la sirvienta predilecta de Belhaldy; cargaba con aquel indeseable privilegio sobre sus pequeños y temblorosos hombros preguntándose hasta cuándo sería capaz de soportarlo.

La mañana sucesiva a la fiesta de cumpleaños, Élikat se aproximó a su ama en silencio empuñando unas afiladísimas tijeras. Se situó tras ella. Las velas le permitieron distinguir a Belhaldy encorvada sobre su escritorio revisando la correspondencia.

Las tijeras chascaron y la ésril habló sin inmutarse.

—Ni se te ocurra dejarme un solo trasquilón. —Retiró de su espalda un tirabuzón que llevaba un poco más largo que los demás.

—N-no, señorita —repuso la ninfa, cabizbaja. La primera vez que Kalidra le había ordenado arreglarle el pelo a Belhaldy en la nueva mansión, la esclava había cometido el error de consultar a su ama... recibiendo por toda respuesta las tijeras en la cara. La joven ésril había pasado un buen rato chillando a la desgraciada napea asegurando que la había insultado con semejante trivialidad y que, además, encontraba ultrajante que una ninfa pusilánime se atreviese a señalar cuál era el momento de que ella se acicalase. Durante la reprimenda Élikat no dejó de sangrar abundantemente por su mejilla sesgada.

Le quedó una cicatriz.

Ni qué decir tiene que cuando Belhaldy descubrió que la orden venía por parte de su madre no se molestó en disculparse. A partir de entonces, la napea decidió proceder a efectuar los cortes de pelo sin más. Si Belhaldy protestaba sólo tenía que decir: «órdenes de su madre, señorita». La sacerdotisa imponía demasiado respeto como para que nadie la contradijese sólo por divertirse martirizando a un esclavo.

—¿Qué ha ordenado madre? —preguntó la joven sin despegar la vista de su correspondencia.

—Sanear, señorita. —De hecho, Kalidra había sido mucho más específica a la hora de dar instrucciones, pero la experiencia le había demostrado a la ninfa que hablar de más era muy peligroso. Sus palabras podían aburrir u ofender, y tales faltas jamás quedaban impunes. Era terrible tener que reprimir la alegría de una conversación por miedo a las consecuencias... aunque, bien pensado, a ninguno de los esclavos de Terraverno le quedaba el menor resquicio de ese sentimiento.

—Adelante. ¿La milicia está entrenando?

—Desde primera hora, señorita.

—Bien.

Élikat recortó las puntas de los espesos tirabuzones blancos de la ésril. Las manos le temblaban, pues era consciente de que sus pensamientos no estaban puestos en aquella tarea, sino que se habían desplazado hasta el jardín trasero y divagaban sobre la posibilidad de que los esclavos que Belhaldy mantenía en forma para que luchasen como soldados por Zendalure (uno de los gestos más altruistas que podía efectuar un ésril, al parecer) se rebelasen ahora que contaban con la ayuda de uno más y se vengasen cruentamente de la odiosa raza que les privaba de su libertad. Imaginó que el semiorco, aquel tosco ser que nunca parecía encontrar ninguna palabra accesible bajo su prominente y velludo ceño, derribaba al militar ésril que supervisaba su entrenamiento para que el minotauro y el humano recién llegado lo machacasen. Después entrarían en la casa y sujetarían a la malcriada de Latro para que ella misma le clavase las tijeras, y

entonces...

—¡Ah! —exclamó Belhaldy. Aterrada por haber hecho gritar a la ésril, la napea dejó caer las tijeras y se encogió sobre sus rodillas—. Qué poco ha tardado ese cretino en aceptar mi invitación... Recoge eso, estúpida.

—S-sí, señorita...

Muy satisfecha, sonriendo con una mueca asimétrica, Belhaldy repasó rápidamente el modo en que conduciría su charla con Khastan para descubrir qué trataba de extraerle a su insípido padre. Sabía que era más sencillo sacrificar a Ilthuriel directamente para cortar el problema de raíz, pero quería averiguar qué tipo de brecha había encontrado su antiguo maestro en la impenetrable casa Vrammoryn para subsanarla lo antes posible.

—Termina de una vez. —Se giró y encaró a la ninfa con una mueca calculadora en el rostro. Complacida por el pavor que infundía a la temblorosa y diminuta esclava, prosiguió—. Sé que tengo un conjunto de lencería en algún lugar del dormitorio, pero ignoro dónde está guardado. Tráemelo. Lo necesito para ocuparme de mi invitado.

—Ugh... —resopló involuntariamente Élikat, asqueada al interpretar aquel comentario como un preámbulo del apareamiento ésril—. E-enseguid...

—¿Es asco hacia mí lo que acabo de ver en tu repugnante cara? —Un hechizo le robó el aliento a la napea antes de que hubiese asimilado las palabras de su ama. Comenzó a arañarse la garganta con desesperación en un vano intento por aliviar la presión de unas manos que no eran tangibles.

Belhaldy, iracunda, intensificó aquella asfixia mágica. La ninfa gorjeó y escupió algunos sonidos abstrusos y, cuando comenzó a rellenar sus pulmones con el viciado pero repentinamente maravilloso aire de Terraverno, distinguió la fusta de los castigos en las manos crispadas de su ama.

Quizá Belhaldy no fuese frívola, pero poseía la misma apabullante dosis de narcisismo que cualquier otro individuo de su raza.

Belhaldy recreó con sutilidad el efecto seductor que buscaba. Le gustase o no, Khastan había demostrado conocerla lo suficiente como para deducir de inmediato la auténtica finalidad de la fiesta... así que recurrir a un exceso de voluptuosidad impropio de ella no era una opción viable. Sin embargo, mantener un diálogo aparentemente corriente con unas gotas de perfume tras las rodillas y algunos escasos milímetros de encaje asomando por el escote del vestido no tenía por qué levantar sospechas. La libido bajaría la guardia de su ex maestro: entonces Belhaldy le arrancararía de su débil y enardecida mente masculina hasta el último detalle sobre la confabulación. Después tenía planeado incapacitarlo y

llevarlo a la ceremonia que oficiaba su madre esa noche para ofrecerlo como sacrificio, así que se había preparado unos cuantos hechizos ofensivos y, sólo por si acaso, llevaba una ceñida funda de cuero en el muslo (similar a un ligero) repleta de cuchillos arrojadizos.

Se dedicó a ojear un libro sobre la transmutación aplicada a la roca mientras esperaba. Comparó algunos de los parámetros de los hechizos que sabía que los archimagos fallecidos habían usado (información privilegiada cedida por su madre) y tomó notas haciendo sus propios cálculos. Belhaldy tenía una gran facilidad para concentrarse en estudiar la magia porque era su gran pasión, así que le sorprendió darse cuenta de que comenzaba a hacerse tarde. Llevaba más de dos horas de retraso cuando por fin sonó el timbre. La joven ésril aguardó a que Élikat, que caminaba enhiesta por el dolor, fuese a su cuarto a anunciar la visita para bajar al primer piso. Asintió y dejó sobre el escritorio los papeles y los libros que había estado usando.

Rezó a Latro en voz baja antes de abandonar su dormitorio.

Encontró a Khastan de pie en el salón. No se había arreglado para la ocasión; su ropa era normal, no llevaba ninguna fragancia y su pelo estaba como siempre (hacia atrás, suelto a excepción de las trenzas cosidas que exponían parte de su ceniciento cuero cabelludo).

«¿Es que no pretende llamar mi atención...?», se preguntó ofendida. Esbozó una amplia sonrisa y decidió inaugurar la reunión con una leve reprimenda.

—Qué descortés, recibes la invitación a mi casa que tanto anhelabas y te presentas tarde. ¿Debo asumir que creías que mi impaciencia crecería con el paso de las horas y terminaría confundiéndola con un abrumador deseo por recibirte?

Khastan apartó la vista de un retrato cualquiera que había estado contemplando desinteresadamente y miró a la heredera Vrammoryn a los ojos.

—En absoluto. Sólo pretendía comprobar si asumirías con egocentrismo que todos mis actos tenían como objetivo influir en ti, o si por el contrario aún actuabas con lógica, adorable nínfula. —Sin interrumpir el contacto visual, se inclinó para besar la mano de Belhaldy (que no estaba acostumbrada a recibir respuestas capaces de enmudecerla y le observaba con estupefacción)—. Agradezco que hayas resuelto mi duda con tanta elocuencia. Oh... y también la invitación, por supuesto.

La maga desvió la mirada sin saber qué decir. Aunque le divertía mucho que Khastan tuviese las agallas de desafiar a su género, estaba habituada a que la última palabra fuese suya.

—Toma asiento, Khastan —dijo para que el silencio no se prolongase más.

—Entendido. —Su sonrisa burlona parecía sugerir que no respondía a las palabras de Belhaldy, sino a la situación: al modo en que la había acallado... a esa primera victoria sobre la joven que otrora le había subyugado.

—Supongo que te preguntarás por qué te he hecho venir.

—Efectivamente..., ¿a qué debo el honor en esta ocasión?

—¿En esta ocasión? —En cuanto lo hubo repetido, Belhaldy comprendió que había caído accidentalmente en el juego de Khastan por segunda vez consecutiva.

—La última vez que recibí semejante deferencia por tu parte no albergabas más intención que la de apoderarte de mis conocimientos. ¿Cómo quieres abusar de mí en esta ocasión, alumna?

Acababa de emplear las mismas palabras con las que ella le había recibido la noche anterior: «¿aún permites que tus alumnas abusen de ti?». Perturbada por lo rápido que estaba perdiendo el dominio de la situación, la joven se esforzó para transmitir una seguridad que no sentía suya en aquel instante.

—Se me ocurren varias formas, pero no resultan relevantes para la empresa que quiero proponerte.

—Así que mis opciones son aceptar tus abusos o aceptar tus propuestas, que son abusos encubiertos y perfumados. Por cierto, el aroma que te acompaña es exquisito.

Estaba señalando uno de los elementos que Belhaldy había escogido para acentuar subliminalmente sus encantos. ¿Pretendía darle a entender que se había percatado de sus intenciones...?

—Siempre me salgo con la mía, Khastan. Si quiero someterte a mis abusos, lo conseguiré de un modo u otro.

—No puedo decir que la idea me disguste. Te escucho.

El maestro sonrió con suma falsedad. Permitió deliberadamente que su ex alumna captase la hipocresía contenida en su gesto para que no dudase ni por un instante de que ahora él tenía el control... y la pequeña tregua que le permitía reponerse del asedio inicial tenía lugar sólo porque él se la concedía.

—El humo. —Belhaldy tuvo que buscar las palabras, pues su invitado había logrado que las olvidase a pesar de que había estado preparándolas con celo—. Creo que tú eres el único que puede ayudarme a solventar la crisis que ha sobrevenido con la erupción de Shultasijo.

La ironía desapareció por completo de las facciones del ésril. Los relajados músculos de su rostro sufrieron unos leves tirones que terminaron componiendo una mueca triunfal.

—En otras palabras: Kalidra, la favorita de Latro en Zendalure, ha reconocido que no puede hacerse cargo de proteger la ciudad... y delega en ti

para que tú te responsabilices de su derrota.

—¿Cómo te atreves? —le espetó Belhaldy. Exteriorizó una ofensa meticulosamente ensayada para provocar las burlas de Khastan (al ponerle en una posición de superioridad le inducía a hablar más de la cuenta) y lo encaró.

—Oh, ¿estoy equivocado? Porque en tal caso no podría ayudarte. Como comprenderás, no sería sensato por mi parte interponerme entre Latro y tu madre; ayudarte me supondría sufrir la ira de la Reina Terídida por usurpar los deberes de una de sus sacerdotisas —puntualizó. Mentía descaradamente. Era obvio que sólo quería tener la satisfacción de escucharle decir a Belhaldy que su madre había fracasado. Sumando aquello a lo que le había oído decir la noche anterior, la ésril concluyó que el instructor manipulaba a Ilthuriel para desafiar a la diosa humillando a Kalidra, la portavoz de su dogma.

—Ni que le hubieses dado razones a Latro para hallarte en su punto de mira, Khastan —señaló.

—Claro que estoy en su punto de mira, Belhaldy. Lo estamos todos; y al mismo tiempo no lo estamos porque somos insignificantes a sus ojos. A esa veleidosa lunática le da exactamente lo mismo lo que nos ocurra —proclamó con resentimiento.

Lo tenía donde quería. No lo había logrado del modo glamuroso que pretendía, pero había funcionado.

—Tú y yo existimos, prevalecemos gracias a ella —recalcó la ésril—. Además, ¿por qué iba a ayudarnos si después no somos capaces de mantenernos a flote? Si permitiésemos que los débiles proliferasen no seríamos la raza suprema.

—¿Piensas de verdad que si no podemos luchar contra las fuerzas de la naturaleza no merecemos vivir? ¿Estás dispuesta a perecer junto al resto de la ciudad por tu fe en una deidad caprichosa que cada día hace menos por sus protegidos?

«Toda ésril competente está obligada a destruir a los débiles, a los subversivos y a quienes refuten la fe», recitó Belhaldy mentalmente... tal y como había hecho antes de darle caza a Corandrym.

Atacó con un hechizo.

Khastan apretó los dientes. Su rostro quedó torcido por la tensión en su mandíbula y por la socarronería: había alzado un campo antimagia antes de que surtiese efecto el conjuro. Rodeó con pasos tranquilos a la joven maga, que giró sobre sí misma con agobio para evitar darle la espalda.

—¿Crees que después de todo este tiempo no reconozco tus jadeos? Me di perfecta cuenta de que anoche estabas en el jardín mientras hablaba con tu padre. Pretendía que siguieses ciertas pistas al señalarte mi amistad con tu padre y te

hicieses poco a poco a la idea, pero esta farsa que has organizado para interrogarme no me disgusta; el tiempo apremia, y sé que si escuchas lo que tengo que decirte comulgarás con la doctrina del Maestro Bútido.

Fue la gota que colmó el vaso. Belhaldy se abalanzó sobre Khastan, sorprendiéndole y derribándolo. Estaba dispuesta a cobrarse su vida en el nombre de Latro sin aguardar a la ceremonia. Extrajo uno de los cuchillos arrojados de su ligero y trató de hundirlo en el torso de su adversario; él, habiendo superado la impresión inicial, intentó frenarla. Rodaron por el suelo hasta que Khastan se sobrepuso y la inmovilizó valiéndose de su propio peso. Constriñó las caderas de la muchacha entre sus rodillas mientras bregaba por arrebatarse el arma; para cuando lo logró, descubrió que Belhaldy (que se retorció como si fuese la malcriada de una deidad serpentina y no la de Latro) había liberado la pierna donde tenía los cuchillos y trataba de hacerse con otro.

Resollando, el ésril rodeó el ligero con una mano impidiendo que la joven accediese a su modesto arsenal.

—¡Ya está bien! —gruñó. Le dio una bofetada a Belhaldy con la mano libre para serenarla; después se frotó el entrecejo—. Mi señor no te obligaría a suplicar ni a arrastrarte a cambio de nada tal y como hace esa desagradecida Reina Terídida que siempre desoye tus necesidades. ¡Él vela por sus seguidores...! ¿Eh?

Para sorpresa de ambos contendientes, Khastan se elevó en el aire y fue lanzado por encima del diván. Aturdida, Belhaldy reconoció al esclavo taheño que le habían regalado la noche anterior mirando a su antiguo instructor con el ceño fruncido.

No encontró palabras.

El militar que entrenaba a sus soldados irrumpió en la estancia lanzando una pasmosa cantidad de improperios en la lengua común. Parecía furioso porque el humano se había escapado de la sesión de entrenamiento sin que él lo hubiera podido evitar.

—¿Estás insultando a mi esclavo? —Belhaldy se puso en pie—. ¿Crees que puedes permitirte tal lujo después de haber consentido que sea agredida en mi propio hogar?

—Yo no sabía que...

—Dile a tu superior que iré a hacerle una visita muy pronto.

—Por supuesto, señorita Vrammoryn.

—Y saca de mi casa a este... —se giró buscando a Khastan.

—No te preocupes, me marcho por mi cuenta... —la interrumpió el instructor incorporándose—. A menos que quieras discutir con este caballero los pormenores de mi trato con tu querida madre. —Belhaldy comprendió con

impotencia el mensaje implícito en aquellas palabras: si denunciaba a Khastan estaría exponiendo a su madre al escarnio público por no haber detectado la actividad herética de uno de sus concubinos—. Lo imaginaba —se burló—. Por cierto, permíteme insistir en que esas gotas de perfume que has vertido detrás de tus rodillas son realmente gloriosas. —Inhaló afectadamente el aroma que se había adherido a sus manos durante la refriega mientras se dirigía hacia la puerta, pero antes de salir le dedicó una última mirada de soslayo a Belhaldy.

Cuando se escuchó el pesado portón del recibidor, la maga se dirigió al militar.

—Fuera. Serás reemplazado.

—Por supuesto, señorita Vrammoryn.

El ésril se marchó y la mansión quedó por fin libre de visitas. Belhaldy se percató de que el humano pelirrojo aún seguía allí; ancló celosamente sus pálidos ojos rosas en él mientras se acomodaba en el diván. Sentía mucha curiosidad por la sobrecogedora exhibición de fuerza que había protagonizado *en pos de protegerla*.

—¿Quieres que avise a alguien? —sugirió el esclavo en lengua común, incómodo bajo aquella mirada torcida cuya índole no podía discernir en la penumbra.

—Arrodíllate —le ordenó ella en la misma lengua, ignorando su ofrecimiento. Él obedeció sin entusiasmo—. Tu pelo... podría contaminar el aire de una metrópoli. Tiene tanto potencial destructivo como Shultasijo... —Sostuvo uno de aquellos mechones entre los dedos, y él se apartó en un acto reflejo—. Lava corriendo sobre ceniza insensible, incapaz de ser calcinada —murmuró para sí en la lengua ésril. Cuando parecía que iba a entregarse a una fantasiosa ensoñación, encerró bruscamente la cabellera del humano en el interior de su puño y lo atrajo hacia sí—. ¿Por qué me has ayudado? Yo misma abrasé la carne de tu brazo anoche.

Le soltó y se regodeó en aquella contradicción paseando su vista por la quemadura como una caricia injusta que buscaba avivar el dolor.

—Noble o perverso, nadie merece ser sometido a abusos —replicó él con absoluta convicción. Belhaldy recapituló; Khastan había quedado a horcajadas sobre sus piernas mientras ella se retorció con la falda de la toga levantada... y rompió a reír al comprender la interpretación errónea que el humano le había dado a la escena. Turbado por aquella inoportuna risa, el oslyriano hizo ademán de incorporarse—. Volveré al jardín para seguir entrenando.

—Quieto —ordenó la joven bajando la voz—. Es evidente que desconoces el carácter de mi raza. Permite que te ilustre con una lección práctica. —Las puntas de sus dedos capturaron la tela de la raída almilla que cubría el recio

pecho del esclavo—. Colócate tal y como estaba Khastan antes de que lo arrojas a la otra punta del salón.

El humano negó con la cabeza, y las hebras rubescentes de su cabello refulgieron ante los codiciosos y agudos ojos de Belhaldy.

—Obedece. Ahora —susurró con vehemencia, enardecida por aquella visión. Resignado, el esclavo imitó a Khastan en un desganado intento por complacer a su ama—. Apoya tu peso sobre mí.

—¿Qué...?

—Vamos —exigió. El humano no tuvo más remedio que acceder. Cuando descargó el peso de su cuerpo de metro ochenta sobre los muslos de la maga, ella dejó escapar un gemido. Él se incorporó de golpe, convencido de que su robusta constitución de guerrero la había dañado... pero la elfa tiró ávidamente de él y le devolvió a aquella íntima e indeseable posición. Un sonido similar a un ronroneo se filtró desde su boca cerrada; el esclavo tuvo la bochornosa certeza de que la joven estaba obteniendo algún tipo de insano y obsceno placer a su costa.

—Perfecto... —murmuró Belhaldy. Tardó unos segundos en retomar el hilo de la conversación—. Bien... Ahora mismo podría hacer que una voz escalofriante te amenazase desde la espalda... —El oslhyriano se giró de golpe al escuchar una melodiosa y conocida voz de mujer gritando «¿¡qué le estás haciendo a mi hija!?»—. Tranquilo, no es de verdad. También puedo multiplicarla para que creas verte superado en número, o incluso acompañarla por la sensación de que un arma se aprieta contra tu espalda. —El esclavo notó que la punta roma de un bastón le daba unos toquitos a la altura del hombro, pero veía con claridad que ahí no había nada—. También puedo lanzar un orbe que salpique ácido contra tu cara... Oh, no me mires así, el orbe no viene con demostración.

»Y tampoco voy a hacerlo, pero podría provocar tal fatiga en tu cuerpo que no serías capaz ni de pensar en moverte... Y lo mejor es que todo esto ni siquiera es magia de verdad, son meros trucos que precisan de cera, lana o simple contacto físico para surtir efecto.

En una situación menos comprometida, el guerrero habría hallado interesante aquella breve lección sobre el Arte; en aquella ocasión se sentía demasiado incómodo. Deseando terminar con el indecoroso entretenimiento de la ésril, comenzó a incorporarse... y Belhaldy le rodeó las caderas con sus piernas en el último instante.

Tuvo la procaz ocurrencia de espolearle las nalgas usando sus talones descalzos.

—Ya he tomado nota de la lección que me has impartido. —Quiso sonar diplomático, pero al verse atrapado entre los inquietos muslos de la ésril perdió

involuntariamente el control sobre el tono de su voz.

—Sólo ha sido teoría. *Ahora* viene la demostración. —Belhaldy aflojó la presa. Reposó su oscura y esbelta rodilla contra el pecho para dejar a la vista el ligero de cuero donde llevaba los cuchillos arrojadizos; el torneado reverso de su pierna así como el interior del vestido quedaron expuestos ante los atónitos ojos del humano, que tuvo que tragar saliva—. Khastan estaba intentando evitar que desenvainase. Haz lo mismo, agárrame como si nos disputásemos la empuñadura de una espada. —El esclavo hizo lo que le ordenaban y envolvió la pieza de cuero con su mano izquierda—. La mano de Khastan no estaba así. Ponla más... oblicua—sugirieron los suaves susurros de Belhaldy. Al obedecer, el pulgar del humano descendió tímidamente por la tersa curva en la cara interna del muslo de la maga—. Un poco más... hm, más...

Ella siguió instándole a salvar cada milímetro hasta que el extremo encallecido de ese dedo acostumbrado al tacto de las armas rozó el encaje de su lencería... y enmudeció. Él aguardó expectante, casi receptivo, a que las indicaciones prosiguieran.

Pero no lo hicieron.

Sobre la palma de su mano, el esclavo descubrió uno de los cuchillos arrojadizos. Sobresaltado, lo dejó caer. Miró a su alrededor: se hallaba en la misma estancia que antes, pero ahora estaba de pie dándole la espalda al diván.

—¿Qué acaba de...?

—Te he hechizado. Te he pedido que te incorpores y te alejes. —Belhaldy decidió que su esclavo no necesitaba saber que el conjuro que había usado no podía conseguir que el receptor se hiriese a sí mismo—. También te he preguntado tu nombre, Lénduar Nocheserena, y te he ordenado colocar el filo en dirección hacia tu pecho.

—N-no olvidaré nunca tu lección —musitó.

—En realidad lo que nunca olvidarás son las dudas que van a corroerte a partir de hoy: ¿qué te he preguntado además de tu nombre, guerrero devoto de Tykemis que anhela el título de paladín? ¿Cuánto sé de ti? ¿Cuánto tiempo has estado desconectado? ¿Es más grande el lunar de tu omóplato o el de tu costado? ¿Por qué tuvieron que aceptar al quinto viajero?, les avisaste de que el número cinco está maldito.

—¿Qué me has hecho? —preguntó el esclavo horrorizado. Un sudor frío empapó su piel.

—Enseñarte por qué es ridículo que pretendas defenderme. No eres más poderoso, más astuto ni más inteligente que un ésril. Ninguna raza lo es, y de ahora en adelante lo tendrás presente antes de concebir una sola idea, de mover un solo dedo o de efectuar una sola acción que no obedezca una orden directa de

tu ama, la elfa oscura Belhaldy Vrammoryn. Bienvenido a Terraverno.

CAPÍTULO 3

La cascada que abastecía de agua Zendalure caía sobre un área repleta de elevadas cumbres violentamente erosionadas. Siglos atrás, alguien había localizado una cima plana en esa jungla de escarpadas estalagmitas gigantes; allí la caída del agua establecía una densa cortina que desdibujaba los contornos de la ciudad, convirtiendo los tenues orbes feéricos de la zona acomodada en una aurora polar constante. La visión era tan cautivadora que el clero de Latro se había apropiado del lugar para officiar sus ceremonias públicas. Instalaron una imponente estatua de la Reina Terídida labrada en ébano, aras del mismo material para las ofrendas y ocho braseros de platino (el número sagrado de su fe).

Desde entonces, aquel sitio era conocido como Altar Oréade.

No obstante, aquel idílico emplazamiento había dejado de recibir agua tras la erupción del monte Shultasijo, perdiendo con ella su encanto etéreo al quedar reducido a un conjunto de áridas rocas cubiertas de hongos que se descomponían con la incipiente sequía. Belhaldy sintió una punzada de angustia al hallarlo en tal estado, aunque no pudo indagar en el alcance de los estragos porque llegaba tarde a los rituales.

Levitó hasta la cima y se sumó al veintenar de féminas ésril de alta cuna que habían tenido el privilegio de ser invitadas a presenciar los sacrificios. Kalidra gobernaba la reunión desde el centro del emplazamiento. Sus sacerdotisas la rodeaban como si fuesen meras sirvientas y ella la oscura soberana cuya belleza y ambición las mantenía doblegadas. Su voz, firme y potente pero dotada de una musicalidad impensable fuera de la raza élfica, interpretaba un intenso discurso. Su presencia despertaba fervor en la mirada de las presentes, pero no de índole religioso: todas habían sido educadas en una sociedad que ensalzaba la posición de aquella matriarca como el sùmmum de la existencia.

—Por fin apareces —murmuró una adolescente que llevaba en la frente tres círculos azules. Se trataba de la menor de las Vrammoryn: Xadraliss (una novicia

que acababa de superar las pruebas para unirse al sacerdocio). Debido a un capricho de la genética era mucho más parecida físicamente a su madre que la propia Belhaldy.

—Tu impertinencia me sorprende, pequeña araña... —comentó la mayor usando el sobrenombre que la familia le daba a la benjamina—. Oh, claro. Qué despiste... Había olvidado que desconoces las funciones que recaen sobre los hombros de una primogénita. Quedas dispensada.

Aunque Kalidra elogiaba frecuentemente a Xadraliss por el camino que había escogido, esta no dejaba de ser la tercera de sus hijas. Como tal, no poseía ningún derecho sobre la casa noble Vrammoryn... y eso acusaba aún más la innata rivalidad fraternal que sentía hacia Belhaldy

—¿Qué funciones? ¿Solazarte engendrando a tu prole? —se mofó la menor. Belhaldy, sin comprender a qué se refería, le dirigió una mirada de soslayo con una ceja enarcada. Xadraliss se dio dos toques en la punta de la nariz con el dedo—. Llevas perfume, tu lencería asoma, tienes el pelo revuelto y hueles a sudor masculino.

A pesar de que los indicios señalaban algo que no había tenido lugar, la ésril supo que no serviría de nada negarlo... o señalar que el sudor de un varón resultaba más agradable que el pastoso hedor a babas que solía acompañar a Xadraliss. Esbozó una sonrisa burlona.

—Y eso te irrita porque es algo que queda lejos de tu alcance desde que te internaste en el templo como novicia —declaró fingiendo que completaba la frase de su hermana—. Yo en tu lugar aprendería a valorar las *atenciones* de las sacerdotisas veteranas.

Había vuelto el ataque de la menor de las Vrammoryn en su contra.

—En el templo me adoran y me consienten —se apresuró a contestar Xadraliss en tono arrogante. Podría haber convencido a cualquiera, pero ambas habían sido aleccionadas en el arte del engaño por la misma persona y Belhaldy reconocía su método.

—Eres su juguete y obedeces cuando te lo ordenan —espetó la primogénita con malicia—. ¿Crees que madre no me ha hablado nunca de la vida en el templo? Los dormitorios pueden convertirse en serrallos.

—Saben de quién soy hija y lo respetan.

—Claro, porque no albergan rencor ni envidia hacia madre —declaró la mayor con sorna. Bajó más la voz—. ¿Te sientes como uno de los sumisos esclavos de los que disponías en nuestra hacienda, hermanita?

—¿Piensas que voy a creer que no tuviste que luchar hasta adquirir algo de respeto en Zin'Zendal, Bely? —gruñó Xadraliss. La furia había comenzado a darle a su rostro color grafito una tonalidad purpúrea.

—Soy la malcriada de Latro, ¿no lo sabes? Nací para estar por encima — replicó Belhaldy encogiéndose de hombros—. Bueno... excepto esta tarde. Esta tarde mi posición ha sido más bien «debajo».

—Ya, del nuevo. El pelirrojo. Yo estaba con madre cuando te lo compró.

—Sí, de él también, pero hoy no ha sido el único. —La maga tuvo que contener un ataque de risa. Aquella verdad a medias carcomería a la menor de las Vrammoryn con severidad... cuando en realidad Belhaldy no había obtenido más que frustración y derrotas a lo largo de su jornada. Había sido denostada por el cambiadísimo Khastan, que para colmo se había atrevido a afirmar que podría convertirla a su fe; después se había tenido que enfrentar a la perturbadora bondad de Lénduar.

Xadraliss soltó un bufido de indignación y captó la atención de las feligresas aledañas.

—¿Estás bien, pequeña araña? —le preguntó la maga con fingida ingenuidad. La novicia no pudo replicar bajo la atenta mirada de los asistentes y optó por alejarse de la mayor de sus hermanas.

Belhaldy dejó escapar una risita. Era consciente de que el templo de Latro no era el foco de obscenidades que le había descrito a Xadraliss, pero a veces las sacerdotisas se encariñaban más de la cuenta con esas preciosas novicias que habían moldeado y aprovechaban su posición de superioridad (también se daba el caso contrario si su creación las superaba en talento; entonces se desesperaban por segar sus vidas). En cualquier caso, la maga estaba segura de que al tratarse de escarceos entre iguales había un respeto y un consentimiento que no existía cuando el recipiente de las atenciones era un varón o un esclavo. Se había arriesgado a afirmar que la situación de su hermana era mucho más sórdida por dos razones: la primera, que Xadraliss estaba acostumbrada a doblegar y tiranizar, cosa que contrastaría drásticamente con su posición de inferioridad como novicia; la segunda, que su parecido con Kalidra era asombroso y seguramente más de una sacerdotisa despechada había hallado en ella el blanco perfecto para desquitarse.

Estaba claro que Belhaldy había acertado.

Un humo empalagoso comenzó a arremolinarse por Altar Oréade. Kalidra había agregado aceite a los ocho braseros. La fugaz visión del arma en forma de araña que llevaba en el cinto había exaltado al público, que contenía la respiración sin perder detalle.

—Esta noche en el exterior hay luna llena. Hoy tienen lugar las celebraciones sagradas de Eleredia, líder de las sedicentes deidades bondadosas que desterraron a Latro; por eso os he traído a algunos de sus fieles.

La concurrencia se giró para observar cómo las nervudas sacerdotisas

guerreras aterrizaron en aquella cima arrastrando indolentemente a un grupo de elfos de la superficie encadenados. Una tempestad de abucheos femeninos se volcó sobre ellos aterrándolos. Temblaban desasosegados. Intentaron apiñarse para ofrecerse un amparo que a ojos de los ésril resultaba ridículo, y sus trémulos miembros mal cubiertos por ropas desgarradas arrancaron carcajadas a las adoradoras de Latro.

Belhaldy entrecerró sus ojos rosas. La Reina Terídida se encargaba de avivar el odio de los ésril hacia aquellos indeseados parientes del exterior desde su más tierna infancia.

—¿Dónde está vuestro majestuoso panteón? No percibo su influencia —se regodeó Kalidra mirando a una elfa del grupo en particular. Se acercó hasta ella, y su proximidad provocó que el temblor de la desgraciada aumentase, que emitiese un jadeo al intentar hablar y que, finalmente, prorrumpiese en gemidos. La elfa foránea padecía tanto miedo que no era capaz de responder... ni siquiera podía suplicar por su vida. Terminó orinándose, lo que propició un notable aumento en las risas y los abucheos. La sacerdotisa torció la boca maliciosamente para hacer un comentario al respecto, pero un elfo de piel bronceada se interpuso.

—D-déjala —suplicó, intimidado por los muchos pares de brillantes ojos ésril que le observaban con altanería.

—Un valiente... —observó Kalidra. Extrajo su daga ritual y colocó la punta de una de las ocho hojas bajo la barbilla del elfo—. Normalmente tu iniciativa te condenaría, pero... —El cuchillo bajó hasta la raída camisa del prisionero y cortó un rectángulo. La ésril lo retuvo entre los dedos—. Ya estás *condenado*. ¿Te agrada?

Aquel elfo trataba de mantenerse firme, pero gritó cuando Kalidra le realizó un corte desde la nuez hasta el esternón en línea recta. La hoja estaba tan afilada que la carne no se abrió, pero apareció una fina línea roja por la que manó la sangre y tiñó de rojo el rectángulo de tela, convirtiéndolo en un componente válido para los conjuros de la ésril.

—A nosotros tampoco. A la Reina Terídida tampoco. Vosotros y vuestros dioses nos condenasteis, y por eso ahora os devolvemos el favor. —Kalidra dejó que el rectángulo rojo cayese a los pies del elfo, que se derrumbó.

Silenciosamente, una plaga de arañas convocada por la magia de la sacerdotisa se arremolinó en torno a la víctima... cuyos ojos no pudieron apreciar lo que sucedía hasta que su piel estuvo cubierta por las criaturas de Latro. Gritó de agonía a medida que los insectos se alimentaban de su carne y de su sangre, hasta que finalmente quedó reducido a un sanguinolento conglomerado de restos.

El fuerte olor de las vísceras así como la crudeza de la escena provocaron arcadas en algunos de los elfos de la superficie, lo que desencadenó risas entre la concurrencia.

A continuación, la sacerdotisa canturreó varios salmos ensalzando el poder, la belleza y la astucia de Latro. Conjuró sobre las sagradas representaciones de la diosa e invirtió su magia y la de sus sacerdotisas (incluso solicitó la de Belhaldy) para imbuir Altar Oréade de poder divino. Una por una, las sacerdotisas depositaron sus valiosas ofrendas en los cuencos negros de las aras. Los objetos mágicos que su primogénita había confeccionado quedaron enterrados bajo una avalancha de piedras preciosas y otras riquezas. Después los prisioneros fueron torturados y sacrificados para deleite de las presentes y de la Reina Terídida, que en recompensa revitalizó a sus adeptas.

Cuando todo hubo acabado, las ésril zendaluríes le presentaron sus respetos a Kalidra complacidas tanto con el derramamiento de sangre como con las pruebas que habían obtenido de que la poderosa líder del sacerdocio aún conservaba el grandioso vínculo con Latro que garantizaba la resolución de la crisis.

Belhaldy también saludó a su madre. Junto a ella encontró a Xadraliss, que se humedeció los labios (incrementando aquel olor tan rancio que envolvía su cara) y habló:

—Ha llegado tarde, madre. Al parecer invertía sus esfuerzos en procurarte tus primeros nietos. Prioridades —observó con mala intención.

Kalidra mostró una expresión neutra. Sostenía un ámbar en su mano que contenía una araña (un obsequio favorable de la diosa).

—No es buen momento para tus bromas, hermana —repuso tranquilamente Belhaldy. Con discreción (por si había más oídos indeseables acechándolas... a parte de los de Xadraliss), prosiguió—. Madre, he descubierto una figura traicionera muy cerca de nosotras. Me encargaré del asunto si así lo deseas.

—Te *ordeno* que lo hagas.

Belhaldy le había indicado a Élikat antes de irse a la ceremonia que debía aleccionar al esclavo humano. La noche transcurrió mientras Lénduar trataba de escuchar a la napea dudando si se sentía más iracundo o más aterrado respecto al episodio que había vivido con la ésril. Le daba pavor haber tomado consciencia de la nociva mezcla de aptitud mágica y falta de escrúpulos que poseía esa maga autoproclamada su dueña; le enfurecía que hubiese logrado sortear su sentido común y su preciada virtud para hacerle bajar la guardia e hipnotizarle. Mientras se debatía, comenzó a fijarse fugazmente en los bruscos giros que daba la cabeza

de Élikat. Al centrar su atención en ella se percató de que, de hecho, parecía atrozmente nerviosa; no sólo volvía su cuerpo repentinamente hacia las diversas esquinas de la habitación, sino que sus vista vagaba constantemente sin detenerse en ningún punto en particular... siempre a una altura bastante baja. No llegó a mirarle a los ojos en ningún momento mientras detallaba cómo debía realizar las tareas, cuándo podía encender las velas y en qué cantidad, costumbres, horario... Las cuestiones básicas para desenvolverse por la mansión como parte del servicio.

—Claro que... algunas cosas sólo las puedo hacer yo —apostilló—, como restaurar las pinturas y cortarle el pelo a esa... a ella. Supongo que tú también tendrás tus propias funciones.

—¿Restauras cuadros? —preguntó Lénduar perplejo.

—Sí... —repuso Élikat. De nuevo arrojó una desquiciada mirada a la penumbra. El humano pensó que la paranoia de aquella criatura rozaba el desequilibrio mental y se lamentó por ella. En cuanto se quedase a solas rezaría a Tykemis, la Divina Rectitud, pidiéndole justicia una vez más... y esta vez le dedicaría algunas oraciones a la napea—. También pinto. Tener manos hábiles me dio un precio alto aquí.

—¿Para qué quieren cuadros? —El guerrero no salía de su asombro. El refinado gusto por las obras de arte no casaba de ninguna forma en su mente con el salvajismo de los ésril.

—Les gusta lo que es bonito y caro.

—Como el parricidio, ¿no? —observó con amargura. La ninfa se sobresaltó y buscó a su alrededor con ojos casi llorosos... como si esperase ser castigada por el comentario del humano. Lénduar se compadeció profundamente de ella—. ¿Cuánto llevas aquí?

Élikat comenzó a hacer cálculos contando desde su meñique.

—Ocho años. Es más de lo que aguanta la mayoría... —le informó—. He visto a muchos desangrarse tras recibir una paliza completamente cotidiana durante sus primeros meses. A otros los matan sin más aunque lleven varios años y den un servicio impecable porque de repente se les antoja adquirir un esclavo nuevo. Creen que las arañas valen más que nosotros. ¡¡Ah!! ¡Que nunca te vean aplastar una! ¿Me oyes? —Subió el tono repentinamente.

—Claro, por supuesto —aceptó el humano para apaciguar a su interlocutora—. ¿Nadie ha escapado nunca?

Las comisuras de los labios de la esclava se curvaron en una temblorosa sonrisa cargada de desesperación.

—¿Es que cuando estabas en la superficie oíste alguna vez a alguien contar cómo había huido de Terraverno? —respondió Élikat con una coherencia

devastadora.

Después de eso, la napea se marchó para seguir atendiendo sus funciones... dejando a Lénduar mucho más turbado de lo que ya estaba. Él salió al jardín trasero y miró a su alrededor en busca de una vía de escape, pero Zendalure sólo era negrura para sus ojos humanos. Impotente, apoyó las manos y la frente en una de las formaciones cristalinas luminosas. Sería un esclavo atrapado bajo la tierra hasta su muerte, rodeado en todo momento por elfos oscuros y sus deleznable prácticas. Se arrodilló y rezó a Tykemis en busca de consuelo. Estaba cerca de uno de los días sagrados de su fe, la Balanza, y se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que no podría participar en la ceremonia. Intentó recordar cómo había sido la última a la que había asistido: se le resistía el aspecto del voluntario que oró para los fieles (sólo podían desempeñar esa función los paladines de la Divina Rectitud, lo que se sumaba a las muchas razones por las que Lénduar deseaba el título), pero lo que sí había memorizado era el sentido discurso que le dedicó a los enfermos y a sus...

—Muchacho.

Lénduar se incorporó de golpe. Sus manos adoptaron una posición marcial, tratando en vano de agarrar la empuñadura de una espada de la que le habían despojado hacía tiempo. Ante él se encontraba el ésril que le había quitado a Belhaldy de encima unas horas atrás; levitaba para mirarle a los ojos sin tener que alzar la cabeza.

—No voy a ponértelo fácil —declaró el guerrero, asumiendo que Khastan había acudido allí para vengarse.

El mago se llevó los dedos al entrecejo.

—Escúchame, no disponemos de mucho tiempo.

—¿Qué...? —El pelirrojo arrugó el ceño. Tenía los puños preparados y sus piernas aguardaban al menor indicio de ataque para fintar.

—Necesito a Belhaldy. No entraré en detalles ahora, pero es indispensable si queremos escapar de esta ciudad. Tú quieres volver a la superficie, ¿verdad?

Lénduar, frustrado, apretó las manos contra sus sienes. No comprendía nada. Enloquecería antes de poder seguir el ritmo de todas aquellas maquinaciones ésril.

—¿A qué precio? —se obligó a preguntar.

—Consigue que ella colabore conmigo. Es mucho más razonable y lógica de lo que parece, pero su intelección se ha atrofiado constreñida por su fe en Latro. Yo creo en una unión que nos hará más fuertes a todos. Una lealtad entre elfos, semielfos y humanos que nos devolverá el poder sobre la superficie — declaró. Lejos de sentirse reconfortado, el humano tuvo un escalofrío. Las palabras de Khastan no dejaban de ser las de un despiadado ésril megalómano.

—Me pides un imposible.

El mago miró a su alrededor. Sus ojos, dos pozos carmesí que reflejaban la pálida luminiscencia de la veta cristalina donde se había apoyado el humano, se entornaron con una mezcla de impotencia y apremio.

—No. Conozco a Belhaldy, le has dado mucho en lo que pensar al socorrerla. Lo he percibido. —Lénduar tuvo la sensación de que el ésril no terminaba de mostrar todas sus cartas, y aunque aquello le enervó supo que no podía remediarlo.

Alzó las manos con las palmas hacia arriba. La quemadura con el símbolo Vrammoryn quedó al descubierto en la cara interna del brazo, escasos centímetros bajo la sangradura.

—¿Cómo voy a creer en lo que dices? Si quieres irte de esta caverna no le des vueltas; tú eres un hombre... un elfo libre. Hazlo sin más.

—¿Y dejar aquí a mi congregación? ¿Es que nadie te ha dicho la crisis que padecemos? No tenemos agua y en unos días no quedará oxígeno. —Lénduar recordó que Élikat le había ofrecido un vaso de leche mencionando que no era posible consumir agua. Él asumió que se trataba de una forma más de menospreciar a los esclavos—. Además, estamos encerrados... si les abandonase los estaría condenando. Te he hablado de la unidad: tengo la intención de llevarles conmigo para que iniciemos una nueva vida en la superficie.

—Eso es... bonito —repuso tristemente Lénduar que, desprovisto de cualquier tipo de amparo en su nueva condición, se sintió vulnerable ante la inopinada afabilidad de Khastan—. ¿Por qué dices que estamos encerrados? Creía que la magia de La Maraña ya no...

El ésril se impacientaba. Miró a su alrededor; sabía que Belhaldy no tardaría en volver de los sacrificios.

—No puedo explicártelo ahora, no hay tiempo. La cuestión es que somos poco más de treinta, y todos necesitamos tu ayuda..., ¿cuál es tu nombre?

—Lénduar Nocheserena.

—Lénduar. Le has abierto una puerta a esa muchacha que no podrá ignorar si así lo dispones.

—Si tan bien la conoces, ¿por qué no haces esto tú mismo? No puedo evitar pensar que me envías al patíbulo.

—Sabe que no comparto su fe en Latro y me desprecia por ello. El tiempo va en mi contra. No puedo explayarme, de verdad —añadió. Si no hubiese estado envuelto por un halo de apabullante seguridad, el oslhyriano habría jurado que su interlocutor se estaba empezando a agobiar—. Sólo te pido que no dejes que se cierre esa grieta que has creado en la barrera que retiene su mente.

—¿Cómo?

—Habla con ella. Después de lo que has hecho no tengo dudas: tus palabras alterarán su forma de pensar.

—¿Y ya está? —se extrañó el humano.

—Sí. Con eso podrás hacer que nos ayude a abrir el camino. Me voy; los rituales han debido de terminar hace rato.

Antes de que el esclavo tuviese ocasión de hacer más preguntas, el ésril se escabulló entre las sombras. Lénduar no estuvo seguro de hasta qué punto aquello había sido una sublime exhibición de sigilo o un simple efecto óptico que resultaba impactante para su empobrecida visión humana.

Tanto daba.

Con incipiente determinación, se arrodilló para ofrecerle sus plegarias a su noble diosa, suplicándole que le devolviese el equilibrio a su vida y que le perdonase por los actos que con toda seguridad se vería obligado a efectuar y tolerar en aras de su supervivencia.

Cuando regresó al interior de la mansión, la napea le abordó a paso raudo y él estuvo a punto de derribarla porque no la vio llegar.

—Ve a por su bata, la tiene en el dormitorio —le indicó apresuradamente mientras enderezaba el pequeño montón de ropa con el que cargaba—. ¡Tengo que buscar las toallas limpias!

No le dio ocasión de preguntar. Se alejó rápidamente y Lénduar tuvo que deducir por sí mismo que si la ésril quería toallas entonces tenía que hallarse en la bañera. Fue a buscar la prenda meditabundo: la petición de Khastan pesaba sobre sus hombros... ¿Realmente podía hablar de algo con aquella acerba joven? Y de lograrlo... ¿conversar con ella llevaría a alguna parte?

Llamó a la puerta del baño sin terminar de abandonar sus dudas.

—¿A qué esperas, estúpida? —llegó la respuesta. Él torció la expresión (indignado por el injusto trato que recibía Élikat) y entró. Le recibió una cálida oleada de vapor. Tras las sinuosas vaharadas descubrió unas cuantas velas encendidas repartidas por el mobiliario. En el centro de la composición, sumergida en una ostentosa bañera de loza incrustada en el suelo, Belhaldy le miraba con una mueca socarrona. Lénduar tuvo la sensación de que le estaba desafiando a protestar... probablemente porque se había fijado en su semblante irritado.

Tomó aire, detectó un brillo malicioso en el rostro de la ésril, y habló.

—¿Dónde dejo esto? En el lavabo quedaría fuera de tu alcance.

—No tiene que quedar dentro de mi alcance —subrayó ella, decepcionada por la ausencia del conflicto verbal que había esperado. Se apartó el cabello hacia atrás. Mojado parecía grisáceo. Jugueteó con uno de sus bucles.

Lénduar dedujo que la bata tenía que quedar al alcance de Élikat para que la

vistiese al terminar, así que la apoyó en el lavabo y se dirigió a la salida.

—Ven.

No había llegado a accionar el picaporte. Con la sensación de que aquello no auguraba nada bueno, retrocedió hasta la maga. La espuma se arremolinaba en torno a su piel negra, y el aceite perfumado del agua le otorgaba tal lustre que se asemejaba más que nunca a una joya de obsidiana bruñida. Belhaldy le indicó con un dedo que se agachase; él obedeció sólo tras haberle lanzado una fugaz mirada al borde de la bañera para asegurarse de que podría agarrarse a algo en caso de que la ésril intentase ahogarle. Descubrió una runa inscrita sobre una de las baldosas (probablemente con la función de calentar el agua).

Las manos de Belhaldy, húmedas y resbaladizas, le sujetaron el rostro y tentaron su barba de dos días. Sus ojos rosas parecían arder de forma literal al contemplarle debido a las velas.

—¿Qué... tal ha... sido... la ceremonia? —preguntó Lénduar entrecortadamente. Sabía que no era la ocasión más indicada para intentar que la ésril cambiase de bando, pero se sentía tan incómodo ante aquella intensa y abrumadora mirada que necesitaba interrumpirla como fuera.

—Corriente. Una de las víctimas del sacrificio tenía tu color de pelo. No pude parar de acariciarla antes de entregársela a la diosa —agregó con malicia. Lénduar palideció—. Estuve tentada de quedármela, pero no habría sido inteligente arrebatársela a Latro, aunque... ella disfrutaría más de una de sus sacerdotisas que de una elfa de la superficie. Hm. Quizá podría haber realizado un truco...

—¿Estás hablando en serio? ¿Estás...? ¿¡Una diosa a la que le gusta que sus adeptas sean sacrificadas!?

Belhaldy le soltó para comenzar a enjabonarse la melena.

—Por supuesto, ¿o crees que una diosa merece recibir morralla trasgoide en sus altares?

—¡Estáis locos! ¿¡Cómo podéis venerar a quien os destruye!?! ¿Acaso no tenéis constancia de otros dioses aquí abajo?

—En realidad Latro tiene familiares, mascotas y enemigos a los que algunos ignorantes se atreven a venerar. Esos escasos ineptos duran poco, al fin y al cabo estos son los dominios de Latro, *guerrero de Tykemis*. —Había insidia en sus palabras de nuevo—. Por cierto, Khastan es uno de ellos.

—El que te atacó antes —dedujo él. Era la primera vez que oía el nombre del ésril.

—Sí —convino Belhaldy—. Masajea mis pies.

La expresión airada de Lénduar arrancó una carcajada a la elfa oscura, que se recostó en el interior de la inmensa bañera hasta que el agua llegó a su

barbilla. Sus pequeños pies negros asomaron.

—No sé dar masajes. No puedo complacerte.

—Estoy segura de que sí —replicó ella en tono bajo e insinuante. Lénduar era consciente una vez más del insano placer que la ésril obtenía al abochornarle. Se arrodilló en la otra orilla de la enorme bañera y agarró los pies de Belhaldy con torpeza entre sus manos (que parecían grotescamente grandes y ásperas en comparación)—. Utiliza eso.

—Me sorprende que te bañes —comentó tomando el frasco de aceite que ella había señalado y vertiendo algunas gotas en sus manos—. Quiero decir, yo sólo puedo beber leche de las reses que criais aquí abajo porque el agua escasea, ¿no?

—¿Y por qué no habría de disfrutar de un baño? Tengo privilegios; mi poder en esta ciudad es prácticamente ilimitado. Además, seremos mi madre y yo quienes resolvamos la crisis.

—Sacrificando las vidas de vuestros semejantes en los altares de vuestra diosa —apostilló el oslhyriano.

—No sólo nos inmolamos, también le ofrecemos artefactos y magia entre otras cosas. Hoy en la ceremonia yo le he donado hasta el último de mis conjuros... por eso estoy tan cansada y tú, como esclavo, tienes la obligación de conseguir que me relaje.

—¿Toda... tu magia?

—Sí. Mi entrega a la Reina Terídida es absoluta.

Lénduar detuvo el masaje. Los resbaladizos pies de la ésril regresaron al interior del agua; ella se apartó del rostro un mechón de su cabello enjabonado.

—¿Significa eso —el corazón se le desbocó— que ahora mismo estás desarmada?

El esclavo vio su oportunidad de huir. Los pensamientos se agolparon en su cabeza: noquearla y correr sin volver la vista atrás sonaba maravilloso... hasta que la respuesta de Belhaldy (una única sonrisa acompañada de una breve espiración, seguida de la espontánea extinción de todas las velas) le puso en alerta. No dispuso de tiempo para comprender si había oído o no el murmullo del agua; la afilada y estrecha hoja de un cuchillo se presionó contra su garganta. Belhaldy estaba detrás de él inmovilizándole en un ceñido abrazo. Había aprovechado la posición de Lénduar, que seguía de rodillas, para quedar a la misma altura. Emitió un afectado suspiro e hincó su angulosa barbilla contra el cuello del esclavo.

—¿No te he demostrado ya que una ésril jamás está indefensa? —susurró en su oído. Lénduar podía sentir cómo el agua se transfería desde el cuerpo desnudo de la ésril al suyo, anegando su ropa y haciéndole chorrear.

Jadeó, tenso por la amenaza del cuchillo.

—¿Es que crees que me hace feliz servirte? —gruñó—. ¿¡Crees que asumiré sin más una vida de esclavitud en este agujero!?

De nuevo la misma risa escueta.

—A cuatro patas —ordenó la maga empujándole. Lénduar frenó la caída con sus manos impregnadas en aceite de baño. Quedó en la posición que le habían ordenado sin proponérselo. Antes de poder incorporarse, la punta del cuchillo se oprimió contra su columna vertebral. Si Belhaldy decidía hundirlo le seccionaría el nervio y le privaría de su capacidad motora para siempre... eso contando con que sobreviviese a la fatal herida. Trató de mantenerse inmóvil. Le sorprendió percibir un peso romo y cálido sobre su espalda en lugar de la inminente herida: la ésril se había sentado sobre sus riñones. La fuerza de Lénduar sobraba para cargar con ella, pero el aceite en las palmas de sus manos le hacía resbalar y los brazos tardaron poco en temblarle por el sobresfuerzo.

—Ugh, el tacto de esta tela es repulsivo —murmuró la elfa oscura. El esclavo percibió el cuchillo introduciéndose bajo su almilla, después estirando hacia arriba; la tela se rasgó y la prenda rota escurrió por sus brazos hasta llegar al suelo encharcado—. Vaya, fíjate: ahí está *ese* lunar...

Belhaldy posó los dedos en un punto del omóplato de Lénduar antes de volver a sentarse sobre su espalda. Él percibió la forma de sus nalgas y sus muslos como dos finas «i» minúsculas.

No podía dejar de ser consciente de que se encontraban piel con piel.

—¿Tan complicada te ha parecido la lección que te he impartido antes? —preguntó Belhaldy reclinándose ligeramente hacia atrás. El agua que resbalaba por su pelo caía directamente sobre la tensa y musculosa espalda de Lénduar, que sentía que las gotas llegaban frías hasta él y se calentaban expuestas a su propia temperatura.

—¡Eres tú la que no parece entender que nadie en su sano juicio desearía ser un puto esclavo! ¡Sólo vosotros estáis tan locos como para servir voluntariamente a quien os condena! —bufó con la mandíbula tensa. Quiso incorporarse y Belhaldy le colocó la hoja contra la nuca.

Era muy rápida.

—Cuanto más te resistes, más me diviertes. Y cuanto más me diviertes... más te atas a tu tormento.

El guerrero se revolvió de nuevo. La elfa, en respuesta, le practicó lentamente un corte alargado y profundo desde el cuello al omóplato. La sangre se diluyó con el agua perfumada y goteó sobre el suelo de barro cocido. El desafortunado humano no tuvo más opción que la de resignarse y obedecer.

—Háblame de ese número cinco que tanto te disgusta, ¿qué superstición es

esa? No la había oído jamás. —No preguntaba por curiosidad. En su tono no había interrogantes, sólo ganas de provocar dolor. Cruzó las piernas y jugueteó con el cuchillo sobre la espalda de su esclavo, erizándole la piel a medida que elaboraba toscos dibujos rúnicos.

—Trae la desgracia y la muerte, como puedes ver —respondió con los dientes apretados.

—Yo sólo veo fortuna en ese número. —Le dio un puntapié en el brazo a la altura de la quemadura que le marcaba como su propiedad—. Dime, ¿seguirás queriendo rescatarme si me vuelves a ver en peligro?

Lénduar guardó silencio. La ésril se burlaba de sus valores... ¿O Khastan tenía razón y se sentía intrigada por su altruismo?

—«Sé imparcial, íntegro y honrado incluso con aquellos que no lo son, pues no te corresponde a ti juzgarlos» —recitó en respuesta. Era cierto que su intenso odio por la ésril le haría cuestionarse si quería salvarla, pero se conocía a sí mismo lo suficiente como para saber que a pesar de todo... lo haría—. Sí.

Se debía a la justicia equilibrada y ciega que Tykemis promulgaba.

La ésril guardó silencio. El cuchillo seguía cosquilleando la piel del esclavo; le ocasionaba escalofríos.

De improviso, ella se levantó y regresó al interior de la bañera.

—¿A dónde ha ido esa inútil a buscar las toallas? ¿A Ó'ttiper? Encuéntrala. Dile que más le vale darse prisa.

CAPÍTULO 4

Día 25 del Cuarto mes de 1765.

La fogata devoraba el puñado de ramas secas que acababa de recibir. Lénduar vaciaba su cantimplora de agua a grandes tragos; le habría gustado beber vino igual que los demás, pero era el único oslhyriano del grupo y, por lo tanto, el único que se encontraba inquieto y malhumorado desde que habían recogido al silfo.

Con él sumaban cinco. Tenía que estar alerta.

A pesar de que el recién llegado insistía en haber salido vencedor de su encuentro contra un jabalí y afirmaba querer acompañar al grupo para protegerlo de las bestias, saltaba a la vista que estaba acongojado y no se sentía capaz de irse solo con las piernas llenas de mordiscos. Por eso Lénduar no tuvo corazón para negarle la protección de la caravana, le pareció que sería más apropiado marcharse él mismo para evitar el número maldito... pero tampoco podía faltar a su responsabilidad. Se había comprometido a escoltarles en el tramo desde Siarimmos hasta Rioparvo, y ahora que sabía que había animales salvajes al acecho... Además, necesitaba el dinero con urgencia.

—¡Venga, taheño, alegra la cara! —le dijo una mujer que comerciaba con metales. Le acercó el vino, pero Lénduar lo rechazó con seriedad.

—¡Con su edad y no piensa en divertirse! —agregó un hombre oriundo de Kísmabund al que le faltaba poco para llegar a los cincuenta años. Bebía y reía sentado junto al tercero de los comerciantes, un enano oscuro—. ¡Tendríais que haberle visto en Siarimmos! Le enseñé la ciudad, y cuando le dije que estábamos en una mancebía... ¡Se le puso la cara más roja que el pelo!

La comerciante de metales rio con inofensiva picardía femenina. Le dedicó un guiño a Lénduar, que al recordar el episodio había vuelto a sonrojarse.

—Pero luego solicitaría algún servicio, ¿no? —quiso saber el silfo.

—¡Más bien salió corriendo escandalizado! —aseguró el kismabundino mientras se desternillaba. Los espasmos de la risa le hicieron regar el suelo a su alrededor con la botella.

La relación de Lénduar con los comerciantes había sido muy agradable hasta el momento. Aquella noche se habían juntado el alcohol y el aburrimiento con que él era el más joven, así que se entretenían incordiándole y sacándole los colores... Probablemente desde el cariño.

—Vamos, no seáis así. Seguro que el chico tiene a una moza esperándole en Dagazur, ¿a que sí? —intervino el enano oscuro. Lénduar no sabía por qué, pero los enanos siempre le caían bien. Le gustaba el carácter apacible de esa raza.

Desde Terraverno recordaría con amarga ironía cómo en aquel momento la visión del atezado cutis del enano le hizo pensar que las pieles más oscuras eran el paroxismo de la belleza.

—¡Mirad esa carita...! —señaló la mujer—. ¡Tiene una chica esperándole y no nos ha dicho nada!

Intentaron interrogarle al respecto, pero Lénduar se sentía demasiado abochornado como para seguir participando en la conversación. Consciente de que no podría dormir con la algarabía, se alejó unos pasos y se dedicó a afilar su ajada espada de hierro. Era muy rudimentaria, pero en cuanto las cosas mejorasen compraría una nueva. Una tan bonita como la que se había visto obligado a vender.

Cuando regresó junto a la hoguera descubrió que sus acompañantes se habían quedado dormidos.

—No saben beber, ¿eh? —observó el enano oscuro—. Me habría gustado verles con una jarra de cerveza enana a cada uno —rio amigablemente.

—¿Es muy fuerte? —preguntó Lénduar por seguir la conversación.

—Qué va. Quitando que la destilamos en el interior de nuestras montañas no se diferencia de ninguna otra, pero después de haberles visto con ese vino barato... —Dejó la frase en el aire en tono jocoso. Lénduar compuso una sonrisa intranquila en respuesta; el número maldito no le permitía calmarse—. Por cierto, ¿a qué distancia estamos de Dagazur?

—Calculo que con nuestro ritmo llegaremos el segundo día del Quinto mes. Lo cual me alivia, ya que no implica más cincos en nuestro viaje.

—¿Es que sigues dándole vueltas, chico?

—Sí —admitió el oslhyriano.

—Tranquilízate, no hay más posibilidades de que tu preciado cargamento sea robado sólo porque se nos haya unido ese pequeñajo.

—No son los robos lo que me preocupa.

—Pero bueno... ¿qué tiene ese número para alterarte así?

—¡Todo el que se ha vinculado al cinco ha encontrado la desgracia y la muerte en poco tiempo! La contienda de medio siglo contra los sátiros se inició por un quinto hijo, por ejemplo. ¿Y has oído hablar de la trágica historia de la

embajadora oslhyriana que viajó a Kísmabund?

—Me suena... Murió dando a luz, ¿no? Es más, ¿no hubo varios asesinatos relacionados con aquel parto?

—Sí, fue una tragedia. Entre los representantes políticos que asistieron al nacimiento y sus familiares sumaban cerca de treinta personas, y todos... —El enano aguardó a que el humano siguiese hablando, notablemente interesado en la pequeña lección de historia y superstición oslhyriana. No había oído lo mismo que Lénduar: un tintineo metálico.

El humano desenvainó su humilde espada de hierro... pero no llegó a incorporarse para blandirla; recibió un golpe detrás de las rodillas en el proceso y cayó de espaldas. Vio que el enano se levantaba, gritando, intentando alertar a los comerciantes mientras unas finas sombras oscuras se esforzaban por derribarlo.

Lénduar se revolvió, lanzó espadazos desde el suelo y logró ponerse de pie. Se dio cuenta de que sus acompañantes ya habían sido encadenados (probablemente mientras él charlaba con el enano) y comprendió de dónde había venido el tintineo metálico. Luego sus adversarios, dos varones ésril, le atacaron a la vez. Le redujeron con bastante facilidad y le despojaron de la coraza y la espada para encadenarle. Una tercera ésril, una hembra, se acercó y habló a sus compañeros en lo que el oslhyriano identificó como un retorcido dialecto del élfico (lengua que él conocía gracias a los elfos que poblaban su tierra). A pesar de que no pudo identificar con exactitud buena parte de las palabras que usaron, entendió la conversación casi por completo.

—¿Qué tenemos? —había preguntado la hembra. Sonaba como si fuese la líder.

—Un pelirrojo: justo lo que buscábamos. También hay dos humanos, un enano y un silfo. Todos son comerciantes, se venderían decentemente.

Fue entonces cuando Lénduar comprendió que estaba en manos de esclavistas.

—No merece la pena. Los trabajos por encargo están mejor pagados que las ventas en el mercado de esclavos. Mantenerlos con vida durante los días de viaje será un malgasto de la pequeña fortuna que la matriarca Vrammoryn nos va a dar por este pelirrojo. —La ésril agarró uno de los mechones de Lénduar y bizqueó como si tratara de asegurarse de que el color de pelo era el apropiado—. Matadlos.

El guerrero gritó e invocó el nombre de su dios entre chillidos. Intentó soltarse implorando un milagro para salvar a las personas a las que se había comprometido a ayudar, pero irremediablemente los dos varones cortaron las gargantas de cada uno de los comerciantes. El olor de la sangre diluida por el

vino se mezcló con el de la tierra.

—¿La gente como vosotros tiene la conciencia lo suficientemente tranquila como para dormir por las noches? —logró increparles Lénduar mientras todavía se revolvía y aullaba lleno de aversión y miedo.

—Los elfos no dormimos, imbécil —respondió ella antes de dejarle inconsciente.

Día 11 del Quinto mes de 1765.

El servicio de la mansión se enfrascó en cumplir sus diversos cometidos. Lénduar y los otros dos soldados tuvieron que ayudar a falta de alguien que supervisase su entrenamiento militar. Al oslhyriano, cuya ropa rota nadie se molestó en reponer, le encargaron eliminar los hongos de la entrada de la mansión. Mientras raspaba las escaleras de la entrada pensando amargamente en su secuestro (esa noche lo había revivido una vez más en sus sueños) apareció el bajo de una ceñida toga glauca. Alzó la vista y creyó que se trataba de Kalidra, la ésril que le había comprado: la responsable de sus desgracias, entre las cuales contaba las muertes que no había podido evitar.

Pero no era Kalidra.

Tras un segundo vistazo se dio cuenta de que las facciones de esa ésril no eran las de la madre matrona. Si bien compartía la tonalidad grafito de la piel y los rasgos espigados, aquella visitante era muchísimo más joven, casi aniñada. De haber sido humana le habría atribuido unos catorce años, quince como mucho.

Ella chupeteó las puntas de sus dedos índice y corazón como si fuesen cigarrillos.

—Eh, ¿sí? —preguntó Lénduar incorporándose. Ella le escrutó con la mirada y algo pareció encender sus aviesos ojos garzos.

—Vengo a ver a mi hermana, esclavo. Llévame al salón.

Lénduar soltó las herramientas de jardinería de mala gana para escoltar a Xadraliss Vrammoryn al interior de la mansión. No fue consciente del lascivo modo en que la ésril contemplaba los músculos de su espalda desnuda. Para cuando alcanzaron el salón, la novicia podría haber reproducido en arcilla la anatomía del guerrero con escrupulosa exactitud; apartó los ojos de los dos hoyuelos del final de la columna del humano y tomó asiento sin que nadie se lo ofreciera (aún con los dedos en la boca). Cruzó las piernas asegurándose de que sobresalían por la generosa abertura vertical de la falda.

—Tus pezones son de un color rarísimo —aseveró. El humano no quiso detenerse a pensar en aquellas palabras, pues le incomodaron mucho. Ante su

impasibilidad, la novicia siguió hablando—. ¿Qué edad tienes, pelosangre?

A esas alturas, Lénduar creía saberse todas las comparaciones existentes para su pelo (desde las zanahorias hasta el cobre), pero la de la sangre nunca se le había pasado por la cabeza... ni a él ni a nadie a quien conociese. Le pareció escalofriante que el carácter de los ésril les llevase a pensar automáticamente en un símil tan violento.

—Veintiséis años. Voy a avisar a...

—¿¡Sólo...!?! Oh, claro... no eres ésril. ¿Veintiséis es mucho o poco para tu raza?

—Hace diez años que soy mayor de edad.

—Un crío, pues. Y seguro que con poca experiencia, qué delicia... No me quejo, pero ¿hay alguna razón para que vayas medio desnudo?

—Belhaldy cortó mi camiseta con un cuchillo anoche.

Por un instante, Xadraliss pareció perpleja. Después su expresión se avivó. Asomó la punta de su lengua para extenderse saliva por el labio inferior.

—Debí imaginarme que ese tajo tan feo tenía su firma. —No había dejado de fijarse en el corte del omóplato, aunque no había despertado su preocupación lo más mínimo—. Y ¿cómo te lo hizo? —La ésril se inclinó hacia delante y lo atrajo hacia sí con una mano; con la otra hundió un cuchillo en la parte superior del pantalón de cuero tachonado que vestía el guerrero. Lo desgarró—. ¿... Así? —Trató de despojarle de la prenda.

Lénduar retrocedió, pero la tela había quedado rota y la cintura ya no se le ajustaba.

—¿¡Qué demonios haces!?! —le espetó a la novicia mientras intentaba volver a cubrirse. La expresión en el rostro de la visitante evocaba algún tipo de depredador con ptialismo... y, como tal, saltó sobre él e intentó tumbarlo sobre el mueble más cercano.

Forcejearon.

—Me pregunto qué hará mi hermana cuando me pille sentada en la cara de su pelirrojo... —comentó con la intención de ser oída fuera de la estancia.

—¡Ni hablar!—gritó Lénduar con el rostro congestionado. Logró repeler a la novicia y se alejó hasta la puerta.

—¿Qué haces? Tienes que obedecer —protestó Xadraliss, sentada en el diván sin que sus pies alcanzasen el suelo. Ya no parecía una hiena, más bien era una niña mimada confundida ante la primera negativa que recibía en su acomodada vida.

—Por eso voy a buscar a tu puñetera hermana.

Preso del mal humor que cabía esperar, Lénduar subió al segundo piso y se dirigió a la habitación de Belhaldy. Llamó a la puerta, entró y la sorpresa aplacó

momentáneamente su irritación: la maga, rodeada de ricos doseles de seda de araña, meditaba en una enorme cama acolchada con abundantes y mullidos cojines carmesíes. La madera de ébano que componía su estructura estaba decorada con innumerables tallas de estética arcana.

—Yo duermo en un agujero en la tierra... y tú tienes esto a pesar de que tu raza no necesita dormir. —Belhaldy interrumpió relajadamente su trance y se apartó los tirabuzones de los hombros. Reparó en el roto del pantalón del humano, aunque contempló con más interés la línea de vello rojizo que comenzaba bajo su ombligo y descendía hasta desaparecer.

—¿Acaso quieres compartir mi lecho, guerrero de Tykemis? —respondió con aire risueño. Parecía tener un buen «despertar».

«Los elfos no dormimos, imbécil», resonó en la mente de Lénduar.

—Tu hermana te espera en el salón.

—¿Cuál de las dos?

—No me ha dicho su nombre.

—¿Una dama corpulenta o una zorrita?

—La... segunda.

—Xadraliss, entonces. Asegúrate de que mi desayuno esté listo para cuando baje.

En ese momento llegó la napea para acicalar a su ama. El humano salió de la habitación sin ningún tipo de ceremonia. Su actitud aún no había sido doblegada como la de Élikat o la del resto de esclavos, quizá porque a Belhaldy parecía hacerle gracia dejarle algo de libre albedrío para que se frustrase cada vez que chocaba contra sus nuevos límites...

Se dirigió hacia la cocina. Al entrar se encontró de frente con Xadraliss, que tenía la mano extendida para abrir la puerta desde dentro.

—¿Viene ya Belhaldy? —preguntó esforzándose por ocultar su sobresalto.

—Sí.

Lénduar dejó que la novicia saliera y después cerró la puerta; no quería darle tiempo para que se decidiese a seguir incordiándole. Escuchó crujidos bajo sus botas y descubrió cristales rotos en el suelo (tratándose de la cocina, probablemente un vaso). Se cercioró de que el servicio supiera que la dueña de la casa iba a bajar a desayunar enseguida y se dirigió a la entrada para seguir limpiando los escalones. Al pasar vio de refilón cómo Belhaldy entraba en el salón y se abalanzaba sobre su hermana para abrazarla. Ambas se estrecharon, acariciando sus espaldas y costados, y Lénduar se quedó petrificado al darse cuenta de que en realidad se estaban registrando mutuamente en busca de armas.

«¿Qué clase de vida miserable le lleva a uno a registrar a su propio hermano...?», se horrorizó. Él le habría confiado su vida a Dalbret sin pestañear.

—¿Y ese cuchillo, pequeña araña? —inquirió Belhaldy en lengua ésril mientras tomaba asiento.

—Por si mi paseo, caminando a falta de monturas, se complica —puntualizó con resentimiento. No le gustaba andar—. Como bien sabes, ahora empleo la mayoría de mi tiempo en el templo... así que he querido aprovechar este encargo para caminar por nuestro hermoso distrito.

—Ya —asintió la mayor—. ¿Y dicho encargo consiste en...?

—Madre me ha pedido que te agradezca la ayuda prestada en los rituales de anoche.

—Me debo a la diosa. Además, sabéis perfectamente cuánto me preocupa nuestra posición en esta ciudad. Al fin y al cabo, algún día la heredaré —agregó con malicia.

—Se me agota el tiempo y quiero aprovecharlo. Ten un buen día, Bely.

—Igualmente, Xadra.

Antes de que Lénduar reaccionase, Xadraliss le sorprendió en el recibidor del que no se había podido ir.

—Nos veremos muy pronto, pelosangre —se despidió en tono de mofa. Lénduar no dijo nada, se limitó a observar cómo la ésril salía al exterior. La oscuridad se la tragó en escasos segundos, haciendo que el guerrero comenzase a comprender por qué Élikat revisaba las esquinas de las habitaciones tan obsesivamente.

De repente se activó una alarma en su cabeza.

Cerró de un portazo y se precipitó hacia el salón en busca de Belhaldy, que se encontraba ojeando un fajo de cartas junto a la bandeja de su desayuno.

—¿Has comido algo? —le preguntó alterado.

—¿También pretendes compartir mi alimento? —replicó la ésril sin despegar la vista de la correspondencia.

—Creo que te intentan envenenar.

—¿Por qué? —inquirió Belhaldy enarcando una ceja. A Lénduar no dejaba de sorprenderle lo distinta que era su raza de cualquiera de las de la superficie; la elfa le estaba preguntando tranquilamente que por qué lo creía, no se lamentaba buscando una razón para que atentasen contra su vida.

¡Ni siquiera se había alarmado!

—Tu hermana ha dicho que... —comenzó a explicarse.

—¿La has entendido? Estábamos hablando en ésril —le interrumpió ella. Frunció el ceño—. Y seguimos haciéndolo.

—Hablo élfico, vuestro dialecto me es comprensible. Xadraliss ha dicho que no tiene mucho tiempo libre, pero acaba de decir que nos veremos pronto.

—Exprésate en lengua común. Conviertes mi idioma en algo afectado y

empalagoso —le espetó—. En cuanto a Xadraliss...: ignora sus palabras. No puede resistirse a copular con todos los varones que se cruzan en su camino.

—¿¡Cómo voy a ignorar eso!? ¡No tengo intención de dejarme...!

—Además —prosiguió sin prestarle atención—, siempre examino mi comida antes de consumirla. No soy ninguna necia.

Desquiciado, el guerrero decidió hacer un último intento por demostrar su hipótesis del envenenamiento... en la lengua que le habían ordenado utilizar.

—Me he cruzado con ella cuando salía de la cocina —se había obligado a asimilar que el hecho de que ambas hermanas se registrasen en busca de amenazas era un indicativo de que existía una disputa activa (concebirlo como una precaución rutinaria estaba más allá de su alcance)—, y había un vial roto en el suelo.

—Hm... —Belhaldy asintió un par de veces como si ahora todo hubiese cobrado sentido y depositó la correspondencia sobre su regazo para poder conjurar. Al cabo de unos instantes, sus arqueadas cejas blancas se desplazaron discretamente hacia arriba—. Estás en lo cierto. Esta comida está envenenada, y si ella ha entrado a la cocina posiblemente no sea lo único. Tendré que echar un vistazo.

Un hombre más egoísta habría sentido alivio al saber que no le habían privado de su vía de escape, pero Lénduar sólo sintió lástima por la solitaria vida de la joven maga.

—Lo lamento.

Belhaldy negó con una mueca de desdén.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Yo? —se sobresaltó—. ¡Yo no he hecho nada!

—Tu comportamiento carece de raciocinio. Te he estado arrebatando pellizco a pellizco la escasa dignidad que se le permite conservar a un esclavo, y tú insistes en... ¿protegerme?

Se ajustó las mangas de la bata y miró a Lénduar con una expresión desconcertada y recelosa.

—Acaba de intentar envenenarte tu propia hermana ¿y lo único que te extraña es que yo te haya ayudado? ¿¡En qué clase de mundo vivís!? —Para el oslyriano aquel estilo de vida resultaba demasiado retorcido, demasiado oscuro y desesperanzador. Le horrorizaba.

—Es mi hermana —aclaró la ésril. Para ella todo quedaba perfectamente justificado con esas palabras—. Con mi defunción obtendría placer, venganza y una mayor cercanía a los derechos sobre la casa noble a la que pertenecemos. Es perfectamente comprensible que anhele tales bienes para sí. Tú, en cambio... ¿Qué podrías obtener ayudándome? ¿Convertirte en mi mascota y así recibir un

trato preferente? No, no encaja con tu actitud porque si buscaras eso no discutirías constantemente conmigo. No comprendo por qué lo has hecho. — Cruzó las piernas y la correspondencia se derramó sobre el asiento. A ella le dio igual. Seguía examinándole intrigada.

—Ha sido cuestión de piedad, de conciencia... ¿Alguna de esas palabras te dice algo? —exclamó el humano. Su ceño estaba fruncido y no terminaba de conseguir dejar la boca cerrada. Boqueaba constantemente como si quisiera agregar algo más a la discusión pero la indignación no se lo permitiese.

—Claro. Me dicen que los humanos sois débiles, que los sofismas que arguyen los incapacitados para ser protegidos os mantienen bajo su control. En vez de purgarles, arrastráis sus carencias y las transmitís generación tras generación. Así nunca prosperaréis... *Eso* es lo que me dicen.

—Tienes razón... —Lénduar levantó las palmas de sus manos y las mostró—. La tienes; protegemos a quienes no pueden valerse por sí mismos. Pero si alguna vez subieras a la superficie te darías cuenta de que vayas donde vayas, por cada dos o tres elfos, silfos o semiorcos, hay más de noventa humanos. La superficie nos pertenece desde hace miles de años... y esto no es una opinión, es un hecho. Así que quizá la compasión y la nobleza de carácter no estén tan reñidas con la «prosperidad» como tú crees.

Los párpados inferiores de Belhaldy se elevaron mientras su mirada se volvía más afilada.

—La superficie sólo os pertenece porque nadie os la ha tratado de arrebatarse.

—Incluso los dioses más oscuros lo han intentado en vano. —Lénduar no pudo evitar componer una sonrisa desanimada—. Voy a terminar de limpiar tus escalones.

Había conseguido lo que Khastan le había pedido: le había dado a Belhaldy mucho en lo que pensar.

La academia de magia de Zendalure, Zin'Zendal, había sido construida en el centro exacto de la vasta caverna de peridotita donde se erigía la ciudad. El edificio estaba compuesto por inmensos pabellones altos y estrechos cuya estructura irregular hacía que se comparase frecuentemente con el desordenado crecimiento de los cubos de la pirita (de hecho «zin» se traducía de la lengua ésril como «pirita»). Los muros exteriores estaban plagados (e incluso constituidos) de portales que conectaban las numerosas azoteas en un intrincado laberinto. Cada uno de ellos había sido creado por un mago distinto y tanto sus runas como sus tallas narraban episodios decisivos de la historia ésril. Se decía que uno de ellos incluso databa de la época en que los desterrados de Terraverno

aún vivían en la superficie.

Por mucho que le desagradase al clero, la academia tenía un valor artístico y cultural muy superior al de cualquiera de los templos de Zendalure.

Camuflando su cabello bajo la capucha de una capa oscura, Belhaldy (que había pasado la mayoría de su vida internada en aquella academia y había investigado aquellos misteriosos portales hasta el hastío) se adentró en el edificio con indiferencia y se encaminó a paso ligero al despacho de su padre usando los corredores menos transitados. Nadie la vio. Cuando alcanzó su objetivo, se quitó la prenda y la dobló cuidadosamente para que no abultase más de la cuenta dentro de su morral. Murmuró para sí una oración reclamando el beneplácito de Latro, llamó a la puerta y entró antes de que la invitasen.

—Belhaldy, qué sorpresa —dijo su padre al reconocerla. Parecía a punto de marcharse, pues se había quitado su toga y estaba abrochándose un chaleco cárdeno—. Adelante, siéntate.

—Sí, será lo mejor. Esto va para largo —anunció la joven cerrando la puerta a su espalda. Se acercó al escritorio de su padre y plantó ambas manos en el borde de la mesa—. Me gustaría que hablásemos sobre el futuro.

—¿Acaso estás aceptando mi propuesta de trabajar como instructora?

—En absoluto. No, no... me encargaré de Zin'Zendal cuando la herede. Hablando de lo cual... —replicó Belhaldy mientras jugueteaba con la calcedonia rosa de su gargantilla. Parecía súbitamente muy infantil. Su padre, lejos de encontrar entrañable aquel gesto, sintió que los músculos de su rostro y su cuello quedaban tensos, inmóviles. Tuvo un mal presentimiento.

—¿Hablando de lo cual? —repitió con antipatía.

—Oh, vamos. ¿De verdad quieres oírlo? Sabes perfectamente que no posees las cualidades necesarias para ser elegido consorte por la madre matrona más poderosa de la ciudad. Los varones Glannarden sólo podéis ofrecer dos cosas de valor: vuestra magia y... *Zin'Zendal*.

Su padre se incorporó de golpe. Sabía que Belhaldy podía ser muy peligrosa y estaba resultándole difícil contener el temblor que se había apoderado de sus rodillas, pero aquellas palabras habían logrado enfurecerle.

—¿¡Cómo te atreves!?! En primer lugar, si tu madre me escogió fue porque supo apreciar mi potencial; y en seg...

—No quería entrar en detalles que resulten ¿cómo decirlo? «Groseros», pero —se apartó el cabello del rostro, desviándolo hacia su espalda por comodidad—... digamos que si poseyeras dicho potencial, Kalidra te habría llamado para eliminar el magma de los respiraderos en aquella expedición a la que llevó a todos los magos *competentes* de la ciudad, ¿no te parece? —Mentía; sabía perfectamente que Ilthuriel era muy poderoso—. Además de darte un

mayor protagonismo en nuestra casa noble, claro. Por favor, ¡pero si sólo ha tenido descendencia contigo una vez! —Dejó escapar una risita con el objetivo de hacerle sentirse ridículo. En la tez bruna de Ilthuriel, cuya tonalidad reflejaba con precisión la de su hija, se manifestó el color del vino tinto.

—¿Has venido aquí sólo para faltarme al respeto, niña? —Tenía por costumbre preguntar y preguntar cuando se sentía incómodo o acorralado; un sistema pésimo en opinión de Belhaldy, pues en vez de arrancar información valiosa a sus oponentes sólo conseguía facilitarles los ataques... además de volverse predecible y restar contundencia a sus palabras.

—No. He venido a cerciorarme de que las cosas están dispuestas tal y como deben. ¿Lo están? —Le arrojó la pregunta para instarle a abandonar su actitud defensiva. Incluso tomó asiento por fin para que su padre creyese estar mirándola desde una posición de superioridad, predisponiéndole a confiarse y hablar de más (cada gesto en Belhaldy solía estar perfectamente medido y ensayado para influir sobre sus interlocutores; lo había demostrado durante su accidentada reunión con Khastan).

—La academia no va a ser tuya. Hay otra persona que conoce el funcionamiento de estas instalaciones mucho mejor que tú y está infinitamente mejor cualificada que tú.

—¿Y esa persona lo sabe... —la maga entrecerró los ojos antes de clavarle la mirada a su padre— o acabas de inventarte todo esto sólo para contrariar los deseos de la mujer que abjuró de tu material genético y los de la hija que te supera en talento?

Las manos de Ilthuriel se crisparon con tanta violencia que la ésril pudo escuchar cómo le crujían los huesos.

—... ¿Tú qué crees?

—Creo que si murieses ahora mismo no habría un heredero definido para la academia y por eso mismo caería en mis manos en muy poco tiempo —siseó—. El papeleo no es problema para una Vrammoryn.

—¿Es una amenaza?

—Simple información. —Recuperó su tono normal—. Pero si te parece una amenaza, entonces supongo que tengo razón respecto a la veracidad de tu testamento. —Belhaldy se incorporó con un movimiento rápido e insonoro para posar una mano sobre la de su padre y frenarlo; había visto que estaba abriéndose paso por su bolsa de ingredientes para conjuros—. Te tiemblan las piernas. Ambos conocemos el resultado de antemano: si te enfrentases a mí aquí y ahora sólo precipitarías la pérdida de tu querida academia. En cualquier caso, me ofende que reacciones de esta forma tan tajante. No quiero destruir tu legado, sólo engrandecerlo para que... bueno, no se note que ha sido tuyo *hasta ahora*.

Ten un buen día, Ilthuriel.

La ésril soltó la mano de su padre, giró sobre sus talones y contó hasta tres antes de irse. Darle la oportunidad de atacar no fue más que un último insulto: «te considero inofensivo».

—¿Quieres?

—Sí. —Belhaldy cruzó las piernas a la altura de los tobillos. Se encontraba en el salón de Alezhra Glannarden, la madre matrona de la casa noble a la que pertenecía su padre. Había heredado el liderazgo de su familia siendo muy joven debido al violento asesinato de su abuela, pero a pesar de su inexperiencia era inteligente y ambiciosa... por eso contemplaba con ojos codiciosos a su prima segunda: sabía perfectamente quién era Belhaldy, de quién era hija y cuánto podría beneficiarse de una amistad con ella.

—Debo decir que tu visita me sorprende y deleita a partes iguales, Belhaldy.

Alezhra abrió una pequeña caja (similar a un joyero) forrada con perlas. Contenía tabaco de rapé.

—Confiaba en verte anoche durante los sacrificios. Pretendía abordarte allí —mintió la primogénita Vrammoryn, que en ningún momento había albergado tal intención. Era la orden formulada por su madre lo que la había llevado a improvisar aquella visita—. Como no tuve ocasión, decidí escribirte. Has sido muy atenta, ¡adorable!, al responderme con tanta prontitud.

—Hacerte esperar no era una opción. —Intercambiaron miradas. Ambas se esforzaban por sofocar su sagacidad bajo una fingida modestia: querían utilizarse mutuamente, y sabían que debían ser cuidadosas porque no estaban tratando con alguien ingenuo—. ¿Cómo fue la ceremonia?

—Excitante.

La sacerdotisa se inclinó sobre su caja de rapé. Recogió una pizca de tabaco con su fino dedo plumizo. Belhaldy la obsequió con una sonrisa engañosamente dócil; sostuvo la mano de su anfitriona como si se tratase de un objeto lábil, y recorrió el dedo que contenía el rapé con los suyos para terminar envolviéndolo juguetonamente.

—¿Para mí?

—Por supuesto.

Se inclinó para aspirar. Al bajar la vista analizó a Alezhra: llevaba una gargantilla con diminutos cristales dispuestos en forma de telaraña y un vestido cuyo corte imitaba la silueta de una viuda negra. La prenda estaba confeccionada con tanta habilidad que parecía que una gran araña de terciopelo se hubiese

desmayado sobre la sacerdotisa y se aferrase débilmente a sus brazos con las ocho patas, dejándole los flancos descubiertos; la parte de detrás era igual pero con la espalda a la vista. Era imposible que llevase armas o venenos encima con tanta piel desnuda.

Un punto a favor de la maga.

—Es muy refrescante —declaró en voz baja.

—Contiene unas hojas de la superficie llamadas «menta». Agradable, ¿verdad? —Alezhra cubrió de caricias las manos que rodeaban la suya. Los dedos de ambas elfas quedaron entrelazados.

—Mucho.

—Dime... ¿de qué querías hablar conmigo anoche? —El hecho de que se hubiese decidido a preguntar primero hacía que la sacerdotisa quedase en una posición de inferioridad frente a Belhaldy: demostraba que tenía una necesidad más apremiante de obtener los favores de la maga que esta de obtener los suyos.

La sonrisa asimétrica de la malcriada de Latro afloró. «Muévete como yo dicte; sé mi títere». Reposó sus manos sobre el regazo provocando que las de Alezhra aterrizasen al lado. Esto obligó a la sacerdotisa a acortar la distancia que las separaba en el sofá para que su postura no resultase forzada; recorrió elegantemente la falda de su invitada, alisándola.

—Quería preguntarte sobre el porvenir de la familia tras la tragedia que habéis sufrido. Puedes imaginar que el Arte es el centro de mi vida, las pérdidas que hemos sufrido me afectan tanto como a mi propio padre. —Belhaldy se refería a la fatídica expedición que había liderado Kalidra. Buena parte de la familia Glannarden (avezados magos que cargaban con la «maldición» de engendrar varones en aproximadamente cuatro de cada cinco partos) había participado. El número de bajas había reducido drásticamente a una casa noble que, de por sí, llevaba en declive varias generaciones, pues ninguna fémina bien posicionada quería arriesgarse a iniciar un linaje de magos al precio de que su descendencia fuese casi exclusivamente masculina... Excepto Kalidra. Ella había sabido valorar el potencial de poseer un descendiente capaz de adentrarse en los círculos arcanos que al clero le estaban vetados.

—Hm... —Alezhra exhaló. No tuvo ocasión de mostrar el alivio ni la decepción que experimentó ante aquella revelación, pues inmediatamente desconfió: imaginaba que Kalidra le había enseñado el refinado arte de la manipulación a sus hijas con impoluta maestría—. Lógicamente no es bueno.

Belhaldy asintió. Tenía asumido que Alezhra albergaba sus propios planes para hacer prosperar a su casa y que no se los revelaría..., pero tampoco pretendía que lo hiciera. No lo necesitaba.

—Sería estupendo que pudiésemos cambiarlo, ¿no crees?

—Hay media sonrisa al borde de tus labios —(la sacerdotisa llevó su pulgar hasta la boca de Belhaldy y lo paseó lentamente por una de sus comisuras)—, así que no puedo evitar pensar que conoces una solución y anhelas planteármela.

—Estás en lo cierto. —La sonrisa de Belhaldy se ensanchó. Recogió una pizca de tabaco de la caja de rapé—. Y no quiero insultarte negando que yo me beneficiaría enormemente de dicha empresa.

—Soy toda oídos.

Los estilizados dedos negros de la elfa oscura moldearon la pizca de tabaco con movimientos lánguidos que dejaban claro que no había ningún tipo de adulteración. Formó algo similar a un grano de arroz con el rapé y se lo ofreció a Alezhra.

—¿Quieres?

—Hm... —Emitió un ronroneo pensativo—. Sí.

Cuando la sacerdotisa se inclinó, su espesa melena se derramó hacia delante cubriendo los «quelíceros» de la viuda negra que conformaban el parco escote de su vestido. Los gruesos abalorios de oro que ribeteaban su peinado se balancearon lentamente, entrechocando entre sí con un sonido amortiguado.

Alezhra aspiró el rapé. Belhaldy le retiró el cabello hacia atrás cuando se irguió.

—No ocultes tu vestido. Es precioso... ¿Me dirás quién lo ha confeccionado?

—Por supuesto. Incluso puedes probártelo si así gustas.

—Después —susurró Belhaldy—. Supongo que has oído hablar de mi hermana menor Xadraliss, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Nuestra pequeña reyerta fraternal me aburre: esta mañana, sin ir más lejos, ha intentado asesinarme. Ha salido del templo para entrar en mi cocina y dejar en el suelo los restos del frasco de veneno que ha utilizado. Incluso mis esclavos se han dado cuenta de lo que sucedía.

—Qué torpeza, qué falta de sutilidad —negó Alezhra con un asomo de diversión en el rostro. Habría manifestado cierta burla de haber estado frente a una familia menos poderosa, pero delante de la hija de Kalidra se abstuvo.

—No es una buena sucesora para nuestra madre. Se lo haré saber cuando tenga ocasión. —La anfitriona respondió con una exquisita risa. Belhaldy aprovechó para sorber por la nariz sin que se escuchase (el tabaco nasal tenía algunas secuelas poco elegantes)—. Pero no deseo implicarte en mis responsabilidades. No... Sólo quería comentarte que a falta de ese privilegiado vínculo que vosotras compartís con la diosa, yo siento la *necesidad* de poder mantener cierta... *conexión* con quienquiera que herede el cargo de Kalidra en

un futuro.

En esta ocasión, Alezhra no pudo disimular su asombro: ¡se trataba de una propuesta! ¡Su invitada le ofrecía una alianza para gobernar Zendalure!

Debía proceder con cautela.

—Es muy prudente por tu parte no querer cederle el puesto a alguien que, evidentemente, no sabría defenderlo. Claro que la amistosa relación que quieres forjar, aunque beneficiosa para todos, sería muy cara de mantener. *Te exigiría mucho*. —Fue deliberadamente ambigua para que no fuese posible discernir si era la alianza o ella misma el sujeto de aquella oración.

La primogénita Vrammoryn redujo la escasa distancia que la separaba de su interlocutora deslizándose felinamente por el sofá.

—Me entregaría sin dudar a *esas* exigencias. Soy responsable, plenamente consecuente con mis actos.

—Y también ambiciosa —agregó Alezhra en un susurro. Enterró su rostro en la melena de Belhaldy para que la conversación quedase refugiada entre sus rostros, oculta de los oídos del resto de la casa.

—¿Lo dices porque crees que aspiro a más de lo que puedo obtener?

—En absoluto. Cuanto más hablamos, más me demuestras que puedes conseguir cuanto deseas.

—Sabiendo que confías en mis aptitudes, me siento libre de revelarte cuál considero que debe ser nuestro próximo paso: para triunfar, será imprescindible dividir nuestras obligaciones.

—Zin'Zendal —comprendió Alezhra.

—Zin'Zendal —confirmó la más joven.

«En otras palabras: la única riqueza Glannarden a cambio de todo el prestigio Vrammoryn», comprendió la sacerdotisa.

—Lo considero un buen trato, pero... ¿cómo piensas cumplir tu parte? —preguntó. Supuso que la muerte de Ilthuriel, celoso guardián de la academia, era inminente.

—Es sencillo: hoy mi padre va a solicitarle a vuestro templo que administre el futuro de la academia. Me tranquilizaría que algo tan sumamente importante se formalizase frente a los altares de Latro.

—¿Ah, sí? —Cuando Alezhra formuló esta pregunta, algunos cabellos de la maga se le adhirieron a los labios.

—Y, puesto que es un motivo de alegría, sería espléndido que todas las Glannarden estuviesen presentes.

Belhaldy se recostó hacia atrás extendiendo los brazos sobre el respaldo en un alarde de entrega. Alezhra se mordió el labio inferior y se inclinó sobre ella fuertemente atraída por aquella promesa de poder.

—Voy a convocar al resto de mi templo para que podamos hacernos cargo de tu solicitud. —La sacerdotisa pellizcó suavemente la tela de la manga de su visitante—. ¿Me permites...? Tu atuendo no es el *adecuado* para una ceremonia de la Reina Terídida.

CAPÍTULO 5

Lénduar no era hogareño. Su lugar siempre había estado en el campo de batalla, no tenía ni idea de cómo mantener una casa y le resultaban todavía más confusas las grandes mansiones de Terraverno con sus visitas hipócritas, las reuniones sociales y los interminables subterfugios. No tenía nada que ver con su entrañable infancia en Dagazur... Recordó con cariño que, mientras su hermano y él aprendían a manejar la espada guiados por su madre, su padre les había cuidado sin descanso. La nostalgia hizo que se sintiera súbitamente demasiado solo, así que acudió en busca de Élikat. Confiaba en que la napea pudiese invertir algunos minutos en instruirle un poco más... así pasaría un rato en su compañía.

La abordó en uno de los cavernosos pasillos de la mansión y la sobresaltó como el tránsito de los comerciantes a una liebre.

—¿Q-qué...? ¿¡Qué!? —preguntó ella llevándose una mano al pecho. A pesar de que le faltaba el aliento, se giró varias veces para buscar amenazas por todos los rincones de la estancia.

—Sólo quería decirte que ya he terminado con los escalones —se explicó el humano. Habló pausadamente para no asustar más a Élikat.

—Bien, bien, bien —le felicitó ella con aire ausente.

—¿Qué hago ahora?

—Yo... yo tengo que irme a comprar. —La ninfa balanceó el peso de su cuerpo desde los talones hasta las puntas de los pies. Parecía impaciente por irse.

—Vale —asintió Lénduar, interpretando erróneamente aquella respuesta—. Así veré dónde está el mercado y cómo funciona aquí el comerci...

—¡No! Tú tienes que ocuparte de otras cosas —le contradijo la esclava. Se escabulló rápidamente.

El guerrero se quedó con la palabra en la boca y le sobrevino un sentimiento de consternación. Le abatía ver cómo aquella napea, cuya raza era conocida por su sensibilidad y su alegría, contenía las lágrimas mientras aguardaba su siguiente castigo. Salió al jardín trasero desbordado por la

ansiedad. El neblinoso resplandor de las vetas le acompañó mientras trataba de normalizar su respiración para serenarse.

Allí, en Terraverno, ni siquiera el aire ofrecía alivio.

Los pensamientos sobre la desoladora existencia de Élikat, la maldad de los ésril y la consciencia de que su escape estaba supeditado a la colaboración de Belhaldy se sumaron a las traumáticas experiencias que había padecido los últimos días. Rezó con desesperación y descubrió que allí no se sentía escuchado por Tykemis.

La impotencia le arrebató las ganas de seguir recitando oraciones para su dios, clamar o buscar alternativas; arrastró los pies de vuelta a la mansión sintiendo frío en su torso expuesto. Detectó un leve olor a quemado que se intensificó a medida que se acercaba a la puerta trasera. Allí descubrió una figura encogida sosteniéndose penosamente con ayuda del muro.

—Lénduar... —le llamó. Reconoció la voz de Khastan en la penumbra. Parecía herido de gravedad, y se hallaba cubierto por unos harapos chamuscados que flotaban a su alrededor desprovistos de elasticidad. De cerca apreció que su piel se había visto reducida a un ajado cuero cubierto de ampollas.

—Joder... —Lénduar, sobrecogido, contuvo las preguntas que en aquel momento supondrían una pérdida de tiempo—. ¿Cómo te ayudo?

—Ven conmigo. Iniciamos la evacuación ya —declaró en la lengua común. Trató de erguirse ayudándose de la pared—. Hoy mismo escapamos a la superficie. Improvisaré con las rocas.

—¿Qué rocas? —Se reprochó a sí mismo la pregunta; sabía que indagar sobre las razones que movían al ésril no iba a ayudarles en aquellos instantes, pero no pudo evitar que las palabras brotasen de su boca—. Ya. No es el momento... Lo sé.

—Vamos.

Se le presentaba la ocasión de volver a ser libre, y no tendrían que insistirle para que aceptase. Ayudó al mago tendiéndole un brazo para que se apoyase en él como le resultase menos doloroso. Para su sorpresa, Khastan le asió, recitó un hechizo y desaparecieron inmediatamente del jardín trasero de Belhaldy para materializarse en otro lugar distinto: una sala iluminada por un inaudito cúmulo de velas.

—Estaré bien enseguida —anunció soltándose del humano. Descansó su peso contra una estantería repleta de artículos alquímicos y rebuscó en ella mientras el pelo se le desparramaba por la frente. Cuando se hizo con el frasco que buscaba, se desplomó en una silla. El contacto con el mueble le arrancó una mueca de dolor.

—¿Podrías poner el escritorio allí? Junto a esa estantería. Créeme, es

necesario.

—Claro...

Lénduar hizo lo que le pedían mientras Khastan se aplicaba el ungüento en las quemaduras. Lo extendía con un desdén que parecía querer insultar al dolor y a la debilidad. Incluso mantenía la barbilla alta en el proceso. La personalidad ésril...

—Esto es lo que haremos: irás con mi esposa... juntos pareceréis simples esclavos cumpliendo recados, pero estaréis avisando a nuestros aliados de que iniciamos la huida. No tardaréis mucho, creo haberte mencionado ya que apenas somos treinta en la congregación. En cuanto...

—¡Espera, espera! —Terminó de manipular la mesa y se posicionó frente a su interlocutor. Para su sorpresa, la profusa cantidad de velas encendidas (Khastan intentaba aclimatarse a la iluminación que le aguardaba en el exterior mediante aquel ejercicio) le permitía evaluarlo con nitidez. Apreció con asombro que su cultivado atractivo masculino no tenía nada que ver con los encantos andróginos de los elfos varones de la superficie, y le pareció que el par de trenzas cosidas en ambos lados de su cabeza le conferían un aspecto mucho más salvaje del que cabía esperar en un erudito de la magia... Le recordaba vagamente a los bárbaros norteños medio rapados—. Tengo que preguntarte algunas cosas.

—Adelante. —El elfo agitó la mano. Sus dedos estaban manchados por la crema alquímica y relucían de forma opaca.

—¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Y cómo es que nos vamos a ir ya? Es decir ¿sin Belhaldy? ¿Creía que la necesitabas!

—Esto es precisamente por ella. —Khastan suspiró. Se colocó sobre la silla con la espalda recta. Las quemaduras de su rostro estaban desapareciendo rápidamente, igual que las del cuerpo. Apoyó uno de sus tobillos sobre la rodilla opuesta y sostuvo el frasco de ungüento como si se tratase de una copa de brandy—. Me la ha jugado a través de uno de mis amigos más queridos, Ilthuriel Glannarden... su padre, nada menos. La academia de magia donde nos encontramos, Zin'Zendal, le pertenecía. —El oslhyriano miró a su alrededor con curiosidad. Nunca había estado en un lugar así—. Belhaldy le ha hecho creer que iba a matarlo para hacerse con la propiedad de la academia y él ha corrido a nombrarme heredero frente a las sacerdotisas de su templo familiar. Ella se anticipó; las había convencido de efectuar unos rituales en su honor o algo así, no estoy seguro... Lo importante es que cuando hay herejes, impostores o extranjeros frente a los braseros de Latro, estos estallan; las sacerdotisas presentes reciben hechizos de fuego purificador y la orden de utilizarlo para atacar. Han... quemado vivo a mi amigo sin que yo pudiera hacer nada. —Hizo

una pausa durante la cual le tembló el labio. Fue una única convulsión que quedó rápidamente controlada, pero dotó al ésril de tal humanidad que la compasión de Lénduar se avivó—. «La ordalía de la araña».

—Lo siento muchísimo. Sé que presenciar algo así..., cargar con ello es horrible. Te doy mi pésame.

—He escapado gracias a que Ilthuriel era el centro de atención en aquellos momentos. Tres pares de manos en llamas se han cerrado sobre su carne... — Khastan revivió la escena compungido; las arrugas surcaron su regia frente. Lénduar aún examinaba su fisonomía con curiosidad foránea—. Esta mañana vino a buscarme a mi despacho; tuve la certeza desde ese momento de que todo este asunto acabaría mal. Cuando entré en el templo y vi a Belhaldy allí, sonriendo con aires de suficiencia entre las sacerdotisas Glannarden, supe que estábamos en la tela de la araña. Así que, respondiendo a tu pregunta: sí, nos vamos a ir sin ella. Ya no la necesitamos, ahora sé que es imposible que nos ayude.

—Quizá... —El humano se interrumpió. Rememoró la profunda conmoción que había parecido adueñarse de Belhaldy al verse rescatada una segunda vez por aquel a quien maltrataba.

—Tenías razón. Te pedí un imposible.

El guerrero no estaba igual de convencido.

—Ayer dijiste que estábamos encerrados, ¿a qué te referías? ¿Tiene algo que ver con las rocas que mencionaste antes?

—Sí... Kalidra, a quien ya tienes el placer de conocer, lideró a nuestros mejores magos en una expedición para desobstruir los conductos del techo. Al parecer había masas de aire atrapadas en el magma solidificado, y se expandieron violentamente cuando la magia alivió la presión a su alrededor. — Hubo escepticismo en el tono de Khastan, aunque no quiso exponer sus sospechas en aquel momento—. Esto ocasionó un desprendimiento que dejó la única salida de Zendalure enterrada bajo varias toneladas de sedimentos... pero Kalidra no lo ha hecho público, no quiere que se sepa. Vigila la galería de salida para que nadie se acerque y entretiene a los comerciantes de la ciudad con no sé qué proyecto que los mantiene alejados de sus puestos en los mercados extranjeros. Lo tiene todo controlado... yo mismo desconocería lo ocurrido de no haber estado trazando la ruta de escape para huir junto a mi congregación.

»Tal y como están las cosas, el resto de zendaluríes sólo podrían descubrir que están atrapados si accediesen al techo de nuestra caverna. Es el único sitio desde donde se puede ver el desastre y la salida bloqueada. En prevención, a las pocas horas del accidente Kalidra confiscó todas las monturas trepadoras so pretexto de necesitarlas para solventar el asunto del humo tóxico... pero la

realidad es que lo hizo para ocultar su negligencia. Nadie en la ciudad sabe que está atrapado porque así lo ha dispuesto.

A Lénduar lo atravesó una oleada de rabia; había conocido de primera mano la perversidad de Kalidra, pero no podía creer que estuviese dispuesta a inmolar a la ciudad que se jactaba de representar a cambio de... ¿qué? ¿Qué obtenía de aquel engaño? ¿Un bálsamo para su ego? Por mucho que le indignasen los actos de la sacerdotisa, supo que no tenía sentido analizarlos porque nunca sería capaz de comprenderlos. Debía tratar de ser práctico.

—Supongo que ya has sopesado la posibilidad de teleportarnos a todos, ¿no?

—Sería imposible. Hay un límite en la carga que un mago puede manipular mediante su poder... y eso, lógicamente, se aplica a la teleportación.

A pesar de que la estancia carecía de puertas o ventanas, una brisa hizo titilar las velas. Una terminó apagándose.

—No te asustes, este lugar no es lo que parece —indicó el ésril.

—Eh, vale... —El humano desestimó cualquier pregunta al respecto para seguir analizando sus posibilidades—. Pero cuentas con muchos magos, ¿no? Os podríais repartir el trabajo.

—Somos cuatro en total. Y aunque fuésemos más, hay un inconveniente muy grande para tu propuesta: no puedes teleportarte a un lugar que no conoces... y nosotros no hemos tenido ocasión de viajar a la superficie. Como imagino que ya sabrás, los ésril no somos precisamente bienvenidos allí.

—Y también te habrás planteado apartar los sedimentos mediante magia...

—Es el mismo caso de antes; los hechizos de telequinesis también están condicionados por las aptitudes de quien los lanza. Habría que ser la mismísima Emperatriz Arcana —Lénduar tardó algunos instantes en reconocer el título de Hémysteis, la diosa de la magia en el exterior— para desplazar tantas toneladas de peso de una vez. Esa era, de hecho, la razón de que necesitase a Belhaldy: con ella habríamos sido seis magos, habríamos formado un círculo lo suficientemente poderoso como para potenciar nuestros hechizos y despejar la salida con ellos. Sin Ilthuriel y sin ella seremos cuatro. Será imposible... Tendremos que cargar los sedimentos con nuestras propias manos. Sí... Eso es lo que vamos a hacer. Comenzaremos en cuanto lleguemos. Voy a avisar a mi espo...

—¿Un momento! ¿No has dicho que Kalidra vigila la galería de salida?

—No importa, atacaremos todos juntos. ¿Cuántas sacerdotisas puede haber dejado al cargo del área? ¿Tres, seis como mucho?

Lénduar sacudió la cabeza. Seguía teniendo muchas dudas.

—Temo que te estén buscando también las sacerdotisas Glannarden después

de lo que os ha ocurrido a tu amigo y a ti en su templo.

—Sí, es muy probable... —Las cejas del ésril se hundieron sobre sus ojos, ensombreciendo su expresión—. A estas alturas ya me debe estar buscando todo el clero. La herejía se castiga con el sacrificio en los altares de Latro, y nadie quiere perderselo.

—Si te están buscando... habrán redoblado la vigilancia en la salida de la ciudad. Kalidra piensa que mantiene el derrumbe en secreto, ¿verdad? Para el clero será lógico que acudas allí en las próximas horas. Y... aunque sepamos lo que nos vamos a encontrar, nos superarán en poder porque disponemos de cuatro magos. Sería como acudir voluntariamente al matadero.

—En realidad tienen otros métodos para buscarme, pero ahora que lo mencionas... —El instructor se llevó los dedos al entrecejo, pensativo—. Lo más probable es que Kalidra no se esté limitando a vigilar la salida; debe estar buscando la forma de rehabilitar la galería aunque sólo sea para ponerse ella misma a salvo. Sabiendo que sus sacerdotisas están ocupadas y que no puede contar con magos, el siguiente grupo en quien puede delegar es la milicia. Exponer a mi congregación a semejante ataque... Me he precipitado al querer huir esta noche sin haber reconocido el terreno en condiciones.

Se hizo el silencio. Khastan reflexionaba. El ungüento giraba en sus manos. Lénduar aprovechó ese tiempo para terminar de decidirse a expresar una idea que, en realidad, le producía escalofríos.

—Creo que Belhaldy sí podría atender a razones y... ayudarnos.

—¿Qué? ¿Después de lo que nos ha hecho a su padre y a mí?

—Su hermana pequeña ha intentado envenenarla esta mañana. Me he dado cuenta a tiempo, y al advertírselo... he notado algo; no sabría explicarlo, los ésril sois muy inexpresivos, pero ha habido un cambio en ella. Sospecho que es exactamente a lo que te referías. —El oslhyriano confiaba en que no fuese necesario mencionar el ultrajante episodio junto a la bañera para reforzar su hipótesis.

—Te lo dije. —Khastan esbozó una sonrisa taciturna. No le alegraba demasiado tener razón en aquel momento, pocas cosas le podían animar tras los acontecimientos de esa mañana—. La conozco muy bien. No es la típica fanática de Latro que está dispuesta a ir al extremo por una deidad a la que odia: Belhaldy es racional. Aún recuerdo los primeros días... —Cortó abruptamente la frase ahí—. Fui su profesor; cuando le hablaba de doctrinas lejanas, de la magia del exterior y de filosofías poco comunes aquí, le exponía mis ideas. Ella escuchaba, investigaba y después, cuando ya se había formado una opinión, intervenía con sus propios argumentos. Jamás la vi expresarse con las palabras de otras personas. Sabe pensar por sí misma; analiza aquello que le enseñan para

comprenderlo. Sólo la he visto feliz de verdad cuando se entrega al aprendizaje.

Lénduar, que no sabía nada sobre la relación que habían mantenido Khastan y Belhaldy, no pudo evitar darse cuenta de que el mago parecía describir una situación mucho más personal de la que suele mantener un instructor con su colectivo de alumnos. No obstante, ajeno como era a la sociedad ésril y a las academias mágicas, no quiso precipitarse en sus conclusiones... aunque había captado el resentimiento y el cariño fluctuando en los ojos del mago.

—Ahora entiendo a lo que te referías ayer.

El instructor asintió una única vez antes de decidir que debía concluir la reunión.

—Ultimaré los detalles de nuestro escape en las próximas horas. Averiguaré si la participación de la milicia es real. Tú mientras tanto procurarás que Belhaldy se una a nuestro bando. Pienso que con ella podremos hacer funcionar el círculo, pero si no es el caso... asume que dependeremos de nuestro esfuerzo físico. —Se mostró reflexivo al hablar, como si se esforzase por ubicar el nacimiento de una idea entre sus pensamientos—. Quizá haya más opciones... —Sacudió la cabeza. Su densa melena blanca apenas se desordenó, apretada por las trenzas de los laterales—. Voy a devolverte a la mansión de Belhaldy. Dudo que haya vuelto antes que tú; a juzgar por lo que he visto... debe de seguir trabajando en la influencia que ejerce sobre Alezhra Glannarden, adalid del safismo.

Se incorporó. Lénduar envidió el porte majestuoso que el ésril era capaz de ofrecer a pesar de que sus ropas hubiesen sido vorazmente dentelleadas por el fuego.

—¡Una cosa más! —Alzó un dedo—. Supongo que es muy evidente que voy a hablar desde el desconocimiento, ya que si no lo habéis hecho habrá una buena razón detrás, pero... ¿No os resultaría mucho más cómodo destituir a Kalidra y conseguir el dominio de la ciudad en vez de escapar?

Una mueca burlona, casi divertida, cobró vida en la cara del elfo oscuro.

—Es cierto que hablas desde el desconocimiento. Kalidra no es una reina a la que se pueda destituir. Es una representante de la diosa que mantiene a su casa noble en la cúspide de la cadena alimenticia gracias a su eficaz administración. Su poder se basa en su estatus social, no tiene nada que ver con los sistemas que usáis en la superficie. Recuerda que Belhaldy me dejó salir impune de su casa sólo porque yo podía revelar delante de aquel militar que su madre ignora la herejía de su consorte. Kalidra habría quedado como una inepta, su ignominia se habría extendido y habría tardado muy poco en comenzar a recibir ataques.

—En el momento no entendí la importancia de eso —admitió Lénduar—. En la superficie hay cientos de dioses y no es raro venerar al que más le aporta a

tu vida.

Khastan no mostró el menor interés por aquella información. El humano se preguntó si se debía a que ya lo sabía o a que no era mucho más tolerante que las ésril adoradoras de Latro.

—Además —prosiguió el instructor—, creo que ya te he dicho que lo que queremos es vivir en la superficie. Aquí escasea el agua, el alimento, el aire y la cordura.

El fuego purificador había chamuscado la mayoría de la estancia. El olor de la carne quemada en descomposición competía activamente con la dulce acritud del aceite consumido en los braseros. Belhaldy, muda por la exhibición de poder divino que acababa de arrasarse el templo, recorrió la estancia con la mirada: Alezhra mostraba una mezcla de perplejidad e iluminación al haber comprendido por fin qué se escondía tras la repentina propuesta de la primogénita Vrammoryn; la ésril que había estado más cerca del brasero trataba de fingir que no le molestaba que el fuego de la explosión hubiese consumido la mitad de su larguísima melena; otra sacerdotisa contemplaba con arrobo su propia mano, donde las llamas oscuras se evaporaban y desaparecían.

Todas parecían emocionadas por la pequeña caza, casi inflamadas.

—¿Les tenéis? —preguntó por fin la madre matrona del templo.

—No. Uno ha escapado —explicó la última sacerdotisa en perder el fuego purificador de la Reina Terídida. La maga recordó que esa ésril en particular había arrojado el fuego purificador a modo de proyectiles con una puntería bastante decente.

—Entonces... —Belhaldy se apartó un jirón de tela quemada de su hombro (procedía, a juzgar por el tono cárdeno, del chaleco de su padre) y sacudió los residuos con dignidad—. Sigo sin ser la propietaria de Zin'Zendal.

—El templo no va a permitir que lo administre un hereje. Además, Latro ha dejado muy clara su disconformidad respecto a la dirección actual —declaró Alezhra mostrando una frialdad que no había manifestado cuando se encontraba a solas con Belhaldy—. Tardaremos muy poco en tramitarlo todo.

La joven maga cruzó el templo con indiferencia mientras el resto de elfas oscuras guardaban silencio. Se detuvo en el lugar donde las sacerdotisas habían abandonado sus ropas y recogió su vestido.

—Eso no quitará que Khastan se os haya escapado encontrándose en acusada desventaja. Tengo que replantearme si he juzgado correctamente a las sacerdotisas Glannarden... —añadió. Se dispuso a salir del templo sin volver la vista atrás (convencida de que nadie se atrevería a replicar) cuando captó la voz

de Alezhra, tranquila y sin elevarse, obligándola a detener sus pasos para no ocultar con ellos sus palabras.

—No querría que fuese de otro modo. Somos conscientes de que podemos errar y poner la academia en las manos *equivocadas*.

Era una amenaza.

—No te preocupes, mi familia tiene por costumbre velar para que nadie cometa errores —afirmó Belhaldy desde el umbral de la puerta. Y decidió recordarles por qué era conocida como la malcriada de Latro antes de que su voz se hiciese inaudible—. Dile a tu modista que no tolero la impuntualidad.

Se marchó de la hacienda venida a menos de las Glannarden sin sentirse completamente satisfecha. Le complacía haber procedido con sutileza para eliminar a Ilthuriel sin que Zendalure pudiese reprocharles nada a Kalidra ni a ella. Dada la inmensa presión de la crisis, era obvio que su madre no quería afrontar escándalos... y responsabilizarse de la muerte de otro mago más (uno, de hecho, extraordinariamente cualificado) habría ocasionado una gran polémica. El precio a pagar tampoco disgustaba a Belhaldy, ¿qué podía importarle a la más prócer de las Vrammoryn la enemistad de una familia en declive? Nada en absoluto. Su gran decepción era que Khastan había vuelto a eludirla. Se juró que encontraría la forma de ocuparse de él muy pronto... a ser posible volviendo en su contra las enseñanzas que le había concedido en el pasado. Hasta entonces, disfrutaría de su modesto éxito informando a su madre personalmente de la buena noticia.

Kalidra se hallaba en su capilla privada del templo más grande de la ciudad. Todo tipo de criaturas velaban por la seguridad de aquel lugar, pero Belhaldy tuvo pleno acceso en cuanto recibió la aprobación de su madre.

—Date prisa, tengo poco tiempo. Debo convocar a la encarnación de Latro. —Tenía bastantes pergaminos en sus manos. Sus ojos, almendrados y de un azul intenso (a juego con los círculos kismabundinos que seguía exhibiendo en la frente), eran una versión más astuta de los de Xadraliss. Como Belhaldy la había visto aquella mañana no pudo dejar de reparar en el detalle.

—Me he encargado de Ilthuriel, madre.

Kalidra depositó los pergaminos tranquilamente en la mesa antes de girarse hacia su hija con una mueca poco amistosa.

—Él es el traidor al que aludías ayer. —La joven maga asintió, percibiendo el acre humor que se estaba despertando en su madre—. Y lo has ejecutado.

—Eso es. Era un herej... —Recibió un bofetón despiadado que la impulsó hacia atrás y no le permitió terminar la frase.

—Me lo cuentas como si no lo supiera —replicó su madre. Contenía su ira, enfriando su tono hasta hacerlo fluir como la más gélida seda de araña que uno

pudiese imaginar.

Atrapada como una mosca, Belhaldy creyó que estaba a punto de morir. «Lénduar...», se lamentó al comprender que, irónicamente, ahora que corría peligro de verdad el guerrero no estaba ahí para ayudarla.

—¡Me diste una orden! —hipó.

Las manos de Kalidra se habían llenado con un hechizo divino. La maga notó que su angustioso corazón estallaba con cada latido: la sangre arremetía contra sus venas tan fuerte que le repercutía en los globos oculares, provocándole pulsaciones a su visión.

Sudó, pero no sentía calor; sólo frío.

—Es cierto.

Kalidra bajó las manos. Exhaló muy lentamente. Recuperaba el control tras aquel acceso homicida. Belhaldy, que queriendo ocultarse a sí misma su pánico había seguido mirando a su madre, percibió el acelerado ritmo de los pensamientos de la sacerdotisa. Supo que tras aquellos ojos se hallaban unos cálculos y valoraciones que escapaban a su comprensión.

Y de entre las garzas brumas... afloró el rencor.

—El error ha sido mío —aseveró la matriarca— por no haberte procurado una educación más apta. ¿No te has dado cuenta de que ahora escasean los magos, niña? Te mataría por la estupidez que has cometido, pero tú eres la mejor ahora que no puedo contar con Ilthuriel para resolver la crisis y te necesitamos. ¿Ves lo que hago? —Regresó a su mesa y recogió de nuevo los papeles. Esta vez los apretaba más que antes—. Me contengo por el bien de Zendalure. Por eso soy la preferida de la diosa. Lárgate, y asegúrate de seguir con vida para cuando requiera tus servicios.

Sobre una de las encimeras de la cocina de la mansión de Belhaldy había al menos diez pequeños frasquitos de cristal, similares a viales, donde Élikat había mezclado aceites secantes con tierra de distintos orígenes, el jugo de algunos hongos y algún que otro tipo de sustancia inusitada con el objetivo de crear nuevos tonos para sus paletas. Los diversos resultados fallidos se habían secado y reposaban sumergidos en disolventes caseros que la napea consideraba apropiados para su trabajo como restauradora. Pero no fue ella la encargada de limpiarlos, sino Lénduar; él había aceptado ayudar a todos los esclavos de la casa que se le habían acercado para que ninguno se percatase del par de horas que había estado ausente con Khastan... Sobre todo porque el mago le había hecho llegar una nota casi ilegible que llevó a hurtadillas hasta el jardín trasero para alumbrarla con las vetas luminosas y tardó un buen rato en descifrarla

(Khastan le daba las gracias por su advertencia; efectivamente, la milicia trabajaba en la galería de salida). Cuando los tarros estuvieron limpios, tuvo que ayudar a un trasgo a transportar un pequeño pero pesado cargamento de libros que habían sido enviados para Belhaldy desde Zin'Zendal. Se trataba de un regalo de cumpleaños atrasado, pero aun así su lugar de origen le inquietó. Incluso tuvo la sensación de que era una acusación... aunque le duró poco. Después prosiguió con los pequeños encargos.

Se cruzó con Élikat en un pasillo y le indicó que sus materiales experimentales de dibujo estaban limpios. La acompañó a la cocina para recogerlos, pues los había dejado escurriendo a una altura a la que probablemente no llegaría una napea.

—Élikat —llamó un ésril en cuanto entraron. Para sorpresa de Lénduar, estaba tras los fogones y parecía tratarse de un trabajador más—, necesito vino blanco, ¿te importaría...?

—Vete tú a por él, estoy muy ocupada —replicó la ninfa trepando por unos cajones para recoger sus frascos. Desconcertado, el humano comprendió que si Élikat le hablaba así, entonces aquel ésril no era un empleado convencional... ¡era un esclavo! ¡Los ésril esclavizaban a su propia grey!

Pasando por alto la descortesía de Élikat, que seguramente se debía a que descargaba su ira hacia la raza que la mantenía prisionera, Lénduar se adelantó para ofrecer su ayuda.

—Iré yo mismo.

—La bodega está en el sótano. —El cocinero sabía que Lénduar era un recién llegado—. Necesito un vino blanco que tiene runas enanas en la etiqueta.

—Entendido.

Se apresuró a cumplir con el recado. Mientras se encaminaba a la bodega, cayó en la cuenta de que el cocinero era el segundo varón ésril que veía. Lo comparó con Khastan: carecía de la mueca astuta y no era igual de robusto.

Unos diminutos orbes feéricos dorados y violetas alumbraban tenuemente las escaleras que conducían al sótano en una perezosa trayectoria elíptica. A Lénduar le pareció bastante práctico, pues la opción de poner velas cerca de un montón de estantes de madera seca y botellas de alcohol no le habría inspirado seguridad.

Abrió la bodega y notó que empujaba algo ligero con la puerta. Escuchó un sonido como de vidrio deslizándose sobre piedra, después un suave impacto... ¿una botella vacía de la bodega? ¿Había alguien bebiendo allí?

—Vengo a por vino para la cocina... —declaró procurando no sobresaltar a quienquiera que estuviese dentro. Uno de los orbes feéricos arrojó su débil luz al interior de la estancia y Lénduar pudo ver a Belhaldy sentada sobre una caja de

madera con la cara hundida sobre la palma de su mano y el codo hincado en la pierna. Tanteaba el aire con los dedos en busca de la botella que se había alejado rodando impulsada por la puerta.

—Debería acabar contigo... —respondió sin alzar la vista. Los fonemas quedaron desdibujados por el alcohol. Estaba ebria. Giró el rostro para eludir la luz y unos tirabuzones a medio deshacer oscilaron sobre sus oscuros brazos, enroscándose alrededor con languidez.

El oslhyriano se limitó a mirar a Belhaldy con asombro. ¿Qué demonios hacía bebiendo sola encerrada en su propia bodega?, no parecía el tipo de celebración que uno esperaría de los decadentes ésril. De hecho, parecía completamente hundida en la miseria... ¿culpabilidad por haber propiciado el asesinato de su padre? ¿Su raza podía sentir tales emociones?

Una arcada sacudió a la maga; se giró para vomitar en el suelo. El humano emitió un quejido mientras se cubría la boca y la nariz para protegerse del olor. Belhaldy se aferró a la pared con desesperada necesidad y apoyó la mejilla contra la roca en busca de su frío alivio. Al apartarse dejó a la vista los huecos de dos botellas ausentes.

—Lo que deberías hacer es meterte en la cama. Ya has bebido suficiente.

—¿Ahora vas a cuidar de mí? —Su tono estaba cargado de una furia tan informe como su pronunciación.

—Llevo haciéndolo desde que llegué, y no porque te lo merezcas. Ven. Dame la mano, estás descalza y sería bastante asqueroso que pisases el vómito... Voy a llevarte a tu habitación.

La elfa retrocedió, subió en la caja de madera y luego se adentró un par de pasos en la oscuridad de su bodega. Mantenía el equilibrio decentemente.

—No vas a exhibirme así ante el resto del servicio. —Agarró una tercera botella y le arrancó su tapón de corcho a mordiscos.

—No pretendo exhibirte, sólo ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Y dónde estabas esta mañana, eh? Por tu culpa... por tu culpa... —aulló incoherentemente. Se derrumbó sobre sus piernas y se encogió abrazada a la botella como un niño a su juguete—. Soy una paria. Lo he perdido todo... Mira esto.

Arrojó su gargantilla de terciopelo al guerrero, que la atrapó en el aire con buenos reflejos. La pieza poseía una calcedonia rosa fragmentada en ocho pedazos iguales. A simple vista parecía una grieta provocada por un golpe, pero la simetría de los cortes desmentía esa primera impresión.

—¿Cómo se ha roto?

—La diosa está furiosa conmigo... Me envía esa señal para hacérmelo saber.

—¿Y cómo se supone que he causado yo esa furia?

—No has sido tú... he sido yo sola —replicó en un arrebato de sinceridad. Echó la cabeza hacia atrás y le dio un trago a la botella. La luz de los orbes feéricos contorneó su garganta con dramatismo. Un delgado reguero de libahiel, un vino cuya coloración cetrina invitaba a cualquier cosa antes que a la ingesta, resbaló por su barbilla. Sus labios brillaban húmedos—. He perdido mis privilegios.

—Estás desvariando.

El guerrero agarró a la ésril entre sus brazos. La alzó y se la llevó sin hallar más resistencia que su tozudo empeño de no soltar la botella. Llegó al dormitorio eludiendo la vista del resto de esclavos y dejó a Belhaldy en el suelo, a los pies de la cama. Ella apoyó la espalda contra una de las patas y bebió otro trago.

Presenciando la patética escena, Lénduar sintió que su mente flaqueaba. Tomó asiento junto a la ésril suspirando.

—Déjame probar eso, empieza a hacerme falta...

—¿Seguro? Lleva veneno de viuda negra.

—¿¡Estás bebiendo veneno!?

—Es vino de hongos, pero lo que le da su sabor característico es la latrotoxina. La diosa la bendice para que nos fortalezca en vez de matarnos.

Le ofreció la botella a Lénduar, que examinó el morro antes de decidirse a beber. La libahiel, lejos de ser dulce, tenía un sabor con mucho carácter y resultaba deliciosa.

—Me gusta.

—Por supuesto.

No se sentían habladores, sólo desgraciados. Ambos habían perdido algo que siempre habían dado por sentado: ella su estatus, él su libertad... así que compartieron silenciosamente la botella hasta que la embriaguez aparentó entumecer sus respectivas aflicciones.

CAPÍTULO 6

Día 12 del Quinto mes de 1765.

La primera impresión que el mercado de Zendalure le produjo a Lénduar fue descorazonadora. Él ya había visto tanto Kísmabund como Sizigia y sabía que sus mercados eran grandes espacios abiertos que ofrecían todo tipo de artículos de sol a sol; olían a especias, a mimbre o a cuero... y también a las heces de alguna montura ocasional. Se podía escuchar a los juglares por encima de las conversaciones triviales de las familias y los amigos, aunque sus voces siempre quedaban eclipsadas por el constante regateo. Había risas, rateros, tabernas anunciando sus ofertas a lo lejos y un ambiente relajado dentro de la competitividad que mostraban los mercaderes. Pero en Terraverno uno veía cómo las recrudescidas y palpitantes entrañas del planeta regurgitaban flagelos y cadenas en un próspero mercado de esclavos. Los tenues llores y gemidos que emitía la «mercancía» reverberaban contra las incommovibles estructuras de roca. Los transeúntes atravesaban las tinieblas formando un ejército demoníaco sin rumbo envueltos en el vapor de su aliento mientras sus ojos, la mayoría del color de la sangre, refulgían amenazadores.

Lénduar manoseó el áspero jubón de cuero que Belhaldy le había dado esa mañana. Se había despertado con el ruido sordo de un libro al caer y se había descubierto víctima de cierto malestar (confiaba en que debido a una pequeña resaca y no a que el veneno de la libahiel le hubiese infectado). Desorientado, había comprendido que se había quedado dormido en el suelo mientras bebía; después había escuchado cómo la ésril murmuraba a toda velocidad algo sobre componentes, experimentos y «la solución».

—¿De qué hablas? —le había preguntado él con la voz todavía ronca por el sueño.

—De la forma de remediar mi ruina social... Me falta muy poco para dar con el conjuro capaz de ponerle fin a la crisis. Si lo consiguiese, recuperaría el estatus que he perdido —declaró ella con angustia mal camuflada. A continuación le había tendido un jubón para que (por fin, tras algo más de

veinticuatro horas) se vistiese—. Necesito ir al mercado a por componentes para experimentar. Tú serás mi guardaespaldas. Ponte eso y pásate una navaja por la barba.

«Guardaespaldas...».

—Belhaldy, ¿cómo estás? —Una voz femenina sacó al afeitado oslhyriano de sus pensamientos sólo para obligarle a apartar la vista por pudor: la interlocutora de Belhaldy era una ésril vestida con una toga granate tan escotada que apenas alcanzaba a ocultarle los senos. La tela cubría parcialmente sus areolas gracias a un adorno en forma de araña que tiraba de la tela hacia el centro del pecho. Su ombligo era visible, y lo llevaba decorado con una opulenta joya que conjuntaba con las que lucía a lo largo del cabello y las orejas.

—Espléndidamente, ¿qué tal van las cosas por tu templo? —Habría sido muy difícil reunir pruebas suficientes para determinar si Belhaldy se alegraba o no de haber iniciado aquella conversación. Proyectaba una imagen hermética de suficiencia, como si pretendiese dar a entender que todo lo que no estuviese relacionado con la magia le resultaba aburrido. Contrastaba fuertemente con la inseguridad que había exhibido esa mañana ante Lénduar, cuando le ordenó protegerla durante sus compras.

—Desde que descubrimos a Corandrym y nos entregaste su cabeza todo ha ido a mejor. Bueno —cambió el tono—, ¿vienes a por más esclavos? ¿Quizá algún sacrificio para las ceremonias de Kalidra? —No había que ser el ésril más astuto de Terraverno para ver que aquella sacerdotisa pretendía husmear en los asuntos de la madre matrona de la casa Vrammoryn. Belhaldy sonrió con frialdad.

—En absoluto. —Normalmente encontraba ultrajante que intentasen interrogarla sobre su madre porque implicaba que las juzgaban a ambas de insensatas (a Kalidra por confiarle sus propósitos a un tercero, y a ella por traicionar el honor de su casa noble) y, dada la gran imprudencia que había ostentado el día anterior, sintió que por una vez la acusación era cierta.

—He oído que ayer...

—¿Y qué te trae a ti por aquí? —interrumpió Belhaldy, cuyas alertas acababan de activarse en su máximo nivel—. Creía que las novicias se encargaban de mantenerte abastecida. —Tiñó la frase con un suave desdén hacia la incompetencia de su interlocutora a la hora de gobernar al servicio, retándola a desmentir sus palabras.

—Es un asunto familiar. Mi hija ha vuelto a olvidarse de su mascota y ahora necesita otra. ¿Criado nuevo? —La desconocida cabeceó hacia Lénduar, que no deseaba participar en aquella conversación por nada del mundo.

—Mi guardaespaldas. Un regalo de cumpleaños. Si no te importa debo

darme prisa, el tiempo es crucial en lo que a magia *arcana* se refiere.

Volvieron a sumergirse en la riada de demonios. Lénduar era mucho más alto que los ésril, así que podía ver perfectamente si alguien se aproximaba a la maga. También percibía con facilidad que su «protegida» se hallaba erizada como un felino a punto de saltar.

—Así que os gustan los animales... —comentó tratando de calmar su tensión.

—¿Qué?

—Las mascotas. Dices que a todos os pasa lo de despistaros con ellas. No podéis ser tan malos si os gustan los animales.

—¡Animales...! —exclamó. Rompió a reír—. Ella se refería al trasgo que su hija infante ha debido de olvidar en alguna habitación más tiempo del recomendable. Es algo común.

A Lénduar se le hizo un nudo en la garganta al darse cuenta de que la escena, inenarrablemente macabra, se le antojaba completamente probable en aquel lugar: un desdichado trasgo muriendo de inanición, arañando desesperadamente las paredes de una estancia cerrada con llave hasta ver desgastada y sangrante la carne de sus dedos...

Tuvo un escalofrío.

—Evitemos a ese grupo —indicó Belhaldy refiriéndose a un corrillo de ésril que observaban entre risas algún suceso que Lénduar intuía deplorable.

—¿Qué hacen, se reúnen para maltratar esclavos o algo así? —preguntó el humano mordazmente.

—Todo lo contrario. Por lo que estoy oyendo han debido de molestar al esclavo de alguien poderoso y no saben cómo arreglarlo... —La maga se esforzó por soltar una risita taimada, aunque su humor estaba tan apagado que apenas lo logró.

—¿En serio?

—Claro. Nadie se atreve a ofender al esclavo de un ésril importante. ¿No recuerdas al militar que te entrenaba? Te insultó, así que lo despedí. Mis pertenencias son una extensión de mi dignidad.

—Pensaba que lo habías despedido por no haberte defendido.

—Como si yo necesitase protección masculina... —Lénduar, guardaespaldas en aquellos instantes, alzó una de sus densas cejas cobrizas... pero decidió que no merecía la pena iniciar una discusión al respecto.

En su caminata pasaron junto a una orfebrería que parecía hallarse en la ruina. Todo (desde el edificio hasta los estantes interiores que quedaban a la vista) estaba viejo, roto o astillado. Salió de allí un grupo de mujeres ésril engalanadas con seda y platino. Sostenían braseros rituales de Latro labrados en

oro. El dueño fue tras ellas mientras suplicaba y terminó balbuceando algo para sí mismo sobre que no podía seguir así. Quedó al borde del llanto.

—¿Le han robado? —se sorprendió el guerrero. Sintió el impulso de perseguirlas para recuperar las propiedades del orfebre.

—Son sacerdotisas. Pueden quedarse con aquello que les guste y pagar lo que deseen. —Aquello justificaba el silencio que imperaba en el mercado. Nadie regateaba o discutía los precios: si no imponían directamente el que les convenía era porque debían resignarse a pagar el establecido—. Además, esos son los braseros que se utilizan en los rituales. Ese hombre tiene que sentirse agradecido por estar complaciendo a la Reina Terídida.

—¿Vuestra diosa, además de todas sus atrocidades, también consiente la inanición de sus fieles con tal de satisfacer sus caprichos...?

La conversación se vio interrumpida antes de lo que prometía ser una fuerte discusión.

—¿Hermana?

Ante ellos, una fémina sostenía a dos varones ésril mediante sendas correas. Lénduar creyó en un primer momento que eran prisioneros, pero llevaban cotas de malla e iban armados... ¿podían ser soldados a pesar de las carlancas? Curiosamente, la ésril parecía mucho más musculosa y preparada para el combate que ellos (el guerrero ya había asimilado que con los elfos oscuros sucedía como con algunas especies de arañas: las hembras eran más grandes y fuertes). Recordó que Belhaldy se había referido a una de sus hermanas como «dama corpulenta» para diferenciarla de Xadraliss; la descripción coincidía, y aunque sus músculos no estaban tan hinchados como para asemejarse a los de un bárbaro o un semiorco sí que podría haber derrotado fácilmente a muchas guerreras humanas... o paladinas.

—Élvrad, eres tú. —El muro de indiferencia que resguardaba el ánimo decaído de Belhaldy se alzó una vez más.

—Vamos, saludad en condiciones —ordenó la mencionada. Los dos varones se arrodillaron frente a la maga y le besaron las manos y los antebrazos con fruición hasta que su ama tensó las cadenas y les obligó a retroceder—. Bien, bien. ¿Qué te trae por aquí, Bely? Normalmente tus compras las realiza esa napea que tanto os gusta a madre y a ti.

—Componentes para hechizos.

—Ah, sí. La magia. —Hubo una sorna nada sutil en su tono. Luego la pretensión se adueñó de su rostro. La guerrera pareció exultante—. Pero cuando los magos fallan, ahí estamos nosotros: siempre arreglando vuestros desastres. —Era obvio que sentía por su hermana mayor la misma animadversión que Xadraliss.

—¿A quién te refieres, a los mismos soldados atrabiliarios que queríais usar la fuerza como vulgares ogros para solventar una erupción?

—Por lo visto no era una idea tan mala... al fin y al cabo, ahora mismo es la única salvación posible para Zendalure.

Los dos ésril encadenados rieron por lo bajo.

—¿Cómo dices? —Belhaldy cruzó los brazos. Era un gesto al que jamás recurría: expresaba desasosiego, necesidad de ponerse a la defensiva (lo que equivalía a confesar que se sentía inferior). Élvrad lo captó y se adelantó algunos pasos con actitud amenazadora.

—No tienes ni idea de lo que te digo, ¿verdad?

—Ama..., creo que con su hermana no está obligada a disimular: puede hablar libremente con ella de los escombros que obstruyen la galería de salida... si así lo desea. —Lénduar miró sumisamente hacia el suelo mientras intervenía. Procuró mostrarse dócil mientras le revelaba a Belhaldy la información que Kalidra le había ocultado—. Pero antes de que se decida, me pidió que si se entretenía le recordase que su conjuro tenía un margen de tiempo muy pequeño.

Confió en que Élvrad supiese tan poco como él sobre el Arte.

—Xadra tenía razón..., el pelosangre te es fiel. ¿Has hecho algo útil por Zendalure desde que cayó en tus manos o te has limitado a follártelo?

—¿Y tú? —replicó Belhaldy lanzando una significativa mirada a los dos varones encadenados—. Como ha dicho mi esclavo, dispongo de poco tiempo. Disfruta del sudor de tu frente mientras transportas escombros, Aguarcana. Si te esfuerzas lo suficiente quizá logres entretenerme con el espectáculo.

Belhaldy tiró de Lénduar y se adentró en la tienda de magia. Llevaba la mirada perdida y avanzaba como un caballo con anteojeras. El dueño dijo algo en una lengua que el oslhyriano desconocía, quizá una frase en argot ésril, pero ella no le prestó atención; parecía sumida en algún tipo de trance. Se dirigió a la trastienda y aumentó bruscamente la fuerza con la que sujetaba a Lénduar para teleportarlo consigo. El siniestro bullicio del mercado se esfumó, y con él los escasos orbes feéricos. Reaparecieron en un lóbrego jardín de hongos titánicos tenuemente iluminado por unos reducidos cúmulos de champiñones fosforescentes diseminados por doquier.

—¡Dame una explicación! —exigió Belhaldy agarrándole del jubón (no se molestó en levitar, pero tampoco lo necesitó... estaba frenética y le tenía completamente a su merced). El humano respiró hondo; ya había decidido cómo justificaría sus conocimientos, pero temía que Khastan se hubiese equivocado en su juicio sobre la maga y que ella decidiera fulminarle en vez de tratar de llegar al fondo del asunto.

—Yo... —Quedó arrinconado contra un enorme tallo. Enmudeció

vislumbrando cómo la brumosa luminiscencia verde abocetaba los rasgos contraídos de la maga. Apreció que su ceño, completamente hundido sobre los ojos, se suavizaba hasta perder la curvatura furiosa inicial y daba paso a la desesperación.

—¡Tienes que decírmelo! ¡Esta vez tienes que decírmelo! —Trató de zarandear al fornido guerrero, cuyo cuerpo no se desplazó ni un milímetro—. ¿Por qué? ¿¡Por qué haces esto!? —Aflojó la presa de sus manos para dejar que resbalasen laxas a ambos lados de su cuerpo—. Y no me cuentes estupideces sobre la... la ética y la justicia, y tu concepción del bien y del mal: sé que hay algo más. Tiene que haberlo.

»Esto no era una agresión ni un intento de asesinato. Me has ayudado... Me has ayudado sin la presencia de un peligro real... ¡Y tiene que haber una explicación!

—¿Y por qué no aceptas la que ya te he dado? —murmuró Lénduar. «¿Cómo es posible que le desconcierte más el hecho de que haya acudido en su ayuda que saber que poseo una información inaccesible para ella?», se preguntó.

—¡No puedo! —La ésril dio un puñetazo al tallo tras el guerrero y luego retrocedió. La fosforescencia que incidía sobre su perfil reveló que se abrazaba a sí misma con desconsuelo—. La tarde anterior a tu aparición estuve aquí. Levité, y cuando me encontraba suspendida en el aire tan alto como me resulta posible... caí. Tenía esto —extrajo su insignia de casa ésril del escote de la túnica— y sabía que los píleos eran blandos: no iba a pasarme nada. Desde que has entrado en mi vida esa caída se ha repetido una y otra vez, y en cada ocasión he dispuesto de menos protección; ni superficies acolchadas ni hechizos, pero tú... tú has estado ahí para recogerme. ¡Todas las veces! Y no puedo aceptarlo porque... porque me hace sentir... diferente. Especial... para ti.

Sus ojos (almendrados y rosas, afligidos y suplicantes) incitaban al humano a responder, a desmentir aquella extraña idea a la que ella no era capaz de darle forma. Con los ánimos envenenados, Lénduar comprendió que su bondad había instruido subliminalmente a la ésril: había logrado que una criatura en cuyo mundo no existía el amor se sintiera querida.

—Sólo puedo ofrecerte la misma respuesta que ya conoces: en la superficie el bien no es la excepción, es la norma.

Belhaldy apartó la vista con decepción. Había confiado en que Lénduar le revelase algo capaz de aliviarla, pero no había sido así. No obstante, a pesar de no poder identificar plenamente lo que sucedía sí percibía implícito el rechazo, lo cual propulsó su soberbia racial por encima del bullente caos emocional que se había apoderado de su cabeza.

—¿De qué iba todo ese asunto de la galería bloqueada y cómo es posible

que lo sepas tú cuando yo lo desconozco? —inquirió en tono adusto para recuperar la dignidad que sentía perdida. La súplica que había habido en su rostro se derritió como el hielo, resultando imposible deducir cuál había sido su forma anterior.

Era el momento de que Lénduar usase la excusa que había ideado previamente.

—¿De verdad creías que no intentaría escapar? —repuso componiendo una sonrisa desilusionada que sus labios habían moldeado por primera vez allí, en Terraverno. Una sonrisa que jamás había conocido en el exterior—. Tú misma lo has dicho: nadie se atreve a ofender al esclavo de un ésril importante. Salí de tu mansión y dije que cumplía tus órdenes, así obtuve indicaciones para llegar a la salida de vuestra caverna. Allí me encontré con gente similar a tu hermana... o eso creo, veo bastante mal sin luz —confiaba en que su mentira ganase en coherencia señalando aquello—. Trataban de deshacerse de los escombros que cortan el paso. A falta de una ruta de huida, me vi obligado a pedirles que me guiasen de vuelta a tu mansión... y les oí comentar que trabajaban para tu madre. Ya sabes que entiendo el élfico. Lo que no llegué a descubrir es por qué la galería está bloqueada —agregó aquel último comentario para no mostrarse sospechosamente bien informado.

—Eso es lo de menos. Hubo un accidente hace unos días —replicó Belhaldy agitando una mano como para apartar aquel concepto de lo que realmente importaba—. O sea, que...

—¿Un accidente? —inquirió el oslhyriano recordando el escepticismo con el que Khastan había mencionado aquel mismo suceso.

—Sí, un accidente —le espetó Belhaldy con impaciencia—. Y grave, tanto como para que tuviésemos desprendimientos en el techo de la caverna... y quedase toda una galería bloqueada. Dices que...

—Y, *curiosamente*, a Kalidra no le pasó nada —apuntó el guerrero exagerando su tono.

La maga le miró con irritación, pero... súbitamente, su pánico regresó. Su enjuto cuerpo tembló asimilando instintivamente la amenaza que su mente tardó algunos segundos más en desentrañar: aunque su madre había recalcado el día anterior que Ilthuriel era el mago más poderoso del que disponía Zendalure, *no lo había llevado a la expedición...* ¡A él, a quien había escogido ciento once años atrás como consorte precisamente por su poder! ¿Por qué eximir de una tarea tan sumamente importante al mago mejor cualificado de la ciudad? ¿Por qué enfadarse tanto a consecuencia de su óbito?

—No fue un accidente... Madre sabía que ocurriría —musitó con un hilo de voz—. Lo necesitaba para otros propósitos, y por eso le excluyó.

—¿Eh? ¿A quién?

—Soy... soy pasto de las arañas... Latro ha debido de instar a mi madre a urdir algún tipo de plan con Ilthuriel como catalizador, y yo... me he interpuesto. —La sangre se escurrió de su oscura tez en un plomizo reflejo de la lividez humana—. Descubrí que mi padre y Khastan eran apóstatas, así que fui a por ellos. Sólo cayó Ilthuriel. Y madre... Oh, ¡casi me mata al enterarse! Dice que he atentado contra nuestra sociedad al privarnos de nuestro mejor recurso arcano, pero no... No. Ahora sé que me he interpuesto en algo mucho más grave. ¡Latro y ella tenían planes para Ilthuriel!

—Vamos, tu madre es sacerdotisa. Seguro que podéis encontrar una solución... juntas. —Esta vez era Lénduar el malintencionado.

—¡No lo entiendes! —La maga se ahogaba y no podía hablar tan alto como pretendía—. ¡La diosa y su elegida quieren mi cabeza!

Lénduar vio por fin la oportunidad que había estado esperando... pero su conciencia le frenó: ¿podía aprovecharse de la agonía de aquella infeliz en beneficio propio? ¿Qué fácil y qué rastrero sería convencerla en aquel momento para que renegase de Zendalure...! Se debatió, y la ésril (que no le prestaba tanta atención como para captar su inquietud) terminó por darle la espalda.

—Moriré sin haber cumplido ninguno de mis sueños —se dijo en voz baja. Trataba de asimilar que todo había terminado: si no desbloqueaba la caverna ella (ni nadie), la ciudad se quedaría sin oxígeno y todos los zendaluríes (ella incluida) se asfixiarían... y si lo resolvía, entonces llegaría inevitablemente el momento en que tendría que cumplir con el cometido que Latro y Kalidra habían dispuesto para Ilthuriel. Una vez realizado, ella pasaría a ser completamente prescindible. Y tras aquel paso en falso su asesinato sería extraordinariamente apetecible.

¿Cuánto tiempo podía quedarle?, ¿mínimo una semana y máximo un mes?

—¿Incluso los seres deshumanizados como vosotros tienen sueños?

—¿Cómo iba a no tenerlos? —murmuró. Quería abandonar sus aciagos pensamientos—. Soy maga, quiero comprender mejor el Arte. Mi aprendizaje se ha visto constantemente interrumpido por los caprichos de la diosa, las obligaciones hacia mi casa noble... unas responsabilidades que siempre aborrecí pero que no podía desatender si quería sobrevivir. Y ahora...

—¿Sientes que has desaprovechado el tiempo? —respondió Lénduar, incapaz de decidirse a aprovechar la ocasión.

—Sin ir más lejos, mi fiesta de cumpleaños hace unas noches fue una obligación. Yo jamás celebraré algo así de vacío. Aunque... por lo menos llegaste tú y... me reconforta saber que... que en estos últimos días... alguien ha... ha realizado actos *absurdos* por mí. Unas necesidades tan... tan...

altruistas... —Los sollozos se entremezclaron con las palabras, pero el llanto estalló completamente mudo. Lénduar la rodeó con un brazo; muy a su pesar la compadecía. Encontraba completamente descorazonador que, cumpliendo con sus obligaciones religiosas, la joven hubiese llegado al callejón sin salida donde iba a recibir la puñalada mortal.

... Y eso tras toda una vida de ardua supervivencia y traiciones sin respiro.

—Puedo sacarte de aquí —declaró repentinamente. Sintió que la mirada de la ésril se clavaba en la suya desde las tinieblas.

—¿Qué? —respondió ella atónita.

—Esto no te va a gustar, pero como pretendía escaparme desde un principio busqué los medios para conseguirlo... y los encontré. Te sacaré de aquí. Tu madre y tu diosa no podrán hacerte daño.

—¿Qué...? —volvió a preguntar.

—Estarás a salvo, y... ¿Hm? —Belhaldy se arrojó contra el cuello del humano. Lo rodeó entre sus brazos presa de una efusividad histérica y besó su boca. Las silenciosas lágrimas de sus mejillas se transfirieron a la tez de Lénduar. Él, turbado por el beso y también ruborizado, intentó desasirse—. Supongo que podrías establecerte en Dagazur un tiempo mientras decides hacia dónde encaminar tus pasos...

Habló completamente aturullado. La ésril seguía abrazándole, ahora sin levitar. Era como una araña tejiendo alrededor de su víctima para inmovilizarla y así poder alimentarse de ella.

—¿Dagazur? ¿Así se llama tu hogar?

—Sí... Dagazur, capital de Oslhyr.

—¿Qué se puede hacer allí? ¿hay magos?

—Tenemos una academia; aunque en nuestra tierra somos más famosos por las milicias, las órdenes de caballería y la manufactura que por la calidad de nuestros magos. Pero no tendrías que quedarte si no lo deseas.

Belhaldy asintió y apoyó la mejilla contra el pecho de Lénduar. Se abstraigo en sus angustiados pensamientos sin darse cuenta de cuánto perturbaba al humano, quien no podía dejar de recordar que todo el contacto físico que habían establecido hasta el momento había implicado violencia, cuchillos y hechizos contra su persona. Se soltó.

—¿Cómo planeas fugarte? —preguntó ella, saliendo de sus cavilaciones.

—Eso es lo que menos te va a gustar de todo este asunto. He forjado una alianza con alguien...

—Con Khastan.

—¿Cómo lo sabes? —El guerrero frunció el ceño.

—Anoche, mientras nos bebíamos la botella de libahiel, noté el olor del

fuego purificador y de la carne quemada vagamente adherido a ti. En ese momento pensé que el alcohol me estaba alterando la percepción y que era yo quien había traído ese olor conmigo desde el templo Glannarden, pero sabiendo que ese hereje escapó y que tú colaboras con alguien que no comparte los ideales ésril... Es fácil llegar a la conclusión de que Khastan te ayuda. —Esbozó su sonrisa inacabada—. Y él cree que es útil reconocer mis jadeos.

Durante algunos segundos, Lénduar no supo qué decir. El último comentario de la ésril le había incomodado.

—Supongo que tu ayuda le vendría muy bien —dijo por fin. Mentía a medias. Sabía de sobra que Khastan quería la ayuda de Belhaldy, pero decirlo abiertamente habría sido muy sospechoso dado el desarrollo de los acontecimientos—. Lo mejor sería que hablases con él.

—Estoy de acuerdo. Llévame a verle. —Belhaldy se preguntaba hasta qué punto tendría Khastan intención de colaborar con ella tras haber aniquilado a su querido Ilthuriel... Se preguntó con amarga ironía si habría alguien en Zendalure para quien aquel homicidio no hubiese supuesto una afrenta personal.

—No sé dónde estamos, mucho menos dónde está él.

—En Vergel Fúngico. —La cara del humano no mostró signos de que el nombre le resultase relevante—. Al oeste, en las afueras. —Negó con la cabeza. Era lógico que no hubiese memorizado la geografía de la cueva todavía—. Estamos bastante lejos del mercado y de mi casa... si aún es tal cosa... —Rebuscó en su faltriquera distraídamente—. Dime, ¿dónde os habéis visto hasta ahora?

—Precisamente en tu casa. En el jardín trasero.

—Qué raro... No recuerdo haberlos gastado... —murmuró la ésril sin escucharle. Ahora buscaba con gran empeño. Sacó su capa y dejó que cayera al suelo, arrugada.

—¿Pasa algo? —preguntó Lénduar, que no podía ver lo que hacía su acompañante pero oía sus manos entrechocando contra los componentes materiales y el cuero de la bolsa.

—No tengo más hechizos para teleportarme preparados y quería usar uno de mis pergaminos inscritos, pero no están. No lo entiendo, sé que los he hecho... debería tener de sobra. ¿Los habrá confundido Élikat con los que elaboro con fines comerciales...? —La irritación se hizo patente en su tono—. Tendremos que caminar.

—A mí no me molesta.

—... De todas formas su casa está de camino a la zona alta —retomó el hilo de la conversación—, aunque dudo que Khastan se encuentre allí; ahora que se le busca por herejía lo más probable es que haya tratado de refugiarse en su

despacho de Zin'Zendal. Sí... Mejor vamos a la academia.

Belhaldy rodeó el codo del guerrero con las manos y tiró de él. A pesar de que parecía un gesto poco natural y bastante controlador, Lénduar apreció que se trataba de algo nacido del cariño más torpe e inexperto.

Avanzaron por las tinieblas.

—¿Qué se siente al no tener un techo sobre tu cabeza? —preguntó ella de repente, como si tratara de imaginarlo.

—Libertad.

—¿No es demasiada... exposición? Como si nada te resguardase de los ataques de tus enemigos.

—Para eso las ciudades tienen murallas. El cielo es bonito. A los trovadores y artistas en general siempre les ha inspirado.

—¿Y cómo es tu casa?

—Acogedora.

CAPÍTULO 7

La fosforescencia de Vergel Fúngico quedó atrás y se perdió de vista. Los pasos del humano se volvieron cada vez más inseguros. Trataba de desplazarse al ritmo de la maga, pero vacilaba porque no podía ver el suelo. Belhaldy (ajena sus dificultades) prolongó sus preguntas acerca de la superficie durante varios kilómetros. Lo que Lénduar le estaba descubriendo sobre el exterior le agradaba. En su mente el cielo era una bóveda de roca pintada del mismo azul que sabía convocar en sus orbes feéricos. Jugaba a adivinar los sabores de la fruta fresca y la carne tierna que él le describía; sabía por experiencia que las bebidas importadas del exterior (vinos de Sizigia, alcoholes nórdicos) eran deliciosas, así que le parecía completamente plausible que el exterior estuviese repleto de manjares. Para cuando se adentraron en la ciudad, la ésril no podía dejar de fantasear con una vida donde no necesitaba preocuparse por las distracciones que la separaban de su cuaderno de estudios arcanos... una vida donde quizá pudiera mantener a su lado aquel inexplicable bienestar que le proporcionaba la presencia de Lénduar. Le dirigió una mirada repleta de agradecimiento y sintió que la euforia estallaba en su interior. Se arrojó a sus brazos; su repentino furor asustó a Lénduar, que retrocedió instintivamente mientras ella trataba de darle alcance a su boca.

El guerrero trastabilló mientras buscaba a ciegas algún tipo de apoyo y, finalmente, aterrizó en el suelo. Si hubiese tenido unas manos más blandas, se le habrían despellejado contra la roca.

—¿¡Qué pasa!?! ¡No veo nada!

—Perdona —se disculpó la maga—, creía que alcanzabas a ver algo con las luces de la ciudad. —El guerrero enarcó una ceja mientras se incorporaba. Él no veía el suelo que pisaba, mucho menos algo que se hallaba a tanta distancia—. Permíteme... —Belhaldy introdujo la mano en la faltriquera. Esta vez encontró lo que buscaba muy rápido—. Siempre que he usado este hechizo ha sido para inscribirlo en algún pergamino. La única esclava a quien se lo otorgaría, Élikat, lo recibió por parte de madre, que además lo hizo permanente, así que...

Dejó la frase a medias mientras comenzaba a conjurar.

—¿De qué hablas? —preguntó el oslhyriano, inquieto ante el repentino silencio. Sintió que un hechizo entraba en contacto con su cuerpo.

—De ver en la oscuridad.

Los alrededores se aclararon para sus ojos humanos de forma lenta pero constante. El espeso alquitrán que llenaba el aire dio paso a unas suaves y difusas formas que se transformaron paulatinamente en estructuras definidas. Giró sobre sí mismo, más maravillado por su nueva capacidad para ver que por las vistas: grandes planchas marmóreas componían edificios espigados y geométricos que evocaban la elitista personalidad del pueblo ésril. La composición resultaba elegante de un modo inmisericorde y gélido. Lénduar se fijó en que el suelo no estaba pavimentado bajo sus pies, era roca plutónica en bruto; su irregularidad le había impedido recuperar el equilibrio unos minutos atrás. Tardó un rato en asociar el don para levitar del que hacían ostentación los ésril con aquel detalle. Tuvo la sensación, no obstante, de que algo no era como debía ser... Miró sus manos, cuyo aspecto conocía a la perfección, en busca de pistas.

—¡Pero si lo veo todo gris! —se sorprendió. El color de la piel que veía no se correspondía con el tono rosáceo con el que se había familiarizado a lo largo de veintiséis años.

—Hace falta luz para poder detectar el color —le explicó ella. Lénduar dejó de prestarle atención a aquellos extraños dedos grises. Encaró a Belhaldy de forma instintiva para escucharla... y por primera vez pudo distinguir los matices que moldeaban sutilmente cada uno de sus rasgos: la gracilidad con que sus cejas se elevaban más de lo habitual evocaba inteligencia y transmitía un desdén cargado de sensualidad. El espacio entre los ojos y el ceño dejaba desguarecida su mirada, delatando una soledad a la que inmediatamente eclipsaba el atractivo arco de su párpado superior—. Entremos.

La observó conteniendo la respiración, siguiéndola por el interior de Zin'Zendal como si fuese víctima de un hechizo aturdidor.

Belhaldy se encaminó a la habitación secreta de Khastan. Una imagen proyectada con magia pero totalmente intangible ocultaba la entrada, y no era la única medida de seguridad: una estantería bloqueaba la mayoría del espacio. Había que saber cómo situarse para poder deslizarse de lado y entrar en el despacho. La joven procedió tal y como había hecho miles de veces durante su instrucción, pero se golpeó contra el escritorio que Lénduar había colocado junto a la pared el día anterior por orden de Khastan. Apartó el mueble de malos modos y ayudó al humano para que accediese también.

Descubrieron que el lugar estaba vacío. No había ni rastro del mago, que

además se había llevado todo lo que resultaba medianamente útil.

—Parece que tendremos que dejar que sea él quien nos localice... lo cual resulta muy frustrante. —El humano se fijó en que Belhaldy entreabría ligeramente los labios siempre justo antes de comenzar a hablar. La tensión desaparecía de su carnosa boquita de ónice en un aparente abandono que constituía toda una invitación... Aunque esta quedaba rescindida en cuanto brotaban las palabras.

—Sí...

—De todas formas me urge pasar por el mercado para... ¿Hm? —Belhaldy captó la mirada del guerrero, cuya mente se había detenido en un único pensamiento: la boca de su interlocutora había sido esculpida por la despiadada mano de la lujuria... y supo en el acto hacia dónde se desviaban los instintos del humano. Aprisionó sus muñecas para atraerlo de un tirón y le obligó a arrodillarse con el mismo impulso autoritario. El acalorado rostro de Lénduar quedó a la misma altura que el de la ésril, que le forzó a aceptar un beso absolutamente indecente para atrapar su vulnerable lengua con los labios y succionarla una y otra vez emulando una felación. Las intenciones desmesuradamente explícitas de Belhaldy resultaron infructuosas, pues Khastan escogió ese preciso momento para teleportarse frente a ellos.

—¿Me buscabas? —Tenía un pergamino estirado entre las manos, posiblemente algún conjuro ofensivo potente, aunque lo apartó al descubrir que la intrusión en su despacho secreto no tenía por objetivo cazarle ahora que su herejía era pública. Reconoció a Lénduar, su aliado, de rodillas... agonizando bajo las impúdicas atenciones de Belhaldy.

—Yo... —trató de decir el guerrero mientras se incorporaba. Estaba tan sonrojado que, en la escala de grises que permitía identificar la visión en la oscuridad, su cabello se camuflaba sobre el rubor de su tez. Miró a Belhaldy (no había variado su posición) en busca de ayuda y se percató del modo en que sus labios negros se habían congestionado tras la libación... Sufrió un estremecimiento de placer que le dejó sin palabras—. Ehhh...

—Hay cosas sobre las que no es necesario debatir —le espetó rotundamente Khastan, evitando hacer contacto visual. Se tocó el entrecejo con su dedo índice y aprovechó para ocultarse la vista con el resto de la mano—. Tú... ¿Por fin estás dispuesta a escucharme?

—Sí, claro —replicó la maga con parsimonia. Le lanzó una hastiada mirada de soslayo con aquellos párpados perfectamente almendrados y sagaces. Las parábolas que describían sus espesas pestañas rizadas cada vez que parpadeaba socavaban la cordura de Lénduar.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Él —inclinó la cabeza hacia el humano.

—Comprendo...

Si Lénduar hubiese sido capaz de despegar sus desdichados ojos del brutal atractivo de aquella fémina, podría haber apreciado que Khastan era igual de arrebatador gracias a la perversa e irresistible sabiduría de su semblante. También habría visto que los elfos oscuros habían comenzado a intercambiar mensajes mediante lenguaje de signos, aunque igualmente no los habría comprendido.

«Dime, ¿todo en los humanos va en proporción a su gran estatura?», interrogó Khastan con una mueca burlona.

«Oh, sí...», fue la enigmática respuesta de la ésril. La acompañó de una leve mordedura en su labio inferior, gesto que perturbó aún más al de por sí aturullado Lénduar.

—Entonces ya sabes que la superficie no tiene nada que ver con lo que Latro quiere hacernos creer.

—Me lo ha dicho mi esclavo. —El humano tragó saliva. Había algo inapropiadamente lúbrico en sentirse «propiedad» de una belleza tan atroz... o así le pareció durante aquellos nebulosos instantes—. Aunque para mí es lo de menos. Tengo mis propias razones para unirme a esta empresa, y debes creerme cuando te digo que son muy sólidas.

—¿Es que no tienes intención de compartirlas conmigo?

—Sólo puedo decirte que me va la vida en ello. —Su ego pareció desinflarse levemente. Resopló.

—Nos va la vida a todos, por si no te has dado cuenta —señaló el instructor.

—Ya te dije en su momento que la crisis tiene solución... —Las cejas de Belhaldy se elevaron súbitamente a medida que los ojos se le abrían de par en par—. ¡La tiene! —susurró para sí, iluminada por algún tipo de comprensión que no quiso transmitirle a sus acompañantes—. Por mucho que esta ciudad supere la crisis, mis problemas perdurarán. Las cadenas que me forzaban a servir a Latro han quedado anuladas ahora que me he interpuesto en sus planes. Ya no estoy obligada a venerarla.

—Ser obligado a adorar a una deidad que sólo te inspira odio es sumamente contraproducente, ¿qué fiel no se llenaría de resentimiento? Preveo que el culto a Latro caerá por su propio peso dentro de unos pocos años. —Como maestro había adquirido la costumbre de hablar con Belhaldy dándole mucha intensidad a su tono buscando estimular su mente. Había vuelto a expresarse de ese modo sin darse cuenta, casi como si diese una conferencia... lo cual desencadenó una punzada de nostalgia en los dos ésril que el guerrero no pudo compartir—. Aún

no sabes nada. ¿Te has detenido a pensar que la magia no nació aquí abajo, mi nínfula? La más poderosa de las deidades de la magia reside en el exterior, y no es Latro. Hémysteis es la máxima autoridad mágica, ella es la deidad que...

—Siento interrumpir, pero eso lo podéis hablar cuando estemos a salvo. ¿Has encontrado la forma de sortear la vigilancia de la galería de salida? —Aunando todo el sentido común que había conocido antes de que le concediesen la visión en la oscuridad, Lénduar interrumpió la lección teológica.

Afortunadamente, su pregunta no extrañó a Belhaldy. No contradecía su mentira respecto a quién había descubierto lo que sucedía en la galería de salida.

—Es cierto... —Khastan alzó una mano como para disculparse—. He resuelto ese asunto, pero todavía no os puedo dar detalles. Conformaos con saber que mañana por la tarde estaremos camino de la libertad. Esta noche os daré más información. Seguramente necesite que prepares algunos hechizos en concreto, Belhaldy. No pensabas irte a descansar pronto, ¿no? —Lanzó una sutil mirada de reojo a Lénduar que sólo captó la maga. El humano miraba fijamente el suelo confiando en que le salvase del trance erótico que le provocaba la efigie de la elfa oscura.

—Debo realizar algunas compras, pero me halaga saber que recuerdas bien mi modelo de comportamiento. —Belhaldy amontonó todos sus tirabuzones sobre un hombro y enroscó los dedos en ellos con afectación.

—Oh, en tal caso... ¿Me permites teleportarte?

—Qué considerado... Hazlo. Nos dirigimos a la tienda de componentes mágicos.

—Sí. Una gran consideración por mi parte, sin duda... —Khastan agarró a ambos y en un abrir y cerrar de ojos se encontraron de nuevo en el callejón tras la tienda de magia—. Pero no te equivoques: es hacia mi esposa. No desearía que se encontrase con uno de tus obscenos espectáculos cuando acuda a tu casa para transmitirte mis indicaciones. Daos prisa.

Tan rápido como había aparecido, se marchó. El oslyriano tragó saliva.

—¿Esposa? —Belhaldy se quedó perpleja al escuchar aquella palabra—. ¿Como la gente de la superficie?

—Sí, ¿no os casáis aquí? —se extrañó Lénduar, feliz de centrar su atención en algo distinto.

—No... —Fruncía el ceño tratando de buscar el punto cronológico exacto en el que Khastan había conocido a alguien con quien casarse—. Pero confío en que no se haya atrevido a engañarme con ella.

—Supongo que... Me lo preguntaba por la forma en que él hablaba de ti... Tuvisteis algo, ¿verdad?

—Sí, lo dejamos recientemente. Pero ¿sabes qué? En realidad no me

importa que tenga una esposa, sólo... me sorprende. —Le rodeó la cintura con un brazo y le dio un beso en el bíceps porque no llegaba mucho más arriba desde su metro cuarenta—. Vamos a darnos prisa. Me he dado cuenta de algo mientras hablaba con Khastan: la caída de los escombros traza una hipotenusa que puedo utilizar para calcular la altura del techo. Teniendo ese dato puedo encontrar el modo de subir y terminar mi investigación para eliminar el magma.

—¿Es que no tenéis monturas voladoras bajo tierra?

—Voladoras no; tenemos monturas capaces de trepar por las paredes y los techos... es casi lo mismo. En cualquier caso, el sacerdocio las confiscó para evitar que se repitieran accidentes como el de la expedición ahora que el techo es inestable... pero empiezo a creer que en realidad no querían que nadie se situase en uno de los muchos ángulos que permiten ver la salida bloqueada.

En el mayor templo de Zendalure había una inmensa estatua en forma de viuda negra esculpida en obsidiana: Latro. No tenía nada de especial, pero una elfa oscura se arrodilló a sus pies y encendió incienso... llamando así la atención de Xadraliss. La novicia se acercó a fisgonear mientras se mordisqueaba la punta de los dedos. Su costumbre de llevárselos constantemente a la boca suponía que sus manos desprendiesen frecuentemente el desagradable olor a saliva del que su hermana mayor se burlaba.

—¿Puedo ayudarla, madre? —preguntó con respeto (un respeto pueril y vacío de intenciones que se limitaba a cumplir con las obligaciones que le imponía su bajo rango dentro de la iglesia).

—De hecho... sí que puedes. —La mujer se incorporó y alisó su toga confeccionada en seda y tul. La seda, de la misma tonalidad amarilla que algunas arañas cangrejo, envolvía sus pechos con garbo y pendía hasta el suelo en forma de una franja muy delgada en la espalda y ligeramente más ancha por delante (lo justo para ocultar su ombligo). El resto del cuerpo quedaba cubierto por un tul negro casi transparente que sombreaba cada milímetro de su anatomía. Debajo se apreciaba un lujoso tanga compuesto por unas finas cadenas de oro donde resaltaban un par de diminutos y relucientes diamantes. Xadraliss envidió aquellas prendas. Estuvo a punto de exigir el nombre del sastre, pero la otra ésril se lo impidió al arrojarle una pregunta—: ¿Cómo te llamas?

—Xadraliss Vrammoryn —declaró la joven con orgullo, todavía mirando la toga con avaricia.

—Esto sí que es una casualidad. He venido desde mi templo para buscar a tu madre. ¿Sabes decirme dónde puedo localizarla?

—Es una mujer muy ocupada —aseguró Xadraliss rezumando vanidad. Le

encantaba poder decirle a aquellas que tenían una jerarquía superior lo que podían y lo que no podían hacer, y esa oportunidad sólo se presentaba cuando le hacían peticiones relacionadas con su madre.

La sacerdotisa sonrió.

—Soy consciente, pero confío en que esté en tu poder conseguirme una cita.

La ésril adolescente quedó estupefacta; normalmente recibía órdenes y se le exigía que hiciera o dejase de hacer determinados favores para otras sacerdotisas, pero por una vez alguien parecía mostrar cierta reverencia hacia su casa noble... factor que estimuló notablemente su ego.

—Podría, al fin y al cabo soy su adorada hija. Sin embargo... supongo que es consciente de que Kalidra tiene grandes responsabilidades en sus manos, al igual que yo —agregó jactándose—, y no puedo distraerla con nimiedades.

—No desearía que hicieras tal cosa. —Cruzó los brazos sobre su pecho. La tela de su vestimenta osciló y los diminutos diamantes refulgieron.

—Qué togas tan hermosas...

—Le diré a mi modista que debe hacerte una visita sin falta, ¿eso te gustaría?

—¡Muchísimo!

—Los deseos de una Vrammoryn son órdenes para mí. Y... dime ¿qué debo hacer para que tu madre me atienda? Te aseguro que no es ninguna *nimiedad*.

—Ya que se te ve tan apurada, supongo que podría conducirte directamente a su despacho. Esperaremos allí.

—Espléndido. —Sus uñas tamborilearon contra una caja forrada en perlas—. ¿Rapé para amenizar la espera?

—Ahora que me acuerdo, ¿por qué llamaste a tu hermana «Aguarcana»? ¿Es algún tipo de insulto ésril? —preguntó Lénduar mientras entraban en la mansión Vrammoryn. Su periplo por el mercado de Zendalure por fin había terminado.

—Para ella sí. Es la traducción literal de su nombre, Élvrad. Lo detesta porque ni siquiera sabe levitar —explicó la maga. Se dirigía a su cuarto. Rio con malicia y añadió—: No puede esperar a ser mayor de edad para cambiárselo.

—¿Cambárselo? —Lénduar se quedó en el umbral de la puerta del dormitorio mientras ella se sentaba en su escritorio y tomaba notas en su cuaderno. Aún fijaba la vista en el suelo.

—¿Vosotros no os cambiáis el nombre al llegar a la adultez?

—No, qué va. Entonces, ¿tú has tenido otro?

—Sí. Nací como Jhaelryn. Belhaldy me gustaba más. ¿Por qué no entras?

—De acuerdo... —El guerrero contempló el lugar a los pies de la cama donde se había quedado dormido mientras bebía—. Hay algo que me pregunto desde esta mañana, aunque tal vez sea porque con tanta información no he terminado de enterarme.

—Lo dudo. Todo lo que has dicho hasta ahora ha sido de suma importancia. —Se giró hacia él y le dedicó una mirada atenta. El efecto fue insólitamente dulce.

—Kalidra evitó llevar a Ilthuriel a la expedición porque quería conservarlo vivo, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces... tenía que saber de antemano que el resultado de su empresa sería nefasto. De lo contrario no habría decidido dejarle fuera.

—Eso también lo he pensado yo.

—¿Llevó conscientemente a todos esos magos a morir? ¿Hay alguna razón por la que pudiera querer quitarlos de en medio?

—Hace horas que contemplo esa posibilidad. Has señalado algo muy interesante, sin duda... —La ésril se apartó el pelo del rostro con un elegante movimiento. El humano intuyó de reojo el voluptuoso baile de sus tirabuzones—. Cuando la visité... dijo que ya sabía que Ilthuriel era un hereje. Quizá asumió que aquellos magos también lo eran y decidió purgarlos. Aunque tengo la sensación de que esa explicación es demasiado sencilla.

—Ahora que conozco el carácter de tu raza, yo también coincidí en que eso es demasiado sencillo. Por cierto, hablando de vosotros... ¿Te puedo preguntar por esa insignia que mencionaste esta mañana?

—He hecho tantas preguntas que no te he dejado a ti ocasión de formular ninguna... ¿Mi insignia de casa ésril? —Belhaldy tiró suavemente de la fina cadena que se perdía dentro de su toga y la mostró. Era una talla de platino no mucho más grande que una moneda. Mostraba el mismo símbolo que la quemadura del brazo de Lénduar.

—¿Dijiste que te protegía? —preguntó él con voz queda.

—Contiene un hechizo para frenar las caídas libres que puedo utilizar para protegerme, sí. Es un objeto mágico común entre la nobleza. Son muy útiles.

—Supongo que tu madre también tiene una igual.

—La suya lleva otro hechizo, aunque desconozco cuál... ¿Por qué me preguntas todo esto? ¿Planeas atacarla? —Se le dibujó una sonrisilla.

—No, qué va. Sé que sería completamente inútil. Sólo me pregunto cómo podría interrogarla respecto a sus intenciones ocultas con todo ese asunto de los magos, Ilthuriel y ese complot religioso en el que has interferido.

—Uh... ¿espada en mano? —Se inclinó hacia delante apoyando las manos en el borde de la silla que asomaba entre sus muslos—. ¿Estrangulando su cuello mientras le exiges sumisión?

—No, yo...

—Es una imagen muy excitante, ¿lo sabes, no? Tú y tu precioso pelo rojo sometiendo a la mujer más poderosa de Terraverno... Un conquistador implacable.

Lénduar no supo qué decir. No se veía a sí mismo reaccionando de una forma tan abiertamente violenta ni siquiera contra Kalidra... No para interrogarla, por lo menos. Si debía defenderse, por supuesto que blandiría su espada (o la que tuviese a mano mejor dicho) y derramaría tanta sangre como fuese necesario. Pero lo haría de un modo limpio y honrado, como un guerrero que protege al inocente y no como un matón intimidante.

—No creo que eso vaya a ocurrir, Belhaldy.

—¿No? Es una pena... La actitud despiadada te daría un atractivo irresistible. —La afirmación era lo suficientemente absurda como para resultar entrañable, y logró que Lénduar estirase la comisura de los labios en una frágil sonrisa.

—Cuando dices esas cosas me da la impresión de que te burlas de mí.

—Hablo completamente en serio. Aunque comprendo que me malinterpretes...: has sido irresistible para mí desde el primer instante. Parece estúpido afirmar que existe un grado superior de atracción cuando ya es superlativa. Hm... Oh, cuando te vi tirado en el suelo de mi salón, inerme, completamente maleable con esa cabellera tan viva... Todo desapareció a mi alrededor.

—Te sigues burlando —afirmó, abochornado por el tono salaz de la ésril. ¿Podría volver a entibiar sus ánimos alguna vez...? Hacía algunas horas que parecía imposible.

—No. Ni te imaginas las cosas que se me ocurrieron en aquellos instantes. Creo que lo más delicado que pasó por mi mente fue tomarte ahí mismo, delante de todos mis invitados. Hacerte mío, aprovecharme de tu vulnerabilidad. Normalmente mis fantasías son más elegantes... como la de quedar suspendida en el aire a merced del hechizo de levitación de mi acompañante, sujetándome sólo gracias a su...

Lénduar la arrancó de la silla y la empotró contra la pared sin más. Su torso se apretó contra el pecho de la ésril para retenerla a su altura, y sus manos le estrujaron los glúteos para saciar un inminente capricho. Después, meciendo las caderas con impaciencia en busca de una posición apropiada, guio las piernas de Belhaldy para que se enroscasen en torno a su talle.

Era imposible que la elfa pasase por alto su erección.

—Yo no entiendo de magia —le susurró el guerrero en un oído—, pero si lo que quieres es sentir que flotas...

La ésril ronroneó de placer. Dio rienda suelta a sus manos hundiendo las uñas en el jubón de cuero del guerrero hasta desgarrarlo. Incapaz de reprimir su ansia, le arañó la piel de la espalda y le mordió el cuello y la boca.

—Por fin eres mío —gimió comenzando a forcejear con el pantalón de Lénduar. Sin saberlo, acababa de activar un resorte en su compañero que desembocó en un golpe sordo contra la pared. Se quedó paralizada por el susto a pesar de que ni siquiera la había rozado. Parpadeó y miró a su alrededor: el puño del guerrero permanecía apoyado sobre el punto que había golpeado.

Él le soltó las piernas y la devolvió al suelo abruptamente.

—¿Tuyo?, no puedo... ¡No puedo entregarme a alguien que me ha hecho su esclavo! —Golpeó de nuevo la pared, rabioso consigo mismo.

Se marchó muy rápido.

Belhaldy se dejó caer sobre sus temblorosas piernas intentando comprender lo que acababa de ocurrir. Muy disgustada, se limpió un fino reguero de saliva que resbalaba hasta su barbilla usando el dorso de la mano. Rastrilló su cabello con los dedos, enviándolo totalmente desordenado hacia la parte de detrás de su cabeza. Detectó unos pasos ligeros y nerviosos.

—Señorita Vrammoryn, tiene visita —anunció Élikat. La observó tratando de reprimir su extrañeza tras haber valorado la escena—. Se trata de la sacerdotisa Alezhra Glannarden... Y dice que es urgente.

—Hazla subir... —murmuró. Luego cambió de opinión. No quería estar en ninguna habitación de su casa donde hubiese cruzado palabras con Lénduar. Subió el tono—. No. La recibiré en el cuarto de invitados.

La napea titubeó.

—¿Aviso de su alojamiento al resto del...?

—No preguntes estupideces si no quieres que te arranque la piel de la espalda con unas disciplinas de hierro.

Sólo tuvo que apoyar la punta del pie en el interior de su casa para que las frentes de todos sus esclavos se precipitasen contra el suelo. Reverenciada por temor más que por respeto, Kalidra se dirigió directamente al segundo piso sin necesidad de prestar atención a sus criados. Tenía poco tiempo para refrescarse antes de acudir a cerrar su próximo acuerdo. Resopló, y esa fue la única forma en que expresó su agobio. Sabía que en pocos días morirían todos si no podía evitarlo... y ya había asumido que no podía evitarlo. Sin embargo, sabía que

estaba en su mano mover los hilos de tal forma que la ciudad quedase salvada y, a ojos de los zendaluríes, el mérito fuese todo suyo.

Cerró la puerta de su dormitorio. Dos esclavas ésril la ayudaron a desvestirse, le aplicaron conjuros para eliminar cualquier rastro de sudor o suciedad de su piel y le rociaron perfume. Mientras terminaban de desenredar su pelo para recogerlo de nuevo, otro esclavo llamó a la puerta.

—Señora, tiene visita.

—¿Es que no he perdido ya bastante tiempo en el templo? —murmuró con hastío—. He tenido que posponer mi reunión con Quiwranat y puedes imaginarte lo mucho que eso me disgusta.

—Se trata del humano.

—Que entre. —Cuando hablaba parecía un felino emitiendo melódicos rugidos. Un tigre o una pantera que no perdía su aristocracia por más que aullase.

En pocos minutos, Kalidra bajó a su salón para atender a su visitante. Iba preparada para salir de casa dándole a entender que no tenía intención de entretenerse con él más de lo necesario.

Lénduar, cuyo aspecto era sobrecogedor por la frustración que se leía en su rostro, la saludó cabizbajo.

—¿Qué quieres, humano?

—Vengo a avisarte de que mañana va a ocurrir algo —dijo con voz monocorde. Miraba fijamente el suelo.

—¡Vaya! Pero si has abandonado esa insolente costumbre tuya de mirar a tus superiores a los ojos —se burló la matrona—. Dime más.

—No puedo dar muchos detalles porque no se me han revelado... Pero ocurrirá algo grande. Una concentración de herejes.

—¿Qué? —Entrecerró los ojos sutilmente. Dos medias lunas del color del lapislázuli separaban la intrincada partida de ajedrez que se gestaba en la mente de Kalidra Vrammoryn del exterior.

Un par de esclavos dejaron de limpiar y se marcharon disimuladamente intuyendo que los problemas se avecinaban.

—Belhaldy se ha aliado con los herejes.

—Ya —replicó cortantemente la sacerdotisa. Aunque había sonado escéptica, en realidad se preguntaba hasta qué punto el episodio de la muerte de Ilthuriel y lo sucedido en el templo Glannarden podían formar parte de un engaño que enmascarase una conspiración herética. Si así había sido, podía sentirse orgullosa como madre, pues Belhaldy había logrado sorprenderla... A pesar de que *evidentemente* llevaba las de perder.

Tomó asiento en una butaca y se las ingenió para que diese la impresión de

que se hallaba en un trono.

—Será por la tarde. Sé que está implicado un mago llamado Khastan. Me ha parecido que era el amante de su hija.

La madre matrona enarcó una ceja.

—Veo que estás esforzándote mucho para que te devuelva tu libertad, humano.

—Ese era el trato —replicó Lénduar.

—Mañana disolveré su reunión. Y ahora desaparece.

—No deberías ir sola. Lleva contigo a un tribunal que pueda juzgar tanto a Belhaldy como a sus aliados. —Lénduar, como fiel seguidor de Tykemis, no podía concebir que la justicia se impartiese arbitrariamente.

—¿Tribunal? Yo tengo la potestad de juzgar a quien quiera. Soy la elegida de la diosa, humano ignorante. Deja de importunarme o la única libertad que encontrarás será la de sumergirte el en abismo.

—Si no he entendido mal... son cerca de doscientos herejes. Hazme el favor de asegurarte de que alguien te cubre las espaldas... Si mueres nadie podrá concederme la libertad.

—¿Acabas de darme una orden?

Hubo un chasquido. Lénduar lo había escuchado previamente en aquel hogar, pero esta vez podía identificar su origen con claridad gracias al conjuro para ver en la oscuridad: Kalidra se había desenrollado un látigo que llevaba oculto en el cinto y lo había hecho restallar. También vio de refilón una redoma que debía de contener el em'bo con el que le había drogado antes de ofrecerle como regalo en la fiesta de cumpleaños de Belhaldy.

—¿Vas a herirme? Tu hija recelará si aparezco en su casa lleno de latigazos.

—Tranquilo —el aire silbó junto a su oreja—, conozco muchos hechizos de curación.

Diez minutos después, la espalda del guerrero presentaba sinuosas heridas (mezcla de atauriques y runas) que se abrían y sangraban. Kalidra, que había aprendido a regodearse en el sufrimiento ajeno de un modo mucho más psicológico que la mayoría de los ésril... mucho más íntimo..., apenas componía una expresión de satisfacción mientras hacía bailar el látigo.

—Señora —interrumpió una esclava—. Tiene otra visita.

—Mi hija y sus estupideces, este insolente humano... Hoy no atiendo más visitas —declaró pasándose los dedos por la cara. Una gota de sangre había volado hasta su mejilla.

—Pero esta es la visita que estaba esperando...

Kalidra meció las manos y sanó de inmediato las heridas de Lénduar.

—Fuera. Deprisa.

Entre las amplias paredes de la acomodada habitación de invitados, Belhaldy erigió las barreras que impedían que ningún ésril localizase sus puntos débiles. Su sensibilidad y su ternura, tejidos blandos ignominiosamente vulnerables, se hallaban en carne viva por culpa de Lénduar... y no podía permitir que nadie lo descubriese.

Se apoyó contra el escritorio vacío fingiendo desenfado.

La puerta se abrió al cabo de un par de minutos y entró su prima segunda, Alezhra Glannarden, envuelta por la misma procaz toga transparente que ya había exhibido ante Xadraliss en el templo.

—Y yo que pensaba que ayer había quedado todo dicho —señaló Belhaldy. Había pretendido sonar divertida y burlona con ese toque afilado que caracterizaba su conversación, pero no lo logró. Ni siquiera fue consciente de la apatía que expresó.

Alezhra se situó frente a ella.

—Ayer quedó dicho todo lo que debía ser dicho ayer. Hoy hay novedades.

—¿Ah, sí? —Con amargura, Belhaldy dedujo que su caída en desgracia ya había llegado a oídos de las sacerdotisas Glannarden y que Alezhra quería tener la última palabra respecto al dolo en el que se había visto involucrada el día anterior.

—Reconozco que me decepcionó mucho la forma en que terminó tu visita. Disfruté de tu compañía y de tus promesas, ¿acaso a ti no te agradó lo que te ofrecí?

—Ayer me agradaba.

—¿Hoy no...? —Alargó sus manos, parcialmente envueltas por unos guantes de tul poco convencionales que conjuntaban con su toga, y envolvió en ellas la cabeza de Belhaldy. Le recorrió el cabello con movimientos delicados.

—Hoy no. —La maga desvió algunos de sus mechones lejos del alcance de Alezhra, como si le molestase que su invitada manipulase esos en concreto.

—Podemos resolverlo. Verás, siempre he oído hablar de Kalidra como una auténtica experta en la manipulación y en los negocios, y de ti como una de las mentes con más potencial de Terraverno. Quizá sea exagerado, quizá no, pero lo tuve muy presente y me llevó a valorar enormemente las observaciones que realizaste sobre la incapacidad de tu hermana menor, Xadra... la pequeña araña. —Belhaldy no recordaba haber mencionado el sobrenombre de su hermana menor el día anterior—. Es adorable, es... ganado.

—¿Ganado? ¿Quién tendría una granja de zorras?

Muy a su pesar, la sacerdotisa quebró el ambiente amenazador que estaba

esforzándose por obtener al soltar una risita.

—Desea tomar las riendas de cuanto la rodea con tal fervor que es increíblemente fácil hacerle creer que lo ha conseguido. Está completamente predispuesta a ello, así que no cuesta nada convencerla de que tus decisiones son en realidad las suyas. Supongo que no te revelo nada que desconozcas.

—¿Es que has estado en el templo? —Aquello le dio mala espina a Belhaldy. Se avecinaban graves problemas. Su madre era cruel, pero disponía de un plan para protegerse de ella. Sus hermanas eran dañinas pero predecibles... De Alezhra, en cambio, no sabía qué esperar.

—Exacto. —Sonrió. Le satisfizo ver que la maga comenzaba a ponerse tensa. Enroscó uno de los tirabuzones de Belhaldy en su dedo índice.

—Si has obtenido algo útil de Xadraliss es que tienes un don, amiga mía.

—Oh, ¿volvemos a ser «amigas»?

—¿Es que lo habíamos dejado de ser?

—Bueno... —Alezhra cerró el puño y tiró con fuerza del pelo de su prima. La condujo hasta el suelo, donde Belhaldy rodó. Antes de haber terminado de girar sobre sí misma empuñaba el pequeño cuchillo que había hundido en la espalda de Lénduar. Se incorporó en actitud defensiva—. ¿A ti qué te parece, Belhaldy?

—Pues me parece que estás resentida porque te he utilizado... pero esa no es razón para romper una amistad, ¿no crees? —Empuñando aún el cuchillo, Belhaldy tomó asiento en la cama. Cruzó las piernas remilgadamente mientras forzaba una leve sonrisa lunática; palmeó el sitio a su lado. Alezhra tomó asiento sin mostrarse intimidada por el arma.

—Entonces estamos de acuerdo. Al fin y al cabo, si nuestra amistad se hubiese roto... yo no habría venido a contarte lo que he descubierto.

—Te escucho.

—Bien... Tu madre, al igual que tú, es consciente de las limitaciones de tu hermana menor. Nunca ha pretendido legarle nada. De hecho, su intención es sobrevivirla y enterrarla sin molestarse en mover un solo dedo en pos de acelerar ese objetivo... Así de nimia la considera. —Alezhra pasó los dedos por las piernas de su anfitriona. Desganada, Belhaldy ignoró sus atenciones, aunque hizo desaparecer el cuchillo tan rápido que a la sacerdotisa le pareció que se había evaporado mientras pestañeaba.

—Invertir energía en Xadraliss es desperdiciarla.

—Xadraliss no es el objetivo de sus planes, ¿sabes? Ah, pero no lo sabes... Kalidra no ha compartido sus propósitos con nadie. Aunque eso no me ha impedido averiguarlos.

La más joven cruzó los brazos. No creía que el ansia de Alezhra por

vengarse del episodio en el templo Glannarden pudiese llevarla a exponer una mentira tan poco creíble. Era más astuta que eso. Seguramente decía la verdad por improbable que pareciese, y cabía la posibilidad de que hubiese descubierto algo relacionado con los planes donde Belhaldy se había inmiscuido durante su visita al templo... lo que significaba que Alezhra creía que tenía el futuro de la primogénita Vrammoryn afianzado en sus gráciles manos. Faltó muy poco para que un acceso de risa histérica dominase a Belhaldy. ¿Cómo iba Alezhra a saber que en menos de veinticuatro horas ella estaría fuera de Zendalure?

—Comprendo —dijo escuetamente. No quería que Alezhra percibiera su indiferencia—. ¿Cuál es ese sentido?

—Te daré una pista... —Consciente de que aquel iba a ser un momento triunfal, la sacerdotisa hizo una pausa para crear expectación. Intuía que no había conseguido impresionar todavía a su anfitriona, pero estaba segura de que eso cambiaría en cuanto hablase—. El accidente de la expedición que lideró Kalidra no fue tal cosa. Estaba planificado, forma parte de un estricto plan.

En un reflejo que delataba el parentesco con su madre, Belhaldy entrecerró los ojos. Alezhra había logrado intrigarla, aunque no había sido por la asociación de conceptos que ella ya había hilado previamente, sino por el hecho de que afirmase conocer la finalidad de los actos de su madre.

—¿Qué es lo que sabes? —indagó.

—Sé que ya me has traicionado una vez y que no has mostrado remordimiento alguno, lo que me hace dudar si quiero compartir contigo lo que he descubierto. Es muy probable que vuelvas a hacer lo mismo que ayer, ¿no? Sería estúpido por mi parte. —Hubo resentimiento en su última frase.

—No tienes forma de saberlo. Deberás confiar en que me preste a devolvarte el favor... como hice ayer.

—Ambas sabemos que no tienes intención de devolver nada ni de mover un solo dedo por mí si eso no te proporciona algo a cambio. No me trates así, no te beneficia. —Era la amenaza más refinada que Belhaldy había oído en mucho tiempo, aunque no podía tomarla muy en serio porque sabía que todo aquello tenía un día de caducidad—. A nadie le gusta deber favores. Si cumples un favor, pierdes tu utilidad y adquieres el peligroso privilegio de poder exigir servicios a aquel que se benefició en primer término.

—Entonces no puedo esperar que seas amable ni desinteresada conmigo.

—Evidentemente.

La sacerdotisa se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el colchón. Tomó aire pausadamente antes de recostarse sobre uno de sus codos.

—Entonces has venido por negocios. ¿Qué es exactamente lo que quieres?

—Creía que jamás me lo preguntarías... —Se había acomodado sobre la

cama con tal presunción que dio la sensación de que se hallaba en su propia alcoba soportando una tediosa visita por parte de Belhaldy—. Cumple lo que me prometiste en un primer momento: consígueme esta ciudad.

—Suponiendo que esto no fuese un vulgar chantaje —alzó una mano para indicarle a Alezhra que no interrumpiese, pues había hecho además de protestar —, justifícame las razones por las que serías la persona indicada para gobernar Zendalure cuando no eres capaz de hacerte con el liderazgo.

—No es cuestión de que yo pueda o no por mí misma... es cuestión de que juntas lo conseguiríamos. La fortuna que ha adquirido tu madre sería para toda la ciudad. Podríamos transformar esta pequeña cueva de diez mil habitantes en la mayor capital comercial de Terraverno. Piénsalo: Zin'Zendal produce magia y magos de gran calidad. Nuestro poder, llevado tanto por una sacerdotisa como por una maga, sería invencible. —Cogió las manos de Belhaldy—. Seríamos imparables.

—No. Claro que no. Lo que quieres es lo mismo que mi madre: dominar la ciudad desde el sacerdocio teniendo un lazo indestructible con Zin'Zendal para que tu flujo de poder y riqueza sea incalculable... No ganaré nada. Si acepto, la única diferencia respecto a la situación actual será que tú ganas una esclava y... Nadie en su sano juicio desearía serlo.

Se interrumpió. Sin mediar palabra, abandonó la estancia dando un portazo. Alezhra la siguió algunos instantes después. La buscó por toda la casa (cuya disposición no conocía) y, al no poder localizarla ni a ella ni a nadie del servicio para que la ayudasen, tuvo que recoger a sus guardaespaldas de la puerta y marcharse.

No obstante, no se había rendido.

Belhaldy aporreó frenéticamente la puerta de los desabridos aposentos de los esclavos.

—¿Necesita algo, señora? —preguntó la grotesca voz de su soldado semiorco. Pasaba por allí de camino a las rudimentarias sesiones de hechizos de aseo que la ésril les obligaba a aceptar tras los entrenamientos para no tener que oler su sudor (los esclavos no eran tan valiosos como para concederles el lujo del agua).

—¿Está Lénduar dentro?

—Ya le he dicho que algunas razas necesitamos dormir *de verdad*, ¡y durante ocho horas! —replicó el semiorco, que no había entrado en los dormitorios durante las últimas horas pero estaba harto de intentar que los elfos oscuros comprendiesen su necesidad de descansar.

—Hazle saber que en cuanto se despierte debe contactar conmigo.

CAPÍTULO 8

Día 13 del Quinto mes de 1765.

Belhaldy se hallaba recostada en una de las hamacas con forma de telaraña del patio interior de su mansión. Se había escondido allí mientras el servicio atendía a la esposa de Khastan, pues no se sentía con ánimos de conocerla.

Su humor era muy inestable en aquellos momentos.

—Le han traído esto, señorita —anunció más tarde uno de sus esclavos ofreciéndole una bandeja con un sobre (sin duda, la lista de conjuros de la que su instructor le había hablado) y una taza humeante—. Su infusión.

Cuando volvió a quedarse sola, la maga se irguió para beber. Se aseguró de que su té no estuviese envenenado y lo apuró con ansia. Se suponía que tenía efectos relajantes.

Reflexiva, dejó la taza en el suelo y regresó a su alcoba. Se dispuso a examinar el sobre sentada en su escritorio, pero su vista dio con su preciado cuaderno de estudios.

En cierto modo, se derrumbó.

«Y ahora... ¿qué?», se preguntó. Aquel objeto era la prueba inequívoca de que su lugar no estaba en Terraverno, y por fin tomaba consciencia de ello.

Nada la anclaba allí.

Su único interés era la magia arcana. Nunca había sentido el fervor que el resto de elfas oscuras manifestaba hacia la posición de su madre, ¿qué podía resultarle atractivo en el clero cuando el poder de este dependían directamente del humor de Latro? Si lo comparaba con su magia, cuya preparación y progreso le pertenecía exclusivamente a ella, sólo le inspiraba rechazo. Constantemente se preguntaba por qué accedía a perder el tiempo en un ritual, por qué se prestaba a lidiar con el resto de la aristocracia o por qué agasajaba a sacerdotisas en lugar de experimentar con la magia arcana. La conclusión a la que había llegado con el paso de los años era que poseía una personalidad mucho más severa y disciplinada que el resto de las ésril.

Sin embargo, su madre se había empleado a fondo para asegurarse de que

su primogénita fuese digna de su apellido. Le dedicó un trato frío para endurecer su corazón y la colmó de caprichos materiales para estimular su egoísmo. Dejó su formación intelectual en manos de abundantes instructores antes de ingresarla en Zin'Zendal y desentenderse por completo de ella en favor de su independencia.

No era ni más ni menos que la educación estandarizada entre la nobleza ésril. Estaba tan extendida que Belhaldy jamás se planteó cuestionar su funcionalidad.

De este modo se mimetizó con la sociedad para la que había sido formada y obtuvo el sobrenombre de «malcriada de Latro» en el proceso. Nadie sospechaba lo poco que respetaba al clero. Seguía siendo consciente del impulso que la instaba a prestarle menos atención a las intrigas para centrarse en el desarrollo de hechizos complejos, pero ignorarlo no era un gran sacrificio a cambio de las cuantiosas comodidades y de los magníficos dones de los que gozaba.

Pero Lénduar había alterado por completo esta percepción de la realidad.

Inicialmente, Belhaldy había encontrado humillante la idea de que alguien cuidase de ella, pero cuando el oslhyriano le habló del dominio de la raza humana sobre Faerûn... cientos de diminutos mecanismos oxidados se activaron en su mente para desentumecer unas inquietudes latentes. No supo gestionar su desconcierto: se burló débilmente de los valores de Lénduar, los denostó porque la hicieron sentirse insegura respecto a su modo de entender la vida y, finalmente, asimiló la devastadora paz que le brindaban.

Los reveses en su suerte, lo aciago de su futuro... el siempre presente afán por sobrevivir... todo se había conjurado para que la bondad de aquel pelirrojo iluminase su camino.

Semejante cambio resultaba infinitamente aterrador.

Una voz (la de las comodidades y costumbres arraigadas en ella, la voz de su naturaleza ésril) le sugería apasionadamente que olvidase aquello y tomase las riendas de Zendalure. Podía aliarse con Alezhra para hacerse con el control de la caverna, dejar que Khastan resolviese la crisis, ejecutar a Kalidra y convertir a Lénduar en su esclavo sexual particular... Era lo más inteligente, lo menos arriesgado y, sin duda, le otorgaba beneficios muy jugosos.

Entonces ¿por qué aquella opción no conseguía seducirla...?

Divagó durante horas en su habitación hasta que alguien llamó a su puerta, sobresaltándola.

—¿Qué? —ladró.

—Soy... yo —replicó la voz del humano. Belhaldy abrió la puerta rápidamente y le hizo entrar—. Tengo algo que decirte. Es muy importante que confíes en mí y no cuestiones lo que va a ocurrir. Hay un plan detrás...

La chimenea de la habitación estaba encendida. Ahora que el guerrero podía ver en la oscuridad, aquel foco de luz se asemejaba al sol y le resultaba imposible mirarlo directamente. Dolía.

—Lénduar... Yo también tengo algo que decirte.

—Espera, no he terminado...

—Por favor, llevo toda la noche esperándote... —La ésril giró la cabeza hacia la otra punta de la habitación; en la chimenea había un hierro candente. Instintivamente, el guerrero tembló mientras su cuerpo ganaba tensión y adrenalina al recordar el intenso dolor de haber sido marcado a fuego... pero antes de haber podido reaccionar, descubrió que Belhaldy acababa de arrodillarse y le ofrecía su brazo—. Tengo una gran deuda contigo. Te he hecho cosas horribles... y no sabes cuánto me arrepiento. Anoche, cuando me mostraste cómo te sentías por medio de aquel rechazo... comprendí que sólo podía reparar el agravio al que te he sometido de una forma: por favor, Lénduar, acéptame como tu esclava. Márcame con ese hierro, tiene tu inicial en letras humanas.

La boca de Lénduar (rodeada por una hispida barba cobriza producto de algo más de veinticuatro horas sin afeitarse) quedó desencajada por la sorpresa.

—¡No! —Negó frenéticamente mientras incorporaba a la ésril—. ¿Cómo se te ocurre algo así?

—Déjame hacer esto por ti... Necesito desde lo más hondo de mis entrañas que te sientas bien. Ponme unas cadenas y un collar, dame órdenes abusivas, llevaré la ropa que tú dispongas —insistió. El humano la silenció con uno de sus dedos. Descubrió que los labios de la ésril poseían el tacto de una fruta madura cuyo interior rebosaba almíbar. Se detuvo involuntariamente para admirarlos: parecían una voluptuosa talla de obsidiana pulida expuesta sobre carbón fino y poroso. ¿Su cuerpo presentaba aquel sugestivo contraste en más zonas...? ¿Los pechos, quizá? ¿O...?

Avergonzado, atajó esos pensamientos.

—He vivido lo que es ser un esclavo y no se lo deseo a nadie —susurró. Su voz sonó un poco más ronca de lo normal—. Y menos a ti.

—Oh... ¿Y qué puedo hacer para ponerle fin a tu malestar? Esto es una locura... Sólo puedo pensar en tu felicidad. ¡Tengo impulsos absurdos! Siento que quiero afianzarte a mi lado de alguna forma; te propondría un enlace matrimonial a pesar de que sé que no obtendría ningún beneficio anexionándote a mi casa noble... ¿¡Qué me pasa!?

Conmovido, Lénduar la rodeó con uno de sus brazos y la atrajo hasta su pecho. La abrazó.

—Tranquila... No eres la única que siente esos impulsos —aseguró—.

¿Aún me consideras tu esclavo?

—Por supuesto que no. —Lénduar se inclinó para besarle la frente—. ¿Qué era lo que ibas a decir?

—Un momento. Oigo algo.

«Le he ofrecido todo: la ciudad, el conocimiento... Y no ha servido para tentarla. ¿Por qué he vuelto a venir...?», se preguntó Alezhra frente a la mansión de Belhaldy Vrammoryn. La escoltaban sus guardaespaldas, dos sacerdotisas armadas con sendas lanzas que lucían sobre la frente unas finísimas diademas decoradas con espinelas.

Antes de que la matriarca Glannarden pudiera seguir analizando las razones que la habían llevado a convertir a aquella joven maga en la última esperanza de salvar a su familia del declive social que la consumía, percibió algo raro. La puerta de la mansión estaba abierta. Nadie entraba, nadie salía. No había ningún tipo de movimiento alrededor. Inclinó la cabeza para señalar aquella anomalía y sus subordinadas se adelantaron con las armas listas.

—¿Hola? —preguntó Alezhra desde el umbral. Podía sentir la turbulenta reminiscencia de la magia divina ofensiva.

«Kalidra», pensó. Aceleró el paso automáticamente hasta dejar atrás a sus acompañantes y se adentró en el pasillo que llevaba a la habitación donde la habían recibido la tarde anterior. Supo que allí no había tenido lugar el conflicto mágico que percibía: tenía que haber sido en la planta superior. Regresó hasta alcanzar las escaleras y escuchó un fuerte ruido que la guio hasta la parte de detrás.

Allí, en los aposentos de los esclavos, encontró una curiosa escena en marcha.

—Es así como has sobrevivido estos ocho años, ¿eh? —Un varón humano, enorme para los cánones de Alezhra, sostenía a una diminuta criatura por el cuello. La sacerdotisa conocía a esa pequeña hembra: era Élikat, la esclava favorita de Belhaldy. La había visto en más de una ocasión. A juzgar por sus ensangrentados globos oculares, el interrogatorio llevaba en marcha un rato.

—Exijo una explicación —declaró Alezhra con firmeza. Sus dos vasallas se adelantaron blandiendo con gracilidad sus lanzas. El humano se giró hacia las recién llegadas con unos ojos desquiciados que revelaban que se hallaba completamente fuera de sí.

—Entonces ambos queremos lo mismo —aseguró. Arrojó a Élikat al suelo y dejó que trastabillase entre las pinturas y los cuadros. Lloriqueaba.

—¿Dónde está Belhaldy?

—Por lo que sé, podría estar muerta —gruñó Lénduar con rabia contenida. Golpeó con su puño un caballete en miniatura y lo destrozó. El lienzo cayó hasta quedar violentamente empalado en la madera rota. Las astillas rasgaron el tejido —. Su madre la quiere muerta y esta imbécil se la ha entregado en bandeja.

—¿Habría sido mejor dejarme matar? —preguntó Élikat, desesperada.

—Preferiría morir conservando mi honor antes que vivir al servicio de esos degenerados. —La rotundidad del guerrero dejó sin habla a Alezhra. Jamás había sido insultada por un varón... y mucho menos humano. Una de sus doncellas alzó levemente una ceja, ofendida.

—¿Vas a decirme que no estás cometiendo las mismas bajezas que yo con tal de sobrevivir? ¡Sé que os revolcáis por los muebles y pasáis las noches juntos!

Lénduar tuvo que contenerse para no cometer el error de ejecutar a una civil indefensa y temblorosa. En su lugar, gritó mientras tiraba los cuadros y golpeaba los cubos de pintura hasta que Alezhra le indicó a sus sacerdotisas que intervinieran. Fue reducido con facilidad, y puesto de rodillas.

La ésril que había enarcado la ceja se mostró notablemente más brusca que la otra, aunque el oslhyriano no se percató.

—Quiero saber qué ha ocurrido —indicó Alezhra con un tono sorprendentemente razonable.

—Kalidra ha venido a por Belhaldy. Oí un ruido. Supe que ocurría algo pero de alguna forma quedé inconsciente, supongo que fue un hechizo porque no tengo heridas. El caso es que, de repente, estaba en el suelo viendo cómo se la llevaban a rastras... envuelta en cadenas. Me pareció que inhibían su magia, porque la vi intentando usar hechizos sin resultado. Kalidra le ha dado las gracias a esta patética cobarde antes de desaparecer, por eso estoy tratado de sonsacarle lo que sabe.

—Comprendo.

Con un movimiento rápido, Alezhra agarró uno de los pequeños brazos de Élikat. Extrajo un vial (aparentemente de su manga) y lo hizo girar entre los dedos con la precisión de un tahúr mientras retiraba el corcho que lo cerraba. Derramó una única gota en el dorso de la mano de la napea y el líquido comenzó a disolverle la epidermis.

Élikat chilló de dolor y de pánico. Brotó humo. El hedor de la carne corroída se extendió rápidamente.

—¡Por favor, por favor, por favor! —sollozó la diminuta esclava. Lénduar apartó la vista. A pesar de su ira, aquello no era lo que él deseaba. Normalmente no lo habría consentido, pero... había cambiado desde que había llegado a Terraverno. Ahora su moral no era pura. Su inocencia había quedado

irremediablemente mancillada. ¿Cómo obtendría el perdón de Tykemis si ya no se sentía digno de él...?

—Habla de una puta vez y acaba con esto —le pidió a la ninfa con impotencia. La guardaespaldas que se había ofendido subió rápidamente la punta de su lanza para mantenerlo a raya.

—¡He hecho creer a Kalidra que su hija planeaba arrebatárle el control de la ciudad tergiversando el contenido del cuaderno de Belhaldy! —chilló Élikat—. ¡La convencí de que su hija la destituiría si resolvía lo de la erupción! ¡Por eso no quise llevarte conmigo al mercado, iba a la hacienda de mi ama! ¡He estado robando los pergaminos que Belhaldy inscribía para teleportarme allí e informarla! ¡Kalidra me ha protegido, me ha concedido la visión en la oscuridad y otros dones para desenvolverme mejor en esta pesadilla! ¡Ha venido porque anoche le dije que su hija por fin había creado el hechizo para acabar con la crisis y era ahora o nunca! —Lénduar comprendió que su sesión de latigazos a manos de Kalidra se había visto truncada por la llegada de Élikat. A su vez, Alezhra intuyó por qué no había logrado encontrar a nadie del servicio para que la guiase hacia la salida.

La matriarca Glannarden soltó a la napea, que temía no volver a poder usar la mano para pintar; retrocedió hasta la pared y allí se quedó, hinchando y desinflando violentamente el pecho mientras su raída blusa se llenaba de lágrimas y mocos.

—¿Y la ha secuestrado para obligarla a usar ese hechizo? —preguntó Lénduar sin que el ímpetu de la cólera le abandonase.

—Eso parece... —murmuró Alezhra—. Sin embargo no es de tu incumbencia, *varón*. —Lograba pronunciar aquella palabra de tal forma que la convertía en el peor de los insultos.

Mientras tenía lugar un encarnizado intercambio de miradas entre la sacerdotisa y el guerrero, Élikat se esfumó. Aún conservaba algunos pergaminos inscritos.

Reapareció en el recibidor de la hacienda familiar de los Vrammoryn. Recorrió sus laberínticos pasillos hasta llegar a la cámara de tortura. Allí encontró a Kalidra. La imponente madre matrona se masajeaba las sienes con las yemas de los dedos. Belhaldy estaba desmayada en el suelo, prisionera. Aún llevaba las cadenas inhibitoras.

—¿Por qué me interrumpes? —preguntó Kalidra sin haber reaccionado en modo alguno ante la llegada de la napea.

—Yo...

—Quieres aquello que se te prometió, ¿no es así?

—Es mal momento...

—No. Estoy harta. Se resiste a ser controlada... —En su rostro apareció un atisbo de cansancio—. Aquí tienes.

Hurgó en una bolsa de componentes que había dejado apoyada sobre un altar repleto de instrumentos de tortura. Mientras organizaba los materiales, alzó un catalizador divino de Latro (una viuda negra de obsidiana) que reforzaba la potencia de su magia. Sus manos realizaron movimientos fluidos con una severa exactitud fruto de la práctica más estricta. Súbitamente, Élikat temió; se encogió al ocurrírsele que podía tratarse de un engaño y ese sería su final, pero poco a poco comenzó a sentirse mejor. Las magulladuras que le había ocasionado Lénduar quedaron borradas así como las heridas que Belhaldy le produjo con la fusta. No lo supo, pero la cicatriz de las tijeras desapareció también. El lacerante dolor de su mano descarnada tardó más, pero se esfumó finalmente. Su punto de vista fue situándose más alto; su esqueleto y su musculatura crecieron.

El resultado fue mucho más grato que un trago del mejor de los licores. Se sentía ágil, aguda... No sufría ningún tipo de dolor. Alzó sus manos, ahora del mismo gris que un cielo tormentoso, y soltó un hipido que pretendía ser una risa.

—Soy una ésril —jadeó—. Por fin.

—Bienvenida a la casa noble de los Vrammoryn, Élikat. Te buscaremos un nombre apropiado y pronto conocerás tus nuevas órdenes. —El tono de Kalidra fue absolutamente impersonal. Para ella un esclavo era un esclavo, y le importaba bien poco la raza que ostentase mientras pudiese utilizarlo para mantener vigilada y controlada su ciudad.

—¿Necesita algo más, señora? —preguntó Élikat con su nueva voz, que ahora era la que cualquiera esperaría oír en una elfa oscura.

—No. Vete.

Autoritaria y tajante, la sacerdotisa aguardó a que su espía favorita hubiese abandonado la estancia. Luego volvió a centrar su atención en Belhaldy. La había engendrado para que fuese sus ojos en un punto que para ella siempre había sido (y seguiría siendo) ciego: los entresijos de los magos. Se encargó personalmente de favorecer la acerbidad y la astucia en su primogénita para construir a la espía perfecta... pero hacía aproximadamente un mes había descubierto que su proyecto era un fracaso. Élikat se lo había demostrado fehacientemente: su hija se proponía usurparle la posición... por eso resolvió matarla.

Concedora de la enfermiza obsesión que Belhaldy profesaba hacia el color rojo, Kalidra adquirió a un guerrero taheño por medio de unos esclavistas para que sedujese a su primogénita y luego la matase. Lo adiestró personalmente y afianzó su lealtad prometiéndole que le devolvería la libertad en cuanto cumpliera su cometido. Sin embargo, antes de que la sacerdotisa hubiese

consumado su plan... estalló la crisis, y dado el catastrófico transcurso de los días posteriores se vio en la necesidad de aplazar la ejecución; ella sola no podía afrontar los estragos del magma y (según Eikath) su hija trabajaba en un conjuro para revertirlos. Decidió que lo más inteligente era beneficiarse del trabajo de la joven antes de asesinarla. En cuanto el hechizo estuviese listo, Ilthuriel (de inusitada complacencia desde su alianza con la iglesia de Leiurus, el Maestro Bútido) lo pondría en práctica.

Todo estaba perfectamente atado y férreamente controlado en aquel complejo y fructífero plan. Pero Belhaldy se adelantó: Eliminó a Ilthuriel y tuvo el descaro de revelárselo personalmente a Kalidra convirtiéndolo en su responsabilidad: ¡la había confundido a propósito afirmando ambiguamente que había descubierto a un traidor! «Me encargaré del asunto si así lo deseas». «Te ordeno que lo hagas». ¿¿Qué traidor iba a sobreentender Kalidra que no fuese Élikat o Lénduar, ambos completamente prescindibles!?

La madre matrona aceptó con elegancia aquel revés asumiendo su error, pero no se dio por vencida.

—Espabila.

El rostro de la primogénita Vrammoryn se reanimó lentamente. Kalidra la contempló: el hueso bajo el arco de la ceja le sobresalía de tal modo que iluminaba su mirada con una chispa de genialidad; se reconocía en ella a una pensadora. En el resto de su cara sólo captaba lo que el apareamiento había extraído de su encanto y del de Ilthuriel: unos pómulos y una barbilla angulosos, tez fina... pero ¿y la boca? ¿De quién la había heredado? Parecía una muesca recta, pero la voluptuosidad de los labios le otorgaba una flexibilidad capaz de curvarse hasta la dulzura; una cualidad insólita y completamente inaceptable... ¿Había sido siempre así?

—¿Cuánto piensas tardar en matarme? —preguntó Belhaldy con desgana mientras su mueca cobraba ese desapego característico, ese hieratismo al que estaban obligados los ésril si querían socializar sin temor a que sus debilidades aflorasen.

—Tu dramatismo aburre.

Kalidra estaba preparada para proseguir con el duelo mental. La diosa le había otorgado su bendición para que saliese victoriosa.

A su espalda había más de cuarenta metros de caída, y seguramente más de cincuenta. Lénduar procuraba no pensar compulsivamente en ello mientras se esforzaba por intuir la posición de Khastan en aquella área elevada llamada Altar Oréade (hacía unas pocas horas que la oscuridad había vuelto a ser un obstáculo

insalvable para su vista).

—Aquí —susurró el ésril. Lénduar exhaló silenciosamente por la nariz y enarboló la espada de hierro que el mago le había proporcionado.

—No hay vuelta atr... —Una extraña retahíla en lengua ésril le interrumpió. Lénduar desconocía los modismos que diferenciaban la lengua ésril del élfico de la superficie, así que la frase no tuvo mucho sentido para él. Le pareció entender algo sobre arañas o caza—. ¿Qué significa eso?

—Que merecemos la victoria —declaró el ésril a media voz, aunque no reflejó demasiada convicción. Era consciente de que iba a desafiar a Kalidra Vrammoryn en el altar sagrado de la caprichosa deidad a la que ella representaba... para rescatar a Belhaldy, la asesina de su mejor amigo. Lamentando profundamente que su destino estuviese ligado al de aquella a la que él mismo había apodado «la malcriada de Latro», Khastan aunó aplomo y se concentró en preparar un hechizo. En cuanto lo tuvo, irrumpió en Altar Oréade como si la mismísima Tiuna le hubiese asegurado que estaba de su lado y atacó a Kalidra mientras Lénduar le seguía apresuradamente con el objetivo de localizar a Belhaldy.

La primogénita Vrammoryn se encontraba arrodillada en el centro de aquel lugar sagrado con el rostro vuelto hacia el techo. La iluminaban los ocho braseros sacerdotales y, gracias a ellos, el guerrero apreció que sus dedos se movían formando complejos patrones en pos de doblegar la realidad. También vio abundantes fetiches arcanos y componentes mágicos diseminados por el suelo que parecían serpentear bajo la fluctuación de las llamas. Cuando se acercó lo suficiente, reconoció el cansancio en los párpados de Belhaldy así como su mirada apagada y... unos finos regueros de sangre a medio coagular resbalando por sus estrechos dedos negros (¿tal vez la sangre podía potenciar la magia?). La llamó a gritos y ella reaccionó deslizando una mirada lenta y mansa, casi torpe, en su dirección.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la ésril—. Vuelve a casa, iré cuando consiga crear el hechizo que me exige mi madre.

—¿Cómo dices?

A espaldas de Lénduar, las sacerdotisas manifestaban un excelente dominio de la magia arcana para desconcierto de Khastan... ¿Era posible que fuesen magas y sacerdotisas a pesar de que la Reina Terídida sólo admitía a religiosas de linaje noble en sus templos? ¿Magas que resultaba imposible que hubiesen pisado Zin'Zendal dado que él conocía a todos los alumnos de la academia y jamás las había visto...? Antes de que las dudas le desbordasen lo suficiente como para anularle, el instructor recurrió al que poco a poco se estaba convirtiendo en su hechizo preferido: el campo antimagia. Toda la cumbre de

Altar Oréade se vio afectada por el encantamiento, de forma que cuando Lénduar intentó agarrar a Belhaldy con la idea de sacarla de allí aunque fuese a costas, la ésril se encogió sobre sí misma y se llevó ambas manos a la cabeza. Negó frenéticamente y su cabellera se enredó a su alrededor refulgiendo como platino incandescente por efecto del fuego.

—Me ha conseguido hechizar —gruñó entre colérica e incrédula. El humano la obligó a enderezarse.

—¡Tenemos que irnos!

—¿Ah, sí? —Una mano pequeña y fría, con los dedos duros, se posó sobre el brazo de Lénduar. Le despojó de sus fuerzas y lo paralizó. Él recordó la descripción del hechizo de fatiga del que le había hablado Belhaldy sobre el diván. La espada resbaló de su mano hasta el suelo con un ruido sordo.

De un tirón, el recio guerrero fue obligado a girarse. Reconoció a Kalidra gracias a la iluminación pírica y, tras ella, distinguió a las tres sacerdotisas obligando a Khastan a postrarse (su campo antimagia ya no funcionaba, pero había anulado multitud de hechizos). A su lado, Belhaldy intentó contraatacar, pero quedó paralizada del mismo modo que él; tal vez estaba cansada o demasiado alterada como para resistirse al conjuro... o quizá los agresivos intentos de Kalidra por doblegarla habían dañado su voluntad.

—Desde luego, eres mi mayor fracaso —declaró la matriarca Vrammoryn. Se concedió unos instantes para mostrarse sumamente indignada—. Algunos de tus movimientos han sido dignos de orgullo para mí, pero ¿estás segura de querer fugarte de la ciudad que *no has podido arrebatarme* con el esclavo al que *adiestré* para acabar contigo?

—¿Qué...? —La inmóvil Belhaldy trató de hincar su mirada en la de Lénduar con la misma violencia que si sus ojos hubiesen sido picahielos y el rostro de él un gran témpano. El guerrero, hierático, la eludió bajando los párpados.

—Has intentado destruir a la ésril equivocada, niña.

La joven no le prestó atención. Aún bregaba con aquella demencial necesidad de que Lénduar le devolviese la mirada para desmentir las afirmaciones de su madre.

—Lo elegí bien, ¿verdad? —Kalidra adivinó los sentimientos que se escondían detrás de la expresión descarnada de su hija—. El color rojo ya no te parece tan seductor, ¿o sí?

—Cállate —le espetó Belhaldy.

—Anoche incluso vino a buscarme para hablarme sobre tus heréticos planes de fuga junto a Khastan. —La matriarca ladeó la cabeza para abarcar al instructor en la conversación—. Me alertó para que estuviese preparada y

podiera sorprenderos en plena reunión.

Lénduar exhaló lentamente. No dijo nada. Kalidra deshizo el encantamiento que inmovilizaba a su hija para ver cómo esta desataba su rencor y su odio contra el objeto de su afecto: Belhaldy golpeó al humano con los puños en el pecho, los hombros y los brazos. Como él no emitió ningún quejido, tiró de su pelo... pero continuó en silencio. Ella le agarró por el antebrazo con histeria y hundió sus uñas en la quemadura que le marcaba como su propiedad hasta arrancar parte de la costra que se había ido formando.

—¡Eres mío! —chilló desahogada—. ¡¡Mío!!

—No te equivoques, en esta ciudad todo es mío —replicó Kalidra—. Y ahora deja de ponerte en ridículo y termina de una vez el maldito hechizo para que podamos...

Hubo un destello de luz. Todas las ésril presentes se sobresaltaron y se cubrieron desesperadamente los ojos con las manos. La visión diurna de Lénduar no se vio afectada: era su oportunidad. Mientras decenas de pasos parecían rodearles, apartó a Belhaldy de un empujón para ponerla a salvo y se sirvió de su musculoso brazo para derribar a la vigorosa matriarca. Los hechizos volaron a su alrededor, hubo gritos de guerra en la lengua ésril y cientos de amenazas alternadas con plegarias a Latro; pero él tenía claro lo que debía hacer. Luchó. Alejó a Kalidra del centro del altar. La sacerdotisa trató de resistirse y le arañó el rostro a ciegas, hundiendo unas uñas afiladas como garras en su carne hasta que la piel cedió, se rasgó y sangró. A pesar del frenesí, la matriarca Vrammoryn no pudo dejar de percatarse de la insistencia con que el guerrero tiraba del pelo de su nuca, pero para cuando comprendió la razón que había detrás ya era demasiado tarde.

Cayó al vacío.

Lénduar cerró su puño y se alejó de aquel borde dando traspiés. La sacerdotisa le había arrancado un trozo del cartílago de la nariz de un zarpazo. Además le había llenado de cortes y le había partido el labio... pero eso tendría que esperar: Altar Oréade hospedaba una réplica a pequeña escala de la guerra que había conocido en Oslhyr unos años atrás, aunque en esta ocasión no había humanos a la vista... sólo sacerdotisas ésril. La hecatombe de magia divina alcanzó su punto álgido rápidamente y luego remitió, dejando a su paso una estela de fuego provocada por los braseros (al volcarse habían prendido togas, cabellos y demás materiales inflamables) junto al eco de las abundantes plegarias a Latro. Lénduar buscó a Belhaldy temeroso de la suerte que pudiese haber corrido. La encontró viva, pero en un estado que rozaba la catatonía. Se arrodilló a su lado y depositó en sus manos el pequeño objeto que había mantenido a salvo dentro del puño.

—¿Una insignia de casa ésril...? —comenzó a preguntar la aturdida maga. Sus palabras quedaron acalladas por los labios rotos del guerrero. El beso tuvo sabor a sangre, pero Belhaldy no tuvo tiempo de asimilarlo porque un tirón la alejó rápidamente del humano.

Se encontró acurrucada en el regazo de su prima segunda, Alezhra Glannarden (que parecía profundamente escandalizada por la iniciativa del guerrero).

—Intenté advertirte de todo esto en tu casa, ahora las explicaciones tendrán que esperar... —dijo Lénduar, que inicialmente había pretendido que el beso expresase todo lo que no tenía tiempo de explicar—. Estabas en lo cierto: su insignia no es como la tuya, es de levitación. Se lo sonsaqué un día a Élikat.

—Tú otra vez... —intervino Alezhra ásperamente.

La maga estiró sus manos hacia Lénduar. Necesitaba interrogarle. Podía entender que él hubiese aceptado la orden de matarla antes de conocerla, pues ese tipo de traiciones conformaban el día a día en su mundo, pero lo que no comprendía era lo que le había llevado a acudir a su madre cuando su libertad ya estaba resuelta.

No obstante, era cierto que las explicaciones debían posponerse.

A su alrededor, las sacerdotisas de Alezhra recuperaban el aliento. Eran una docena en total. Belhaldy no se detuvo a mirarlas, aunque podría haberlas reconocido dado que habían estado presentes el día anterior durante la ceremonia en la que había muerto Ilthuriel.

—Ah, Belhaldy, si me hubieses escuchado ayer... Tu madre ha tratado de hacerse con el último resquicio de Zendalure que escapaba de su control: no se conformaba con la influencia de Ilthuriel, quería limitar personalmente el alcance de la magia arcana. Sacrificó a la inmensa mayoría de los magos veteranos *a propósito* para sustituirlos por la familia Tlin'orzza.

—Ese nombre no me dice nada... —musitó Belhaldy.

—No son nadie aún. Pero descienden de Quiwranat, una dragona de Tierraverno, y son hechiceras... Y las hechiceras pueden aspirar al sacerdocio.

—Los dragones de Tierraverno conocen hechizos capaces de sepultar a sus enemigos bajo lluvias de rocas —indicó una nueva voz. Se trataba de Khastan. Le devolvió a Belhaldy su cuaderno de investigación y también el libro de hechizos que su madre le había arrebatado. A Lénduar le alegró mucho ver que él también había sobrevivido a la contienda—. Creo que ya sabemos cómo sucedió el accidente de la expedición. Tienes mal aspecto, Nocheserena. ¿No vas a ayudarlo? —le arrojó la pregunta a Alezhra, que no se movió ni reaccionó.

—Estamos vivos y Belhaldy está a salvo —repuso Lénduar. En la guerra había aprendido a respetar las cicatrices, y no le molestaba la idea de tener unas

cuantas como recuerdo de su lucha por la libertad... Claro que desconocía el aspecto que ofrecía con la cara a medio desfigurar.

—Ayúdale —le indicó Belhaldy a su prima. Esta le hizo una señal a una de sus adeptas para que sanase las heridas que desfiguraban el rostro del pelirrojo —. Esto es un golpe de estado, ¿no es así, Alezhra?

—Sí. Zendalure será mío al final del día contigo o sin ti. Esta es tu última oportunidad de gobernar.

Fue todo un alivio para Belhaldy sentirse libre de dudas por primera vez en muchos días. Tenía claro que iba seguir a Lénduar junto a esos sueños de erudición arcana que llevaba toda su vida posponiendo.

—Lo harás *mejor* sin mí, Alezhra.

La sacerdotisa agarró la mandíbula inferior de Belhaldy.

—Tengo un ejército sediento de sangre a mi disposición y debo saciar a mi diosa con sacrificios. Puedo obligarte a permanecer a mi lado.

Lénduar rescató del suelo la destartada espada de hierro (completamente inútil hasta el momento) y Khastan extrajo un pergamino (posiblemente, el mismo que había utilizado cuando creía que su despacho estaba siendo invadido). Las sacerdotisas a su alrededor también se prepararon para defender a su matriarca. Belhaldy se limitó a enarcar una ceja.

—El día en que necesite ser defendida por dos varones me podréis llamar Élvrad. Adelantaos, os veré... allí. No te parece mal dejarles ir, ¿verdad, Alezhra? Dudo que quieras gobernar una ciudad a la que le quedan unas horas de oxígeno. Permíteles arreglarlo en tu propio beneficio.

—Marchaos. —La sacerdotisa ni siquiera se molestó en mirarles. Seguía pendiente de Belhaldy, agarrándola como si así pudiera controlarla.

Lénduar quiso protestar por aquel tópico que rompía con la armoniosa igualdad de géneros en la que se había criado, pero Khastan tiró de él. Se marcharon de Altar Oréade en sus lagartos gigantes rodeados por un tenso silencio. En cuanto desaparecieron, Belhaldy rodeó a su prima con los brazos y la atrajo hacia sí presionando suavemente su espalda. Enterró el rostro contra su cabello y le habló al oído de forma que nadie pudo oír cómo había logrado que la expresión en el rostro de Alezhra abandonase el estoicismo para dar paso a una terrible vergüenza que, finalmente, se transformó en la frustración más absoluta.

—Ahora que el control de la ciudad va a quedar en tus manos —le había susurrado con corrosiva ternura— lo último que necesitas es que yo, que me he convertido en tu punto débil, me encuentre al alcance de los muchos enemigos que a partir de hoy querrán hallar la forma de doblegarte. La decisión ha sido tuya.

CAPÍTULO 9

El lugar que Kalidra escogió como tumba para los magos zendaluríes estaba relativamente cerca de Altar Oréade. Lo había descubierto por casualidad cuando comprobaba el alcance de los daños provocados por la erupción; tras varias horas inspeccionando las afueras, la exasperación la impulsó a girar la cabeza para calcular su distancia con Zendalure... y descubrió que le era imposible localizarlo. Una gruesa concreción de magma, presumiblemente fruto del goteo, pendía del techo creando un inmenso punto ciego... Y Kalidra supo que tenía ante sí la solución que llevaba años buscando para sacrificar impunemente a los indómitos magos que se interponían entre ella y el dominio absoluto.

Recurrió inmediatamente a Quiwranat. Al margen de su provechosa alianza con Zendalure, la dragona tenía sus propios objetivos... y entre ellos estaba el de darle poder a sus descendientes (las Tlin'orzza), de modo que aceptó participar en el proyecto que Kalidra le proponía a cambio de que sus hijas se anexionasen a la casa noble Vrammoryn. Apenas pulieron los detalles por falta de tiempo, pero el objetivo era que Quiwranat usase un conjuro que conocía muy bien para hacer que lloviesen rocas sobre las cabezas de los magos, matándolos y, de paso, provocando que los respiraderos obstruidos quedasen despejados.

El plan fue un fracaso.

Por un lado, la magia arcana de la dragona convocaba la lluvia de rocas sin extraerlas previamente de ningún lado, de modo que no se desbloquearon los conductos que les abastecían de oxígeno. Por otro, el terreno que se extendía bajo la concreción de magma se hallaba en pendiente y descendía hasta la galería de salida. El conjuro de Quiwranat propició que las toneladas de sedimentos y cadáveres se acumulasen en la cavidad semiesférica que conformaba el umbral del túnel y la sepultasen. La única ruta de escape de la caverna quedó inutilizada por su impulsividad.

Afortunadamente, a pesar de que la situación era crítica, Kalidra tenía un as en la manga: Ilthuriel.

Acudió directamente a él para pedirle ayuda con los sedimentos y lo sorprendió charlando con Khastan (que había eludido la muerte porque su expediente académico llevaba retocado desde el comienzo de su aventura con Belhaldy para no resultar llamativo para ahorrarle problemas) sobre su culto común a Leiurus, el Maestro Bútido. Entre Ilthuriel, Khastan y la información que Élikat le había transmitido sobre la traición de Belhaldy, Kalidra tuvo que mantener la sangre fría mientras ponía en marcha toda una serie de medidas de seguridad con las que garantizarse la supremacía: requisó todas las monturas capaces de caminar por las paredes y el techo asegurando a los zendaluríes que era tanto por seguridad como para facilitarle al clero su función de salvar a la ciudad (aunque Khastan y los demás creían que ella quería ocultar la visión de la galería derrumbada, lo cierto era que Kalidra pretendía evitar que los zendaluríes subiesen por encima de la nube de contaminación del techo y, viendo que la piedra estaba intacta, averiguasen que no había tenido lugar ninguna explosión), aceleró la unión de las hechiceras descendientes de Quiwranat a su casa noble, detuvo sus órdenes sobre Lénduar y movilizó a un grupo de militares seleccionado por su hija Élvrad para que reabriesen la galería de salida por medios mundanos. Así, cuando el grupo de adeptos de Leiurus alcanzó el área de salida se vio en la encrucijada de acabar con los pocos miembros de la milicia que trabajaban allí o ser masacrados por ellos... y escogieron aniquilar al enemigo sin contemplaciones.

El ordinario trabajo físico se vio reemplazado por la nerviosa ejecución de algunos simulacros, el frenético reparto de provisiones y algunos rezos comedidos.

La llegada de Khastan y Lénduar fue recibida con una oleada de inquietud que no se manifestó con palabras ni susurros. El dúo desmontó de sus lagartos (que se unieron a los pocos que la congregación había logrado adquirir a pesar de la prohibición impuesta por el sacerdocio) y se sumergió en la muchedumbre para transmitirles lo sucedido. Una elfa de bosque (pálida y de cabello dorado, según pudo apreciar Lénduar) se alejó del grupo de los rezos para arrojarle a los brazos de Khastan. Se besaron. ¡Tenía que tratarse de su esposa! Y no era de raza ésril... Por fin el oslhyriano podía asegurar que la actitud del mago era coherente.

—Habéis fracasado —observó un elfo oscuro que afilaba dagas.

—No, en absoluto —replicó Khastan con una sonrisa.

—¿Y dónde está la malcriada de Latro?

—Vendrá pronto. Ha tenido lugar un golpe de estado en la ciudad, la matriarca Glannarden es la responsable... Y gracias a este guerrero parece que tendrá éxito. —Khastan señaló a Lénduar, que apartó la vista.

—¿Es que has acabado con Kalidra? —se sorprendió el ésril afilador. Los herejes cercanos hicieron eco de aquellas palabras.

—No era lo que yo pretendía... —comenzó a decir Lénduar, pero no pudo frenar el alegre rumor.

—Pues no sé vosotros, pero yo le deseo un futuro próspero a Alezhra —rio alegremente la elfa de bosque.

—¿La conoces? —se sorprendió Lénduar.

—Ella fue quien me puso en manos de Khastan —explicó—. Me adquirió para un sacrificio que no pudo realizar porque no lograba que le cediesen Altar Oréade.

—Lénduar, te presento a mi esposa, Theza. —Khastan sonrió a su amada—. Un día acudí al templo Glannarden acompañando a Ilthuriel. Al ver que Alezhra tenía una prisionera de raza élfica le solicité que me la cediese como esclava... Mi intención, claro, era agregarla a nuestras filas.

—Como decía Ilthuriel, «un sacrificio menos para complacer a Latro, un soldado más para luchar por nuestra causa». —Hubo tristeza en el tono de Theza. Al guerrero le emocionó aquella historia de amor clandestino protagonizada por dos elfos con pieles de distinto color obligados a ocultar su relación de los maliciosos ojos de la Reina Terídida y de sus adeptos zendaluríes —. Aún no puedo creer lo que la cabrona de su hija le ha hecho.

—Quizá no debas hablar así delante de Lénduar, Theza. Él la quiere.

—Pues, sinceramente, no comprendo qué le ve... Claro que tampoco entendía por qué tú te dejabas manipular por ella... Cada vez que os veía... ¡Aggh! —Sacudió la cabeza, negándose a seguir hablando de aquel tema—. ¿De verdad ha muerto Kalidra? ¿No estará *esa*... Belhaldy confabulando a nuestras espaldas?

—Lo cierto es que tenía asuntos familiares que zanjar, pero no con la difunta mujer que le encomendó mi asesinato a un esclavo —declaró la voz de Belhaldy. Theza se estremeció—. Hm. Así que eras tú... —Sin que Lénduar pudiese verlo, la maga miró de arriba abajo a la elfa de bosque con irónico desdén. La conocía de sus visitas al hogar de su ex maestro—. Interesante. Khastan siempre ha querido tener el control, y supongo que contigo le resulta muy fácil.

—Belhaldy, eso ha estado fuera de lugar. Estas personas te han rescatado a pesar de que has asesinado a alguien a quien amaban... —Lénduar mostró una mueca disgustada. La ésril adquirió un rubor violáceo en el rostro.

—No perdamos más tiempo —interrumpió Khastan. Un tenue rencor resplandeció en sus ojos. Lénduar sabía que ambos magos tenían asuntos sin resolver, y eso le preocupaba. Sin embargo, quería salir de Terraverno lo antes

posible—. Vamos a formar el círculo. Somos cuatro a falta de Ilthuriel, pero sé que funcionará. Theza, prosigue tu trabajo con los clérigos, por favor. Es fundamental.

—Voy a organizarlos.

Belhaldy se acercó hasta Lénduar y le cogió las manos. Le ofreció una sonrisa que él no pudo ver, hasta que... una vez más, el negro y espeso fango que anegaba su vista se disipó; ante sus ojos surgieron cientos de matices grises completamente nítidos. Belhaldy rebotaba entrega y devoción en su rostro bruno. Le soltó y se alejó para unirse al círculo en torno a Khastan (que tenía más de cuadrado debido al número de individuos que lo componían).

Lénduar curioseó a su alrededor. El área estaba atestada de caras esperanzadas; caras de tez negra como la de Belhaldy, aceradas como la de Khastan o pálidas como la de Theza. El guerrero incluso pudo encontrar las particulares tonalidades de los semielfos... La escena desató una alegría viva y sincera dentro de su pecho y no pudo evitar proferir algunos gritos de ánimo para liberar su euforia. Sus ovaciones se extendieron y encontraron abundantes ecos entre los seguidores de Leiurus hasta que Khastan tuvo que interrumpirlas.

—¡Entiendo vuestro entusiasmo, pero requerimos mucha concentración! — El silencio no llegó a recuperarse, pero la algarabía quedó sofocada.

Theza abordó a Lénduar. Él reconoció en ella los rasgos que homogeneizaban a la raza élfica: orejas de unos diez centímetros, barbilla estrecha, mandíbula delicada y unos refinados pómulos altos y pequeños. Pero aquella elfa de bosque tenía algo diferente, un rasgo especial: unos ojos despiertos, astutos y maliciosos que iban de un extremo juguetón y burlesco a otro terriblemente intimidante. A Lénduar se le ocurrió que aquel rostro se correspondía con el de una vulgar ladronzuela a la que habían hecho cautiva los elfos oscuros mientras huía de la justicia... y fue entonces cuando Lénduar recordó una vez más que Khastan no dejaba de ser un ésril. Aunque hubiese combatido a su lado, aunque quisiera la libertad para sus semejantes y planease extinguir las injusticias que tenían lugar bajo la tiranía de Latro, por mucho amor que albergase hacia Ilthuriel o Theza... a pesar de todo, seguiría teniendo aquella mentalidad maligna que se cultivaba en Terraverno. Desvió la mirada hasta él y lo supo con claridad: su rostro era despiadado; majestuoso, sereno y felino, pero perverso.

La elfa habló.

—¿Puedes cargar con algunas faltriqueras? Entre los suministros hay cosas muy pesadas —explicó. De repente frunció su ceño y se manifestó el toque intimidante que el guerrero había adivinado en ella. Mostraba un tipo de agudeza que sólo se encontraba en aquellos bribones que visualizan la debilidad de sus

interlocutores y la usan para manipularlos o sustraerles lo que desean en forma de bagatelas, fortuna o información—. ¿Estás bien? Te noto mala cara.

—Estoy reviviendo la guerra... Cuesta asimilarlo —respondió. Se sentía avergonzado ante Tykemis cuando no era sincero, pero le quedaba el consuelo de haber pronunciado una verdad a medias.

—Habéis sido valientes —dijo Theza con respeto—. Ahora, por favor, ayuda a ese grupo a cargar con las cosas más pesadas. Toma agua o comida primero si lo necesitas, ¿vale?

—Te lo agradezco.

—No sé cómo saldrá la *invocación*... Deséanos suerte, será la primera que realicen los clérigos de esta ciudad. —Hubo preocupación y también resolución en sus palabras. Lénduar sabía que los pícaros tendían a sentirse confiados ante la adversidad porque tenían la certeza de que si las cosas no salían bien de forma natural podían disponer un desenlace más favorecedor mediante sus propios y dudosos métodos: trampas, engaños, hurtos y distracciones... ¿Qué clase de clérigos podían ser coadyuvados por alguien así?

Suspiró preguntándose a qué se había referido Theza con la palabra «invocación», pero un ésril le tendió algo de leche y un puñado de hongos para que repusiera fuerzas; al mirarlo detenidamente, lo reconoció como el cocinero de Belhaldy.

—¿Tú?

—Sí —replicó él con cierta frialdad. Luego pareció arrepentirse de haberse mostrado tan hosco—. No he llevado una vida fácil aquí abajo, ¿sabes? La plebe no tiene futuro, mucho menos alimento, el agua casi ni la probamos... La supervivencia fue dura, me hicieron esclavo de niño. Cuando Ilthuriel me dijo que yo como varón tenía tanto valor como cualquier hembra... —No pudo seguir hablando. La emoción exaltada en su rostro le transmitió el resto del mensaje a Lénduar: había llorado de alivio al saber que podía llevar una vida mejor.

El guerrero le palmeó la espalda.

—Afortunadamente, las cosas han cambiado ya. —El ésril asintió. Su párpado inferior brillaba húmedo—. ¿Qué ha sido del resto de esclavos? Aquel minotauro y el semiorco, o... ¿Tú sabías algo de Élikat? —se le ocurrió de pronto.

—¿Élikat? Era desagradable conmigo, no llegamos a cruzar demasiadas palabras.

—¿Se ausentaba?

—Claro, era la favorita de Belhaldy. Siempre tenía recados que atender.

La napea había guardado bien sus secretos. Era lógico, pues la vida le iba

en ello.

—¿Qué ha pasado con el resto del servicio?

—No lo sé. Supongo que seguirán en la mansión Vrammoryn. Yo me fugué anoche cuando Theza vino a darme el aviso.

—¿No les dijiste que planeabas escapar? Podrías haberlos traído contigo. —No parecía necesario explicarle a aquel ésril que Kalidra había asediado la mansión. Preocupándole no conseguiría nada.

—¿Para qué? Son razas inferiores. —Se encogió de hombros. Lénduar se preguntó cómo era posible que alguien que había tenido una vida tan desgraciada fuese insensible al hado de quienes compartían su misma suerte. Decidió dejar la conversación de lado y se dedicó a ayudar al pequeño grupo que organizaba los suministros. Se abstrajo en sus pensamientos.

«Tykemis, ¿se ha apoderado de mí la locura más terrible? ¿Puedo ser digno de ti incluso aunque no sienta rechazo hacia tales alteraciones...? Jamás he sido uno de tus clérigos o paladines por mucho que lo deseé, pero siempre me he contado entre los muchos fieles a tu dogma que contribuyen a traer orden a este caótico mundo... prosperidad a la civilización. Pero Belhaldy ha obrado un cambio tan profundo en mí que nada va a volver a ser igual...», caviló mientras sus músculos trabajaban. Sin que se percatase, lo que parecía una rabiosa ola marítima coronada por espuma blanca se cernió sobre el área donde los seguidores de Leiurus se organizaban hasta acorralarles. Lénduar se fijó en que a su alrededor todos desenfundaban dagas, espadas y arcos, pero tardó un rato en darse cuenta de que aquella marea nívea que les encerraba eran las sacerdotisas de Latro. Había tantas que sus melenas parecían nieve cuajada sobre la roca. Los arqueros comprendieron que disparar habría sido como arrojarle un puñado de tierra a un ojáncanu.

Dos figuras se adelantaron de la muchedumbre de sacerdotisas. La primera, una elfa oscura a la que Lénduar no conocía, tomó la palabra.

—Todos vosotros habéis traicionado a Latro —vociferó. No parecía haberse esforzado por gritar, pero su voz se escuchó por todas partes. Giró el rostro para atender a los susurros de la segunda figura; parecía retransmitir sus palabras. Se enderezó para proseguir, y el guerrero pudo reconocer a la segunda ésril.

—¿¡Kalidra...!?! —exclamó atónito. Los comentarios de sorpresa se extendieron rápidamente entre los adeptos de Leiurus, pues la muerte de Kalidra ya se había asumido.

—Entre vosotros se esconde un humano de pelo rojo que se ha atrevido a atacar a la favorita de la diosa. Que se entregue de inmediato.

Los herejes que se encontraban cerca de Lénduar trataron de cubrirle a pesar de que ninguno de ellos le igualaba en corpulencia o estatura. El guerrero

se percató de esto y, también, de que intentaban esconder al grupo de clérigos que Theza guiaba y al círculo mágico de Khastan, posiblemente para que no se interrumpiera. El guerrero se revolvió y tuvo que desasirse de varios pares de manos que trataban de resguardarle para adelantarse alzando la voz.

—¡Aquí estoy, Kalidra! ¡Hablemos! ¡Hablemos! —«¡Por fin!», pensó con el pulso disparado por la excitación.

Cientos de ojos se le posaron encima a medida que se abría paso hasta las dos elfas oscuras. Sus enemigas también se adelantaron, la desconocida con unos movimientos serpenteantes y decididos, y la sacerdotisa con gran dignidad. Lénduar miró a la primera, luego a Kalidra; no presentaba en absoluto el aspecto de quien se ha despeñado hace pocas horas. «Tan fresca como una rosa...», comenzó a pensar aún con desconcierto. Durante una fracción de segundo pudieron mirarse a la cara, y luego una fuerza desmedida derribó a Lénduar. Quedó aplastado contra el suelo, luchando más por respirar que por comprender lo que ocurría, e intuyó entre una serie de imágenes inconexas y nebulosas cómo la elfa oscura a la que no conocía le contemplaba a escasos centímetros de su cara... ¿De dónde había extraído semejante fuerza? Era como si pesara toneladas... Entre la confusión, le pareció que el rostro de su enemiga se alargaba, cambiaba. Oía los gritos y protestas de la congregación. Las manos que le inmovilizaban le cortaron la piel, eran garras. La desconocida creció hasta convertirse en una inmensa y estilizada dragona.

—Quiwranat —dijo Kalidra—, acaba con él. No fuiste demasiado listo al decirme que Khastan era el amante de mi hija porque es mentira. Sé todo lo que ocurre en la ciudad. Cuando mentiste, comencé a sospechar de ti, así que tomé precauciones... —Siguió hablando, pero el guerrero no podía oírla.

Los herejes protestaban, trataban de encontrar ángulos para disparar sus arcos; una flecha perdida cayó en el suelo... Pero ni los clérigos ni los magos de Leiurus podían detener sus rituales, y el resto de la congregación no podía arriesgarse a exponerlos frente a las sacerdotisas de Latro.

Los huesos de Lénduar parecían ir a quebrarse bajo el peso de la dragona Quiwranat.

«No, no, no... Mi plan... Falta tan poco... No voy a poder... No me sale la voz... No tengo aire... Me ahogo...», pensaba Lénduar frenéticamente, emitiendo algunos chillidos ahogados que no se parecían a ninguna palabra de la lengua común, élfica o ésril.

—Quieta, Quiwranat —intervino una voz masculina. El oslhyriano sólo escuchaba el eco de sus propios latidos arremetiendo contra los tímpanos. Intentaba respirar, pero el aire sólo escapaba por su boca sin conseguir hinchar su apisonado pecho.

La dragona de Tierraverno retrocedió.

—¿Qué haces? —susurró Kalidra. Lénduar inspiró profundamente.

—No tomaré partido, esto no forma parte de mi alianza con Zendalure.

La dragona se sentó sobre sus patas traseras, erguida y mostrando lo que parecía ser su versión de una sonrisa socarrona.

—¿Estás bien, humano? —Una mano del color del grafito ayudó a Lénduar a incorporarse. Se trataba de un ésril grácil y musculoso, combinación que cabía esperar en un bailarín, con el cabello de un color más oscuro que el blanco común a sus congéneres... aunque en la escala de grises que el guerrero podía percibir no se discernía cuál era la tonalidad exacta.

—Sí... —murmuró. Temblaba. Tosió y por fin alzó la voz, rota y seca—. ¡Os equivocáis de traidor! ¡¡KALIDRA ES LA QUE HA TRAICIONADO A VUESTRA DIOSA Y A VUESTRA CIUDAD!! —chilló. La garganta le picó.

—¡Este humano afirma que es Kalidra quien ha traicionado a vuestra diosa y a vuestra ciudad! —repitió el ésril que había hecho retroceder a la dragona. Su voz resonaba por toda la caverna con tanta potencia como la de Quiwranat.

Las sacerdotisas ésril comenzaron a protestar y a exigir explicaciones llenando el aire con sus melodiosos siseos femeninos.

—¡Esta mujer ha comprometido la seguridad de Zendalure en plena crisis asesinando premeditadamente a los magos que os podrían haber salvado! ¡Y todo por su afán de poder! —exclamó. A pesar de la irritación que había estallado en su garganta tras el forcejeo con la dragona, las palabras salieron de su boca con fluida nitidez; había repetido mil veces aquel discurso en su mente. Por su parte, el ésril que le acompañaba repetía sus palabras con aquella voz sobrenaturalmente potenciada para que todo el mundo las oyera—. ¡Kalidra os ha hecho vulnerables! ¡Ha sido tan incompetente como para provocar un derrumbamiento en la única salida de la ciudad y ha tenido la desfachatez de ocultaros que estabais atrapadas! ¡Os quitó las monturas para que no descubrierais que estabais encerradas aquí aguardando la extinción! ¡JUZGADLA, O SERÉIS DÉBILES JUNTO A ELLA!

Jadeó. La pasión que le había impreso a su discurso fue perfectamente replicada por su acompañante. Tuvo un acceso de tos.

El rostro de Kalidra palideció. Quedó inmóvil con las pupilas contraídas. Miró a la dragona, y Quiwranat no le ofreció ningún consuelo.

—¿Vais a creer a un varón humano? —preguntó con tanta tensión que su mandíbula apenas se deslizó unos milímetros—. ¿Al avatar de un enemigo de Latro?

No había suficiente luz como para reflejarse en el sudor que humedecía su frente.

—No tienen por qué, Kalidra —declaró una nueva voz. Fue la primera que Lénduar reconocía: Alezhra Glannarden levitó sobre el resto de sacerdotisas y se acercó hasta el reducido grupo que acaparaba el protagonismo—. ¿Crees que somos estúpidas? Todas estamos viendo la salida bloqueada. Además, en tu templo hay cierto papeleo que refleja la anexión de las hechiceras Tlin'orzza a la casa noble Vrammoryn. No has buscado el bien de nuestra ciudad, sólo el tuyo.

Un músculo tembló en el firme y desangrado semblante de la madre matrona más poderosa de Zendalure. Con un movimiento veloz, la garra de la dragona se apretó alrededor de su torneado cuerpo.

—¡Alezhra! —llamó Lénduar—. ¡No la mates aún! Deja... ¡Deja que presencie cómo su imperio cae!

Alezhra sonrió sólo con la boca, la vista clavada en Kalidra; Quiwranat agitó a la matriarca Vrammoryn para que se le apartase el cabello de los ojos y no perdiese detalle.

—Sacerdotisas zendalurías... Ahora el templo de Latro es mi responsabilidad —declaró Alezhra. Antes de que pudiesen surgir dudas o debates, pues no era ningún secreto el declive de la familia Glannarden, hubo una explosión. Los seguidores de Leiurus se agacharon un instante antes de que sucediera, y Lénduar les imitó a tiempo gracias a que el ésril al que Kalidra se había referido como «avatar» le empujó.

—¡Corred, *alacranes!* —ordenó Khastan en medio del caos. Los herejes se abrieron paso entre el polvo y los escombros y se sumergieron en el túnel que salía de Zendalure desordenadamente. Las sacerdotisas de Latro formularon decenas de hechizos, pero las espesas nubes de polvo las ralentizaron. Algunos hechizos trataron de despejar el ambiente, enfrentándose a otros que proyectaban orbes feéricos y a pequeños proyectiles que no tenían un destino fijado.

—¿Lénduar? ¿A qué esperas? —Belhaldy tiró del brazo de su amado. La mayoría de fugitivos habían logrado introducirse ya en la caverna de salida.

—¡Vete, venga! Esto es un asunto familiar —declaró el avatar. Una gran sonrisa cruzó su cara—. ¡Madre, manifiéstate!

—Que Kalidra viva para saborear su ruina social —le pidió Lénduar con inusitada crueldad. Belhaldy logró conducirlo hasta la salida—. ¿A qué se refería con eso del asunto familiar?

—Es el avatar de Leiurus, el hijo de Latro. Lo han invocado sus clérigos mientras potenciábamos la magia de Khastan —explicó Belhaldy durante la carrera. A lo lejos se escuchaba el eco de lo que a Lénduar se le antojaban psicofonías de la guerra. El resto de fugitivos comenzaban a ganarles ventaja. Ellos eran los últimos—. Me debes explicaciones... Puedo comprender que quisieras matarme para liberarte, pero no entiendo que nos hayas delatado ante

Kalidra.

—¿Qué? ¡No ha sido así! —Lénduar se detuvo y sujetó los hombros de la maga. Ambos jadeaban por el esfuerzo—. Escúchame: yo jamás quise matar a nadie, Belhaldy. Kalidra me adiestró durante una década para que supiera cómo matarte, pero no tuve intención de obedecerla en ningún momento. No soy ningún mercenario, soy un guerrero... y cuando lucho, lo hago por la justicia... no para satisfacer los delirios de grandeza de una tirana.

—Entonces, ¿por qué nos delataste?

—Khastan me explicó que no se podía destituir a Kalidra porque su poder se basa en su prestigio... por eso deduje que si quería destruirla debía desacreditarla ante todo el sacerdocio. Le aseguré que el grupo de herejes era de cien o doscientos, no recuerdo qué cifra le di, y que necesitaba traer a todo un regimiento para juzgarlos. Así yo podría exponer sus faltas ante suficiente gente como para hundir su reputación. Y ha funcionado.

—Pero acabas de decir que... que lo único que te motiva es la justicia. Me cuesta mucho entenderte, ¿por qué te has tomado tantas molestias?

—Esa mujer me privó de mi libertad. —Masticaba las palabras—. Me arrancó de mi vida para maltratarme y vejarme... Me ha arrebatado más de lo que piensa, ¡quizá no vuelva a ver a mi padre con vida!, ¿sabes? Así que, dime... ¿qué lealtad, qué respeto, qué compasión le debía? Sólo... sólo he querido verla destruida desde que fui secuestrado.

Por fin la ésril descubría en él una emoción que podía comprender, aunque le sorprendió darse cuenta de que era la primera que no deseaba compartir.

Consiguió sobreponerse a la desgarradora sensación que la había invadido cuando su madre le reveló que él había actuado a sus espaldas y dijo:

—Haré todo lo posible por devolverte lo que ella te ha quitado.

Se abrazaron desconsoladamente y reanudaron la huida.

CAPÍTULO 10

Día 14 del Quinto mes de 1765.

A pesar de que Khastan había planeado la huida con minuciosidad, no tuvo en cuenta un detalle que afectaba a los pocos humanos que formaban parte del grupo: los turnos de las guardias sólo concedían dos horas de sueño (la mitad de lo que necesitaban los elfos para su trance). Él había trazado el camino a seguir teniendo en cuenta las costumbres de las tribus nómadas oriundas de Terraverno, los horarios en los que cazaban y las rutas que escogían. Así evitarían las mayores amenazas conocidas.

—Si no podemos seguir el ritmo establecido porque resulta biológicamente imposible —le anunció a sus fieles—, entonces tendremos que ir retrasando las horas a las que crucemos el terreno habitado y aguardar a las siguientes pausas... No estamos en condiciones de abrirnos paso hasta la superficie luchando. Que nuestro escape sea más lento implicará más riesgo, pero estamos juntos en esto. Y cuando estamos juntos, tenemos más probabilidades de sobrevivir.

Las guardias y los descansos se alargaron para que los humanos pudiesen dormir, y el período de huida se incrementó de cinco días a un total de ocho.

En la primera parada, Theza organizó a los fieles de Leiurus para que hiciesen un recuento de suministros, pues una parte se había perdido durante la súbita huida. Los humanos se dispusieron a dormir y Khastan separó a Lénduar del grupo para llevarlo a una zona a parte. Allí aguardaba Belhaldy.

—Recurrí a ti en confianza, muchacho, y a cambio has estado a punto de imposibilitar la libertad de treinta personas —le acusó. Si bien había una ira altiva y distante en su semblante, no había ni rastro de la frialdad que solía acompañarlas: estaba abiertamente decepcionado.

—Ha salido bien.

—Podríamos haber muerto todos. Belhaldy me ha convencido de que no te abandonemos aquí mismo para beneficiarnos de tu manejo de la espada en caso de necesidad... Sin embargo, te pago tu gesto retirándote mi confianza y mi amistad.

—Entonces hay algo que debo decirte. —Lénduar titubeó. Era un hombre de pocas palabras—. Eres el único que me ha tendido la mano para sacarme de esta pesadilla. De no ser por ti, me habría rendido; sé que me habría hundido de una forma u otra en pocos días. No era mi intención mostrarme tan desagradecido... y, créeme, me duele haberlo hecho. Pero para mí era necesario... y no me arrepiento de haberme vengado de esa malnacida,

El rostro impassible del instructor no varió. Se mostró tan incapaz de malearse como la quitina que recubría a su dios.

—Seguiremos con ellos hasta que alcancemos la superficie —le explicó la maga—. Después, nuestros caminos se separarán.

—Es más de lo que merezco —suspiró Lénduar. Su sinceridad era absoluta. Le entristecía haber decepcionado a Khastan, pero nunca había pretendido seguir junto a los seguidores de Leiurus cuando regresase a la superficie.

«¿Es este mi nuevo sentido de la justicia?», se preguntó... y algo se retorció en sus entrañas. Tuvo la sensación de que manifestó aquel estrago interno en el rostro porque la maga le oprimió torpemente el codo para ofrecerle un consuelo que no sabía cómo proporcionar.

—Efectivamente. Pero, como ya te he dicho, Belhaldy me ha convencido... Considéralo mi regalo de despedida en honor a las dos décadas que pasé con ella. —Lénduar intuyó que aquel comentario no era informativo ni tampoco una forma de transmitirle reminiscencias de cariño o respeto a la ésril. Parecía un intento por provocarle.

—Aunque fuese hace sólo siete años tú ya te has casado... y deberíamos superarlo ambos —intervino Belhaldy inmediatamente. Se sorprendió de haber reaccionado como una mediadora en vez de atacar abiertamente al instructor.

El guerrero, por su parte, quedó brevemente desconcertado por la cifra que había dado la ésril. Tal y como les había oído expresarse, asumió que su ruptura había tenido lugar a lo largo del último año... Bien pensado, para una raza longeva como la de los elfos oscuros siete años no podían diferenciarse demasiado de lo que para él eran unos meses. Desechó la idea de realizar una observación al respecto y se concentró en Khastan: le apreciaba de todo corazón... pero no le gustaba la idea de amedrentarse ante el mago porque encontrase reprochable lo que a él le había parecido necesario.

—No le debes nada, ocúpate de tu esposa.

Y con esta respuesta, Khastan recuperó por fin la frialdad que Lénduar había echado en falta durante el inicio de la conversación.

—De ahora en adelante no tienes permiso para hablar en mi presencia so pena de ser expulsado de la caravana. —Se marchó. El humano no quiso detenerlo. Sabía que a partir de ese momento, cualquier respuesta sería el inicio

de una pelea completamente innecesaria.

—Vuelve a sentir indiferencia hacia mí.

—¿Tú crees? —Belhaldy sonreía con malicia. Forzaba ligeramente la intensidad en su expresión como queriendo demostrar que lo de intentar reconciliarles sólo había sido un pronto repentino y no un cambio permanente. La asustaba verse tan distinta—. He visto esa expresión en su cara miles de veces: la ponía cuando le tocaba contener su libido pero quería mantenerse digno. Creo que le cuesta tenerte cerca sin imaginarte sodomizándole. ¿Sabes que me preguntó por el tamaño de tus atributos?

El oslhyriano enrojeció. Aquel no era el desenlace que había esperado.

—¿Es necesario que lo lleves todo siempre al mismo terreno? —preguntó apocado.

—¿Qué le voy a hacer...? Supongo que a mi imaginación y a la de Khastan les causas el mismo efecto lascivo. —Se encogió de hombros. El humano apartó la vista. La maga le recordó abandonándola en su habitación, hallando conmoción en un momento que sólo tendría que haberles inspirado satisfacción. Sintió una profunda aversión hacia el arrebato que la había llevado a intentar probarse su propia malicia—. No... no es verdad. Al principio sí, pero ahora no. Eres mucho más que un estímulo para mi depravación, y... esperaré cuanto sea necesario para que no albergues ninguna duda al respecto.

Día 16 del Quinto mes de 1765.

Durante una pausa que el grupo debía realizar para evitar encontrarse con una tribu de ogros cazadores, Belhaldy buscó a Lénduar. Necesitaba acurrucarse a su lado; siempre había estado sola, pero en los últimos días la sensación de aislamiento se había intensificado... Khastan y Theza la ignoraban, y el resto de los presentes no le tenían demasiado aprecio debido a su abierta enemistad con la elfa de bosque (su asociación con Lénduar tampoco ayudaba). Él era su única compañía, su única conversación.

Se le ocurrió que era como una versión viva de su cuaderno.

—Soy otra persona —le dijo en un murmullo cuando se acomodaron juntos.

—Yo también.

—Te quiero por todo lo que me has mostrado, Lénduar. Le has dado a mi vida un nuevo sentido... Lo que me has descubierto, tu cariño y tu preocupación, tu bondad, tu sentido de la justicia...

—No sigas. Creo que cualquier juez o clérigo de Tykemis renegaría de mí por todo lo que he hecho estando aquí.

—Has sobrevivido. Si tu dios te culpa por ello, entonces no merece tu

devoción.

—Supongo que es una forma de verlo... aunque no la comparto.

—Ni siquiera te ha concedido la oportunidad de ser un paladín, ¿no? Y tú querías serlo.

—No funciona así, Belhaldy. Venero a Tykemis porque me identifico con su dogma sobre la justicia, y no voy a dejar de hacerlo. ¿Ibas... a decirme algo?

—Sí. Me has... liberado de una carga titánica. Me estremezco al pensar en la persona que fui. En todo lo que he hecho, y lo que he deseado hacer. Y Khastan ha reaccionado muy bien: nos deja estar aquí... nos da las mismas raciones de alimento que a los demás, y aunque el trato con el resto de adeptos sea frío no es malo. Oh... —Se estremeció. Lénduar la estrechó con su brazo mientras ella prorrumpía en lágrimas—. ¡Quise hacerte cosas espantosas! ¡Es una fortuna que nunca llegase a invitarte a cenar!

—¿Eh? ¿A cenar?

—Sí... Como tus desafiantes palabras no cesaban pensé en invitarte a compartir mi cena para que creyeses que mi intención era escucharte. Quería ponerte un collar con una cadena y obligarte a comer en el suelo como si fueras un animal.

—Joder... —murmuró el guerrero. Ella siguió llorando de ese modo silencioso y desolado que la ayudaba a odiarse con menos fervor por sus actos—. Olvídalo. De verdad, olvídalo. Yo también he cometido errores. Lo importante es lo que haremos de ahora en adelante porque comenzamos una nueva etapa. Vamos a descansar... dormiré una pequeña siesta mientras entras en trance.

Le dio un beso en la frente a Belhaldy y entrelazó sus grandes dedos sonrosados en los de ella.

—Espera. Quiero que sepas algo más... —Se llevó las manos a su melena, que comenzaba a estar algo sucia dado que la caravana no tenía demasiadas oportunidades de asearse por la escasez de recursos mágicos (Lénduar había descubierto que lavarse con agua era un lujo desorbitado al alcance de muy pocos, y la mayoría de ésril usaban hechizos simples para su higiene personal). Le mostró a Lénduar ese tirabuzón que siempre apartaba de las manos ajenas y que atesoraba sobre su pecho cada vez que intuía problemas. Miró a su alrededor antes de ponerlo en las manos del guerrero.

—¿Qué...? ¿Guardas algo dentro? —dijo él palpando un objeto sólido bajo el cabello.

—Mi cuchillo... —lo extrajo de su denso tirabuzón. Lo alzó sobre su cabeza como para arrojarlo lejos—. Con esto corté la piel de tu espalda... Lo usé para herirte, y quiero que sepas que, por eso mismo, voy a tirarlo.

—No lo hagas. —El humano le devolvió suavemente la mano a su posición normal—. Aún no sabemos si estamos a salvo aquí, y yo sin una espada no soy tan útil como me gustaría... A propósito, ¿qué fue de ese liguero de cuero que contenía cuchillos?

—Desapareció de mi casa la mañana en que Xadralliss intentó envenenarme.

Lénduar recordó a la novicia aspirante a mesalina, y su mente divagó por el clero de Latro hasta llegar a la madre matrona.

—¿Cómo pudo sobrevivir Kalidra sin su insignia cuando la arrojé al vacío?

—Ah... Claro, no pudiste verlo. Verás: Quiwranat era una de las hechiceras presentes en Altar Oréade, mi madre seguramente requirió su presencia allí por eso de que habías despertado sus sospechas... Yo creí que aquella mujer era una Tlin'orzza porque nunca había visto a Quiwranat polimorfada como una ésril... Supongo que ella la rescató porque se escabulló antes de que se desatase la refriega.

—¿De verdad tiene hijas de otra raza o es sólo una forma de hablar?

—Se supone que es literal. Los hechiceros se jactan de ser descendientes de dragones... Desconozco si es cierto. Nunca he respetado a quienes adquieren su poder sin necesidad de desarrollarlo o comprenderlo. La falta de disciplina no me gusta.

Se acomodaron sobre unas mantas.

—Me pregunto qué habrá sido de Élikat —comentó Lénduar al cabo de un rato.

—No tengo ni idea... La imagino a los pies de Alezhra... si es que mi prima se ha hecho de verdad con el liderazgo. ¿Meditamos?

Tras aquella conversación, la pareja se abandonó al descanso.

Día 22 del Quinto mes de 1765.

En cuanto la caravana cruzó la frontera entre Terraverno y La Maraña, la humedad comenzó a transformarlo todo. Los interminables túneles de roca desnuda que cruzaban se fueron llenando paulatinamente de vida. Aparecieron indicios de la presencia de pequeños animales. El oxígeno fue limpiándose y purificándose, abrumando los atrofiados pulmones de los ésril y trayendo recuerdos a los elfos y humanos que habían conocido la vida en el exterior. La huella del agua fue la que más se hizo notar: lagos subterráneos, pequeños diques escalonados por los que fluían finas corrientes de agua, techos repletos de leche de luna y murales de musgo esponjoso e hidratado que mostraban más variedad de color cuanto más se acercaban a la salida.

Finalmente, la caravana alcanzó el último tramo de su recorrido. Con sus pasos chapoteando sobre un fango que se había formado por las lluvias filtradas, el grupo escuchó las hojas de los árboles crujiendo por el viento, detectó el olor de la resina y las flores... y, por primera vez para la mayoría, no lo percibían a través de capas de tierra y roca. Un orificio lejano y luminoso les mostraba el firmamento sin censura.

Aceleraron.

Sorprendentemente bien alimentados gracias a la creciente caza (aunque inevitablemente sucios), los fieles de Leiurus pisaron el exterior. Hubo gritos de pavor cuando el cielo estrellado se abrió sobre ellos como un abismo sin fin al que corrían peligro de caer si se les ocurría separar los pies del suelo. Sufrieron vértigo y agorafobia. Theza tuvo que calmar a Khastan sosteniendo su mano y besando su rostro sudoroso. El desasosiego de los ésril de la congregación fue torpemente aplacado por las explicaciones de los elfos y humanos que comprendían el exterior. Un par de adeptos de Leiurus regresaron a la caverna totalmente aterrados.

Poco a poco, los más sensatos asimilaron que la bóveda celeste no les tragaría.

—Es distinto de lo que yo me imaginaba —observó Belhaldy, cuya inteligencia le había permitido racionalizarlo todo al instante (aunque había aumentado la presión con que sujetaba la mano de Lénduar).

La congregación acampó junto a la entrada para que los elfos oscuros tuviesen tiempo de acostumbrarse al cambio, y Lénduar y Belhaldy no encontraron razones para permanecer allí. Se despidieron sin obtener el menor interés e iniciaron su propia travesía. Se adentraron en el bosque colindante a las cavernas por las que habían emergido, donde las densas copas de los árboles preñadas de frutas y flores ocultaban el cielo nocturno, y la maga centró su atención en unos arbustos cubiertos de un aterciopelado y denso polen que no le pertenecía. Inspiró el aroma de la naturaleza más pura y más orgánica que jamás hubiese podido imaginar. Estornudó. Acarició las negras espinas que crecían por doquier y luego sopló el polen que había quedado adherido a sus dedos.

—Son olores potentes y fragantes... Me recuerdan una ocasión en que madre trajo bombones de chocolate. Todo parece ser más intenso aquí fuera.

El guerrero se acuclilló a su lado y recogió una baya de color añil que la maga había hecho caer sin darse cuenta.

—¿Sabes? Esto se usa para elaborar vino. Un vino que no se parece en nada a la libahiel.

—¿De verdad? —Belhaldy se metió en la boca la baya que Lénduar sostenía. Hizo una mueca—. Tiene un sabor horriblemente agrio.

Diminutas perlas de almíbar azul decoraron sus labios.
—Estamos muy cerca de nuestro destino. Sigamos.

Las preguntas que formulaba Belhaldy no tenían fin. Le intrigaba el aullido de los lobos (animales que, por su descripción, encontró fascinantes) y el graznido de búhos y lechuzas. El canto de los grillos. Le sorprendía el aspecto de los bosques, ¡jamás había imaginado que el origen de los carísimos muebles de madera importados tuviese ese aspecto! De vez en cuando reía de un modo nervioso y se entretenía en toquetear el suelo o la corteza de un árbol.

—Eso es un abedul. Si crece aquí tiene que haber un río muy cerca — explicó el oslhyriano—. Necesitan humedad.

—¡Ah, un río! ¡Eso sí lo conozco! —Pero Belhaldy se equivocaba. Fue incapaz de asociar la imagen del río que encontraron con el concepto que ella tenía asociado a la palabra «río»—. Jamás pensé que el agua pudiese ser tan escandalosa... —reflexionó hundiendo sus pies descalzos en el agua cristalina. Se había adentrado en el cauce por su afán de explorar la superficie mientras el humano custodiaba sus zapatos—. Aunque en Altar Oréade solía ensordecer todo el ruido del exterior, pero, claro, allí caía en picado contra las rocas.

—Piensa que este río está corriendo constantemente.

—¿Y nunca se agota?

—Sólo cuando hay sequía, pero por norma general circula hasta el mar, se evapora y se condensa en forma de nubes. Regresa con la lluvia y la nieve y vuelve a empezar el ciclo.

—Suenan... práctico.

Unos metros más adelante localizaron un cruce de caminos donde unos carteles indicaban la proximidad de una pequeña aldea llamada Rioparvo.

—Será mejor evitar la civilización. Ya será muy duro conseguir que nos acepten en Dagazur... —señaló Belhaldy. Llevaba un puñado de ramitas de romero en las manos y comenzaba a extenderlas por su pelo para camuflar el olor a sebo que el agua no había podido borrar.

—En absoluto. Aquí las cosas no son así. ¿Ves ese edificio? Es una posada. En las posadas acogen a los visitantes.

—Sé lo que es una posada, pero ¿es que en la superficie no usáis el oro para obtener ese tipo de servicios?

—Como no tenemos nada pensaba ofrecer mi mano de obra como pago. Escucha, en mi hogar deben de creer que he muerto. Deja que entremos en la aldea, no tenemos por qué alojarnos si tú no quieres, pero permíteme escribirle a mi familia para que sepa que estoy bien. La incertidumbre no le hará ningún bien

a la salud de mi padre... en caso de que aún viva.

—Ah, cierto... me dijiste que estaba enfermo.

La ésril y el humano fueron recibidos con desconcierto pero amabilidad en la modesta posada de Rioparvo.

—¿Disponen de servicio de correo? —preguntó Lénduar a la posadera, una gnoma notablemente preocupada por la presencia de esa ésril de aspecto mugriento que olisqueaba ramitas de romero sin dejar de apretujar su libro de hechizos.

—Sí... —estiró la palabra—. La academia de magia de Dagazur se encarga de los envíos, al ser mágico es casi inmediato. Suele estar entregado todo entre el alba y la mañana.

Lénduar tomó asiento mientras Belhaldy curioseaba. Comenzó a redactar.

—¿Adepta de la Araña Desterrada? —preguntó la gnoma.

—¿Así llamáis a Latro en la superficie? —se sorprendió Belhaldy. La gnoma asintió con cierto temor, como si temiese convocar la atención de la diosa al mencionar su nombre—. Pero no, creo que de momento busco a Hémysteis. O quizá... —miró a Lénduar con cariño. Él seguía escribiendo—. A Tykemis.

—¿A cuántos días estamos de Dagazur? —se preguntó el oslhyriano en voz alta. Trataba de rescatar de su memoria el itinerario que había planeado junto a los difuntos comerciantes de Rioparvo.

—Menos de uno —se apresuró a señalar la posadera—. Si parten ya, llegarán al anochecer.

Encontraba difícil confiar en una ésril, y la idea de que pudiese ser una seguidora de Tykemis se le antojaba un turbio engaño.

—Eso me parecía recordar...

Terminó de redactar la carta mientras la gnoma se impacientaba por momentos. Cuando alzó la cabeza para anunciar que había terminado, la pequeña prácticamente se la arrancó de las manos asegurando que se iba a ocupar de tramitarla y que correría con los gastos, pero que para hacerlo ellos tenían que salir de la posada.

Se encontraron de vuelta en la naturaleza, recorriendo aquel ecosistema fluvial en dirección a Dagazur, antes de que haber podido despedirse.

—No le he gustado demasiado —se mofó Belhaldy.

—Los elfos oscuros tenéis muy mala fama, me temo. Y, muy a mi pesar, debo reconocer que tras esta experiencia bajo tierra considero que está completamente justificada.

—¡Lénduar!

Belhaldy se detuvo de golpe y le agarró del brazo con tanta fuerza que le clavó las uñas. Emitió una especie de gorjeo mientras buscaba palabras.

—¿¡Qué pasa!?

—¡Esa gnoma nos envía un hechizo! ¡Nos ataca! —Hundió el rostro contra el antebrazo de Lénduar mientras trataba de conjurar a ciegas.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿¡Dónde!?! —Se giró en todas las direcciones posibles, incapaz de descubrir el origen del pánico de la ésril, hasta que un rizo blanco sobre la superficie del río lo llevó a mirar los rayos de sol que escapaban del horizonte—. ¿Es la luz?

—¡Me ciega! ¡Duele mucho! —sollozó ella. Bajo el sol naciente, su piel negra tenía un resplandor violáceo, un brillo casi iridiscente.

—No es ningún hechizo... Belhaldy, se está haciendo de día.

—¿Cómo...? ¿¡No era de día ya!?! Si había muchísima luz...

Lénduar tardó en comprender que la luz de las estrellas era la luz más intensa que la elfa oscura había presenciado hasta la fecha.

—No... Era de noche. Veías la luna y el firmamento. Para nosotros eso apenas ilumina.

—La caravana debe de ser un caos ahora... —señaló la aquejada ésril con cierta malicia. Aún resguardaba sus ojos contra Lénduar.

—¿Quieres que regresemos al bosque? Quizá la espesura te pueda ayudar.

—¡Por favor!

El día transcurrió sin que la pareja aminorase la marcha. Belhaldy había hallado cierto consuelo para sus ojos en las sombras que proyectaba la naturaleza, aunque notaba que sus pupilas palpitaban de dolor cada vez que un rayo de sol se las ingeniaba para atravesar el follaje. Apenas podía fijar la vista en el suelo, y en cuanto tropezó una primera vez, decidió usar su don para levitar.

Apenas se detuvieron para comer o beber. El ansia había hecho mella en Lénduar, que a veces incluso tartamudeaba.

—Conozco esa granja... N-no vamos a tardar ni siquiera media hora en llegar...

—¡Espléndido!

—¿S-sabes, Belhaldy? En todo este tiempo hemos hablado mucho sobre lo que sientes, y tengo la sensación de que no me he abierto a ti. Creo q-que ni siquiera sabes cómo llegué a manos de los esclavistas...

—Tienes toda la razón. Cuéntamelo, deseo conocerte en profundidad.

—Verás. Mi madre formaba parte de la milicia de Dagazur. Aunque nos enseñó a mi hermano y a mí a m-manejar la espada, no tenía tiempo para cuidarnos; era mi padre quien sacaba adelante la casa. Limpiaba, cocinaba...

Siempre se ocupaba de nuestras necesidades. Todas las v-veces que recuerdo haber estado convaleciente, él velaba por mí. Con dieciséis años fui a la guerra, y vi cómo el enemigo le arrebató la vida a mi madre. ¡Y pensar que hasta el momento me había divertido por estar luchando junto a ella codo con codo...! C-cuando regresé, mi padre lidió contra los horrores que me devoraban; contra mis traumas. Nunca tuve que sufrir solo, él se encargaba de consolarme con su amor. Por eso cuando hace unos m-meses se desató un brote de peste bubónica en Dagazur y él enfermó, yo quise protegerle a toda costa.

»La academia de magia no era capaz de hacerle frente a la enfermedad. La iglesia tampoco. Se quedaron sin medios, sin materiales... No sé exactamente cómo funciona, pero no podían obtener suficiente magia como para c-combatir la plaga que sobrevenía. Tuve que mover cielo y tierra, usar los contactos en la milicia de mi difunta madre y cientos de locuras más para reunir suficiente dinero c-como para desplazarme hasta Kísmabund a comprar un cargamento lo suficientemente grande de pergaminos curativos como p-para purificar todo Dagazur.

Lénduar detuvo sus pasos. Belhaldy también lo hizo, atenta y curiosa. La ésril sentía un cosquilleo en el estómago. Se preguntaba cuál era la expresión en el rostro del humano, pues los destellos del atardecer le nublaban la percepción.

—Me uní a un grupo pequeño de comerciantes. No teníamos dinero para una caravana en condiciones. De hecho, una p-parte del oro que reunimos procedía del contrato para defenderles de los peligros de los caminos. En Kísmabund obtuve lo que necesitaba y regresamos con nuestros respectivos cargamentos. Pero una noche...

»Los caprichos de los deshumanizados ésril me arrebataron *todo* lo que yo tenía... Y no te hablo de mi libertad, te hablo de mi padre. Me arrancaron del camino, mataron a mis acompañantes de modo que ni siquiera ellos pudieron entregar el paquete... y abandonaron la fortuna de Dagazur y su salvación en medio del bosque.

Horrorizada, la ésril abrazó a Lénduar, que en respuesta le acarició la cabeza.

—La peste bubónica tarda unos diez días en causar la muerte, y yo he tardado aproximadamente treinta en volver. Mi padre y las personas a las que he amado a lo largo de toda mi vida no estarán cuando llegue. Cargo ese peso sobre mis hombros, pero... sé que Tykemis, la Divina Rectitud... él castigará a los culpables tal y como se merecen. No he podido abandonar mi fe, Belhaldy.

»Y por eso te he traído hasta aquí.

Con una maniobra que tuvo más de fuerza bruta que de agilidad, el humano arrancó el cuchillo del tirabuzón de la maga y lo usó para amenazar su garganta.

Ella, con una mirada vidriosa que no era consecuencia del sol, decidió no oponer resistencia.

—Ahora estamos en las mismas condiciones, Belhaldy. Fuera de nuestros mundos, fuera de nuestras vidas. Se nos ha arrebatado todo lo que teníamos y por delante sólo queda la soledad. La desesperación. La condena.

»Ya oigo a la guardia; alerté de nuestra llegada por carta. La justicia se encargará de ti.

—Nunca me has... —La ésril tragó saliva. Su escaso hilo de voz se perdió—. Lo que has hecho...

—Creía que la actitud despiadada me daría un atractivo irresistible —se burló Lénduar.

—Pero... Claro —comprendió—. Te arranqué de tu vida para maltratarte y vejarte... ¿Qué lealtad, qué respeto, qué compasión me debías? —susurró Belhaldy, comprendiendo que él no había hablado de su madre, sino de ella—. Sólo... sólo has querido verme destruida desde que fuiste secuestrado.

—Eso es... *Bely*.

La guardia de Dagazur les rodeó. Sus pasos, vigorosos y enérgicos, machacaron la hierba mientras sus armaduras chirriaban y las juntas emitían sonidos similares a los de una bolsa de monedas. Unos grilletes se cerraron sobre las muñecas de la rendida y destrozada ésril.

El ocaso había despejado la iluminación excesiva. Belhaldy logró enfocar los ojos de Lénduar una vez antes de que la arrastrasen detenida hacia los calabozos de la ciudad.

—Yo te quería.

CAPÍTULO 11

La taberna El Ibis Escarlata se había llenado para recibir a los amigos, allegados y vecinos de Lénduar... que celebraban su inesperado regreso a Dagazur entre ríos de cerveza, vino y un excepcional asado de jabalí que se hacía esperar mientras terminaba de cocinarse. La ciudad no atravesaba su etapa más acaudalada, pero la desolación que había dejado a su paso la por fin erradicada plaga de peste bubónica exigía celebrar hasta la más pequeña de las alegrías.

El guerrero taheño narraba su historia desde una de las mesas centrales (omitiendo las partes más íntimas y vejatorias) para infundirle a su gente los ánimos que necesitaban. Su humor, enturbiado por la confirmación de la muerte de su padre que su hermano menor Dalbret le había transmitido, trataba de dejarse contagiar por las sonrisas de los presentes.

El público estalló en vítores al oír cómo Lénduar había derrocado el imperio de Kalidra. Los trovadores compusieron tonadas en su honor. En pocos segundos, la historia se transformó y retorció hasta que los oslhyrianos afirmaron que había acabado con la dragona de Tierraverno y recibido bendiciones divinas... y si alguien manifestaba dudas respecto a la verosimilitud de los heroicos actos del guerrero de veintiséis años, se disipaban recordando la existencia de la elfa oscura que aguardaba el juicio de Tykemis en los calabozos de Dagazur.

Por fin llegó el asado, y las felicitaciones dejaron de pertenecerle en exclusiva a Lénduar para quedar repartidas entre las artes culinarias de los taberneros y el apetitoso aspecto del jabalí.

—Hermano, hay alguien que quiere hablar contigo. —Dalbret le guiñó un ojo a Lénduar, feliz de procurarle una alegría—. Te daré una pista: era amiga de mamá.

—¿¡Tarmey está viva!?

—Estuvo muy grave, pero se recuperó de un modo casi milagroso.

—Hermano mío... pensé que también me la habían arrebatado a ella...

Que... que jamás tendría... la oportunidad... —Se cubrió el rostro con una mano: la emoción le había provocado el llanto. Dalbret le palmeó la espalda en un extraño reflejo de la situación con el cocinero ésril y lo condujo al exterior. Después se marchó para dejarlo a solas con la mujer de la que llevaba años enamorado.

—Tarmey... —murmuró el guerrero. Su interlocutora, una paladina de cabello rubio y una gran sonrisa demacrada por la enfermedad de la que aún se estaba recuperando, se adelantó para cogerle las manos. Él sólo le ofreció la izquierda.

—Tenía ganas de verte, pero me temo que si entro ahí terminaré agotada. Espero no haberte chafado la celebración, Lénduar, al pedirle a tu hermano que te avisase de mi presencia.

—¡Para nada! Si he logrado escapar y regresar hasta aquí no ha sido sólo por recuperar la libertad o ayudar con la peste... Yo... quería verte de nuevo. Pensar en ti me ayudó a no rendirme.

Apretó las manos de Tarmey con su zurda. No las tenía lánguidas ni esbeltas como las de Belhaldy; las suyas eran fuertes, quizá algo más blandas ahora que la enfermedad las había apartado del entrenamiento, pero pertenecían a una luchadora... a una paladina.

—Oí tu relato desde la puerta. Dime, ¿cómo estás después de todo lo que te ha ocurrido?

—Yo quería preguntarte lo mismo. Estuviste muy enferma, ¿verdad? Joder, te aseguro que quería salvarte. Quería salvaros a todos...

—Estoy bien. No sé cómo he sobrevivido, quizá haya sido Tykemis quien ha velado por mí, pero estoy sana. Parece que siempre tendré esa suerte absurda, ¿no? —Dejo escapar una modesta risita. El corazón de Lénduar se aceleró al escucharla. Ese sonido le producía escalofríos, pero no se trataba del sentimiento saturado de lujuria que le había despertado Belhaldy... era algo completamente distinto: una mezcla entre la paz de saber que quien reía era la persona que movía su mundo, y una alegría acendrada que podía arrancarle lágrimas de felicidad.

—Durante la guerra no tuviste suerte. Tuviste habilidad —respondió totalmente embelesado. La envolvió en sus brazos con cuidado, dándole la oportunidad de rechazarle. Nunca antes se había atrevido a abordarla así, pero ahora... ahora sabía que no debía posponer más el momento en que le abriese su corazón. Al tocarla, al sentir su presencia y su olor... los recuerdos de la guerra le asaltaron. Antes de que esta estallase, él sólo había conocido de vista a Tarmey, que era una amiga de su madre. Fue durante la contienda cuando comenzaron a tener trato. Batallaron juntos. Recordó cómo había comenzado a

admirarla, a venerar aquella cara dulce y redonda que, alejada de las formas angulosas de la raza élfica, evocaba sentimientos de lealtad, cariño y devoción opuestos a la voluptuosidad de... *Belhaldy*. Lénduar cerró los ojos y apoyó su frente contra la de Tarmey, conteniendo sus tiernos impulsos—. No sé si soy digno de besarte. Siento que estoy sucio, contaminado por todos los vicios y horrores que moran en Terraverno.

Le martirizaba saber lo poco que le había faltado para yacer por iniciativa propia con la ésril... y todas las deshonrosas muestras de impudicia que se había visto obligado a aceptar para no delatar sus intenciones.

—Has sacrificado parte de tu inocencia para hacer justicia, Lénduar. Si hubieses luchado abiertamente contra toda una ciudad, habrías fallecido; si hubieses escapado sin más, no habrías podido traer justicia. Seguro que existían otros medios que no implicaban pactos con esa demoníaca Kalidra, comprometerte con los adeptos de un dios perverso o falsas promesas a esa maga, pero no estaban a tu alcance. Has hecho lo único que podías.

—¿Y por qué siento que no ha sido así...?

—Porque ha sido muy, muy duro. Te recuperarás. Sólo necesitas el amor y la compañía que podemos ofrecerte quienes... te queremos.

—Te quiero, Tarmey. Desde hace mucho tiempo. Me juré que si lograba regresar te lo diría por fin, y... ¡Te quiero! —Lo chilló como si fuese una plegaria hacia los dioses capaz de salvar su atormentada alma de regresar al abismo de Latro.

La paladina le tomó suavemente ambas manos para tranquilizarle.

—Yo también te quiero, Lénduar. ¿Por qué será que hemos tardado tanto en decírnoslo? Quizá temía que me vieses demasiado mayor para t... ¿Qué tienes en...? ¿Esto es sangre? ¡Tu mano!

Tarmey empleó todas sus fuerzas en abrir la mano derecha de Lénduar, donde el guerrero aún asía el cuchillo que *Belhaldy* había llevado oculto en su pelo. El que no había permitido que su madre tocara al acicalarla para su cumpleaños. El que resguardaba de las tijeras de *Élikat*. El que había ocultado en la bañera. Ese cuchillo con el que se había impuesto ante *Alezhra*... Un pedazo de la historia del infausto ser al que el guerrero era incapaz de discernir si le había llevado un justo castigo o un horror desmesurado. La recordó totalmente rota, desprovista de cualquier atisbo de voluntad, aunando fuerzas para decirle que le había querido; la brutal sinceridad en sus ojos inteligentes y devastados mientras asimilaba el engaño del que había sido víctima.

¿Tal vez había logrado encaminarla hacia el bien con su influencia...? ¿Quizá jamás había sido perversa? ¿Era posible que *Belhaldy* hubiese hecho lo único que podía ser para sobrevivir en Terraverno... igual que él? ¿Había

escogido voluntariamente dejar atrás el mal?

Entonces, él... ¿estaba castigándola por sobrevivir, por anteponer el amor y la camaradería que él le había mostrado a la miserable sociedad asesina en la que se había criado?

... ¿O ella sólo había subido a la superficie para salvar su pellejo?

«Y es por esto por lo que jamás he sido paladín», se dijo Lénduar. «Soy poco más que una fiera incapaz de discernir el bien del mal».

—Lénduar, ¿eso es un cubierto de la taberna? Ay, el corte parece profundo, seguro que te duele...

«¡Debo hablar a su favor durante el juicio! Dejaré que los profesionales comprueben si se ha redimido y ha abandonado la maldad. ¡Si se demuestra eso, todo estará bien! No... No lo estará: vagará hasta el fin de sus días por este mundo al que no pertenece y en el que su raza es odiada, desprovista de la opción de regresar a su hogar... donde pudo haber sido feliz junto a esa sacerdotisa que estaba completamente enamorada de ella, gobernando su propio imperio... Allí de donde yo la arranqué con unas mentiras odiosas».

—Tykemis, ayúdame —sollozó.

—No te preocupes, veo que el tendón está bien, es una herida que puedo sanarte yo misma.

—¿Qué he hecho?

—Ha sido un accidente, Lénduar. No es muy prudente pasear con un cuchillo en la mano, aunque... después de lo que te ha pasado, entiendo que lo hagas.

Día 23 del Quinto mes de 1765.

A la mañana siguiente (y sin haber logrado conciliar el sueño), Lénduar se dirigió a los calabozos en busca de los jueces de Tykemis con la esperanza de hablar con ellos y con Belhaldy antes del juicio para hallar así el consuelo a sus aflicciones.

Sus actos le atormentaban.

—He cometido la mayor injusticia, la atrocidad más inconcebible... — recitó con aire febril en cuanto abrió las puertas con su mano vendada

Los jueces (clérigos en su mayoría) parecían inquietos. Toda la milicia estaba presente.

—¡Él fue quien la trajo hasta nosotros! —señaló alguien en cuanto hubo cruzado las puertas.

Todos se giraron hacia Lénduar.

—Muchacho, ¿te ha intentado atacar? ¿Ha ido en tu busca?

—No... No, no, no, no... —murmuró el guerrero palideciendo. Comprendía con demasiada claridad lo que aquella situación significaba.

—La prisionera ha escapado en algún momento de la madrugada —le explicaron, malinterpretando su negativa—. Creíamos que habría ido a por ti. Hemos enviado gente a tu hogar con urgencia. Si no está contigo, entonces...

—Ha huido sin más —comprendió Lénduar con desesperación.

EPÍLOGO

Día 2 del Sexto mes de 1765.

No tenía ni idea de dónde estaba o de la hora que era. Tampoco le importaba.

Su cuerpo, víctima de la inanición y del desolado estado de su mente, apenas respondía a ningún estímulo ya. Un animal pequeño pasó sobre sus piernas aplastando con sus almohadillas un pellejo bruno antaño rebosante de vida. Algún pájaro ocasionó que las hojas secas de un árbol le cayesen sobre la cara y el cabello.

No reaccionó.

La agonía de haber abandonado su vida por alguien que no había sentido afecto de ningún tipo hacia ella despedazaba lo poco que quedaba de su cordura... y cada día con más celeridad.

No tenía un lugar al que ir, no tenía una vida que retomar. Sólo se arrastraba por los bosques. Bebía agua cuando la lluvia caía sobre su boca o cuando lograba dejar escapar lágrimas... pero hacía tiempo que no le salían. No recordaba haber tenido un arrebato de apetito en más de tres días. Cada nuevo síntoma de consunción le proporcionaba un funesto consuelo.

Belhaldy *deseaba* morir.

Unos pasos, los primeros que detectaba en toda una década, le trajeron la esperanza de haber enfurecido a uno de sus habitantes para que le pusiese fin a sus desdichas.

En vez del descanso eterno, una inflamada cabellera roja se cernió sobre ella. Sus mechones, más oscuros que los de su cruel amado, se acercaron hasta tocar su rostro.

—¿Una ésril? ¿Cómo has llegado aquí? —Hablabla una voz femenina.

—Acaba conmigo. Seguro que albergas esa mórbida curiosidad por descubrir qué se siente al arrebatar una vida... ¿Quién no la ha experimentado? —susurró débilmente mientras se incorporaba sobre sus ahora escuálidos brazos.

Su interlocutora era una humana de rostro taimado con las mejillas y los

hombros salpicados de pecas.

—Ohhh... Sufres.

—La vida está llena de espinosos tormentos —replicó Belhaldy. Su origen ésril lograba dotarla de una interesante y dramática dignidad.

Los ojos de la humana se iluminaron.

—¿Acaso me hallo ante una *castigadora*?

—Si no vas a ayudarme, entonces arrancaré tu piel a tiras y me haré una venda con ella para no tener que contemplar tu melena.

Las manos de la desconocida se deslizaron por el rostro fino y famélico de la mísera elfa oscura. Lo examinaron, analizando sus hermosos rasgos con suma atención.

—El látigo de Anaideia guía tu carácter, querida... Pero ¿no sabes que enfrentarte al tormento refuerza tu espíritu?, ¿que el dolor puede convertirse en el mayor de los placeres?

—¿Sí? —preguntó Belhaldy con escepticismo. No quiso apartarse. O, quizá, no tuvo energías para intentarlo.

—El Ama del Castigo nos lo enseña, elfa oscura, y te instruiré con sumo gusto. Conoces el dolor y la disciplina así que puedes convertirte en una castigadora... y disfrutar con ello —agregó en tono tentador.

—Sigue hablando, pelirroja —ordenó la ésril, que comenzaba a verse seducida por aquel culto—. Quiero conocer tu dogma.

—Como bien has dicho, la vida está llena de tormentos... por eso debemos aprender a amarlos y a esgrimirlos para hundir con él a nuestros enemigos y para alzar también con él a nuestros amantes —recitó. Esbozó una sonrisa—. Puedo mostrarte formas exquisitas de provocar dolor, unas sutiles y otras brutales, para que los placeres más refinados de la existencia te sean accesibles.

—Humana... considérame desde hoy la más fiel sierva de Anaideia.

GLOSARIO.

Anaideia, Ama del castigo: deidad maligna de la tortura.

Eleredia, Doncella Onírica: deidad bondadosa de los sueños.

Ésril: son una escisión de los elfos de la superficie que se adaptó a las condiciones de Terraverno por medio de la evolución natural y mágica condicionada por la caprichosa influencia de su deidad patrona: Latro. Su estatura oscila entre el metro cuarenta y el metro sesenta, siendo los varones ligeramente más bajos. La musculatura ésril es prominente, especialmente en las hembras. Tienen la piel del color de la oscuridad que les rodea (en unos casos más negra y en otros más grisácea), lo que les ayuda a camuflarse y sobrevivir. Su pelo es blanco como la seda de las arañas por antojo de Latro. Sus ojos manifiestan cualquier color propio de los minerales y no pueden asimilar la luz; les ciega y les provoca un dolor insoportable. Sus orejas se prolongan unos diez centímetros y delatan su edad (las hélices firmes son propias de la juventud, las caídas de la vejez). Se estima que su esperanza de vida es de quinientos cincuenta años. Tienen una estructura completamente matriarcal. La posición más alta de su jerarquía social la ocupan las casas nobles de las hembras ésril del sacerdocio. El varón ocupa un papel secundario y se considera prescindible.

Hémysteis, Emperatriz Arcana: deidad neutral de la magia.

Latro, Reina Terídida: es una deidad ambiciosa y maligna que actúa movida por la sed de poder. En la superficie era conocida como la patrona de los insectos. Allí trató de sublimar sus cualidades engendrando descendencia con otras deidades. Cuando sus hijos e hijas predilectos crecieron, los implicó en una guerra cuyo objetivo era arrasar al resto del panteón para que el mundo sólo pudiese adorarla a ella. Fue derrotada por su propia hermana, la bondadosa Eleredia (la Doncella Onírica), que no se sintió capaz de matarla; la convirtió en una araña y la condenó junto a sus partidarios (también convertidos en insectos) a pasar la eternidad en Terraverno. Confinada allí, Latro renegó de su prole para acaparar la adoración de los ésril. Los controla por medio de sus doctrinas: para

que no la cuestionen, los masacra por nimiedades y los premia con generosas sumas de poder si actúan contra la herejía. Se asegura de que no abandonen su reino haciéndoles creer que la superficie es un lugar inseguro donde los ataques vienen del cielo y mediante una maldición que les provoca una grave vulnerabilidad a la luz. En la superficie se la conoce como la Araña Desterrada.

Leiurus, Maestro Bútido: deidad maligna que busca la supremacía racial mediante una férrea unión entre elfos y humanos que le permita ganar por número al resto de razas y, así, someterlas. Es el patrón de la ambición, y anima a sus fieles a abandonar Terraverno para debilitar a su madre, Latro.

Maraña, La: se trata de un laberinto gigante situado cinco kilómetros bajo la corteza terrestre que ha perdido el poder con el que fue concebido. Se usa como mercado, ya que es accesible desde casi cualquier área del mundo y aún diversas fronteras. No se considera parte de Terraverno.

Terraverno: es el hábitat de las criaturas perversas y condenadas. Fueron confinadas allí por las razas bondadosas y sus deidades, que, además, erigieron un laberinto mágico subterráneo conocido como La Maraña para impedirles escapar. La magia de La Maraña se ha desvanecido a día de hoy (los intereses comerciales por parte de ambos bandos son la causa principal), pero los habitantes de Terraverno no abandonan su hogar por muchas razones: principalmente, se han adaptado al medio y no podrían subsistir en el exterior; además, creen haberse quedado con el mejor territorio del mundo. Terraverno comienza inmediatamente bajo La Maraña y su profundidad varía. Los recursos son extremadamente escasos; la supervivencia en Terraverno es una batalla constante y tortuosa.

Tiuna, Señora del Azar: deidad neutral de la suerte.

Tykemis, Divina Rectitud: deidad bondadosa de la justicia.

ÍNDICE.

PRÓLOGO.	7
CAPÍTULO 1.	10
CAPÍTULO 2.	25
CAPÍTULO 3.	42
CAPÍTULO 4.	63
CAPÍTULO 5.	88
CAPÍTULO 6.	109
CAPÍTULO 7.	126
CAPÍTULO 8.	153
CAPÍTULO 9.	175
CAPÍTULO 10.	191
CAPÍTULO 11.	209
EPÍLOGO.	216
GLOSARIO.	219

[1] Los nombres de este relato se han concebido para ser pronunciados acorde a la fonética castellana. «Belhaldy», por ejemplo, debe leerse llano y con H muda: [be'laldi]. (N. de la A.)

[2] En la página 219 hay un glosario que detalla los elementos principales de este relato, aunque su lectura no es necesaria para comprender el desarrollo de la historia.